



LA BIBLIA

* *Latinoamérica*



BIBLIA

EDICION
PASTORAL

Traducida, presentada
y comentada
para las comunidades
cristianas
de Latinoamérica
y para los que buscan a Dios

Edición revisada 2005

Diagramación e ilustración
Hernán Rodas

Texto íntegro
traducido del hebreo
y del griego



SAN PABLO

evd

editorial verbo divino



PARABOLAS

ÍNDICE GENERAL

Jesús ha resucitado	5*
Por dónde empezar la lectura	6*
La Biblia	7*
Antes de la Biblia	8*
Después de la Biblia	12*
Una Biblia Ecuménica y Católica	18*
El Misterio de la Trinidad	20*
La salvación de los no-cristianos	23*
La enseñanza bíblica	27*
Resumen y fechas de la Historia Sagrada	57*
Índice del Evangelio	59*

ANTIGUO TESTAMENTO

Introducción		1
Génesis	Gén	3
Exodo	Ex	68
Levítico	Lev	117
Números	Núm	146
Deuteronomio	Dt	185
Josué	Jos	220
Jueces	Jue	243
1-2 Samuel	1 y 2 Sam	268
1-2 Reyes	1 y 2 Re	328
1-2 Crónicas	1 y 2 Cró	393
Esdras-Nehemías	Es-Ne	440
1-2 Macabeos	1 y 2 Mac	465
Introducción a los Profetas		516
Isaías	Is	518
Jeremías	Jer	599
Ezequiel	Ez	657
Oseas	Os	703
Joel	Jl	713
Amós	Am	717
Abdías	Abd	724
Jonás	Jon	725
Miqueas	Mi	728
Nahúm	Na	733
Habacuq	Hab	736
Sofonías	Sof	739

Ageo	Ag	742
Zacarías	Za	744
Malaquías	Mal	753
Daniel	Dn	756
Job	Job	779
Proverbios	Pro	812
Eclesiastés (Qohelet)	Ec - Qo	836
Cantar	Cant	846
Rut	Rt	858
Lamentaciones	Lam	863
Ester	Est	870
Los libros Deuterocanónicos		883
Tobías	Tob	884
Judit	Jdt	895
Baruc	Ba	908
Sabiduría	Sab	915
Sirácida (Eclesiástico)	Sir	933
Salmos	Sal	973

NUEVO TESTAMENTO

Introducción		1
Evangelio según Mateo	Mt	8
Evangelio según Marcos	Mc	76
Evangelio según Lucas	Lc	125
Evangelio según Juan	Jn	196
Hechos de los apóstoles	He	249
Carta a los Romanos	Rom	307
1. ^a Carta a los Corintios	1 Co	339
2. ^a Carta a los Corintios	2 Co	365
Carta a los Gálatas	Gál	381
Las Cartas de la Cautividad		392
Carta a los Efesios	Ef	394
Carta a los Filipenses	Fil	406
Carta los Colosenses	Col	413
Carta a Filemón	Filem	420
1. ^a Carta a los Tesalonicenses	1 Tes	422
2. ^a Carta a los Tesalonicenses	2 Tes	428
1. ^a Carta a Timoteo	1 Tim	434
2. ^a Carta a Timoteo	2 Tim	442
Carta a Tito	Ti	447
Carta a los Hebreos	Heb	451
Carta de Santiago	Stgo	469
1. ^a Carta de Pedro	1 Pe	476
2. ^a Carta de Pedro	2 Pe	483

Carta de Judas	Jud	488
1. ^a Carta de Juan	1 Jn	490
2. ^a Carta de Juan	2 Jn	498
3. ^a Carta de Juan	3 Jn	499
Apocalipsis	Ap	500
Personas, palabras e instituciones		529
Índice Alfabético		563
Índice General		564

¡Jesús ha resucitado!

Ustedes que abren la Biblia, busquen a Jesús. La Biblia no es un libro solamente para rezar, o para instrucción nuestra. La Biblia es Palabra de Dios para comunicarnos la vida.

En el centro de la Biblia está la Cruz de Jesús y su Resurrección. Ustedes que siguen un camino difícil y no divisan la luz al fin del túnel, aprendan de la Biblia que están caminando hacia la Resurrección. Y entiendan quién es, para ustedes, Jesús resucitado.

La Biblia...

La Biblia no ha caído del cielo. Aquí están libros que no se proclamaron desde las nubes, con algún parlante celestial, sino que se reunieron pacientemente a lo largo de siglos en el seno del Pueblo de Dios, gracias a la fe de sus minorías más conscientes.

Durante unos 18 siglos, desde Abraham hasta Jesús, el pueblo de Israel descubrió, cada vez con mayor lucidez, que el Dios Único se había ligado a él. Las experiencias de la comunidad nacional, los llamados de esos hombres, denominados profetas, que hablaban de parte de Dios, las inquietudes que se desarrollaban entre los creyentes: todo esto pasó de una u otra manera a esos libros. Y fueron los responsables religiosos de Israel los que recibieron, escogieron y acreditaron estos libros, integrándolos al Libro Sagrado.

Así se formó el **Antiguo Testamento** de la Biblia. **Testamento** se refiere a que estos libros eran como la herencia más preciosa entregada por Dios a su pueblo escogido.

Después de tantas experiencias, llegó para el pueblo de Israel un tiempo de crisis en que Dios quiso llevarlo de una vez a la madurez de la fe. Para eso vino Jesús. Con él se llevó a cabo la experiencia más trascendental de toda la historia. Jesús, sus esfuerzos para salvar al pueblo judío de una destrucción inminente, su rechazo, su muerte y, luego, su Resurrección: ésta fue la última palabra de Dios.

La trayectoria de Jesús originó la predicación de la Iglesia y los libros que en ella se escribieron. Aquellos libros que fueron aprobados por los responsables de la Iglesia pasaron a integrar el **Nuevo Testamento**.

... y la Tradición

Los libros de la Biblia no entregan su mensaje sino al que viene a compartir la experiencia de la comunidad en que se originaron estos libros. Hay una manera de entender la Biblia que es propia del pueblo de Dios: es lo que llamamos la Tradición del pueblo de Dios. Jesús recibió de su propia familia y de su pueblo esta tradición. Luego, enseñó a sus apóstoles una nueva manera de comprender esta historia sagrada: por eso se habla de la Tradición de los apóstoles o de Tradición de la Iglesia.

Para entender bien la Biblia, no podemos fiarnos de cualquier predicador que la tira por su lado. Debemos recibirla tal como la entiende la Iglesia católica, que fundaron los apóstoles y que siempre se fijó en sus normas.

¿POR DONDE EMPEZAR LA LECTURA DE LA BIBLIA?

Lo más sencillo es empezar con el Evangelio, en que nos encontramos directamente con Cristo, que es la Luz, la Verdad y «La» Palabra de Dios.

Por supuesto, las páginas del Antiguo Testamento contienen enseñanzas muy importantes. Sin embargo, el que las lee después de haber oído a Cristo las comprende mejor y les encuentra otro sabor.

Algunos suelen abrir la Biblia a la suerte y consideran que el párrafo encontrado primero les dará precisamente la palabra que necesitan en ese momento. Bien es cierto que Dios puede contestar así a sus inquietudes, pero nunca se comprometió a comunicarse con nosotros de esta manera.

En todo caso conviene haber leído, una vez por lo menos, en forma seguida, cada uno de los libros del Nuevo Testamento. Lo bueno es empezar con el Evangelio: léase al respecto la «Introducción a los Cuatro Evangelios», al comienzo del Nuevo Testamento.

El Nuevo Testamento comprende

LOS CUATRO EVANGELIOS. La palabra Evangelio significa Buena Nueva. Estos son los libros en que los apóstoles de Jesús escribieron lo que habían visto y aprendido de él.

Luego viene el libro de los HECHOS DE LOS APOSTOLES, escrito por Lucas, el mismo que escribió el tercer Evangelio.

Luego vienen más de veinte CARTAS que los apóstoles dirigieron a las primeras comunidades cristianas.

El Antiguo Testamento comprende

LOS LIBROS HISTORICOS. Aquí vemos la actuación de Dios para libertar a un pueblo que quiere hacer que sea su pueblo. Lo vemos educar a ese pueblo y dar un sentido a su historia nacional. En estos libros se destacan:

El Génesis. El Exodo. El Deuteronomio. Los libros de Samuel.

LOS LIBROS PROFETICOS. Dios interviene en la historia por medio de sus profetas, encargados de transmitir su palabra.

LOS LIBROS DE LA SABIDURIA destacan la importancia de la educación y del esfuerzo del individuo para llegar a ser un hombre responsable y un creyente.

PARA MANEJAR EL PRESENTE LIBRO

Cada libro de la Biblia se divide en **capítulos**. Cada capítulo se divide en **versículos**. Habitualmente se cita el libro en forma abreviada. Por ejemplo, **Mt** significa Evangelio según Mateo. Estas abreviaturas están indicadas en el índice.

Los capítulos son indicados con cifras muy grandes al comienzo de un párrafo. Los versículos son indicados con números pequeños en el margen.

Para indicar un lugar de la Biblia se da primero el capítulo, y, después, el versículo. Por ejemplo, **Jn 20,13** significa Evangelio de Juan, capítulo 20, versículo 13. **Lc 2,6-10** significa: Evangelio de Lucas, capítulo 2, del versículo 6 al 10.

El texto de la Biblia está todo en la parte superior de la página. Debajo pusimos el comentario con una letra diferente.

Usamos letra cursiva:

— En el Nuevo Testamento, para las frases que son citas sacadas del Antiguo Testamento. Por ejemplo, en Mt 26,31, el evangelista aduce una frase del profeta Zacarías 13,7.

— En el Antiguo Testamento, por varias razones que se indican cada vez en la Introducción del libro.

La Biblia

Para quien recorre las páginas del libro, el Antiguo Testamento se presenta como una sucesión de relatos que o bien se repiten o bien se continúan con mayor o menor coherencia, y que a menudo nos sorprenden y a veces nos escandalizan. En medio de esos relatos, algunos de los cuales parece que están más cerca de la fábula que de la realidad, se deslizan discursos, reglas de moral, de liturgia o de vida social, reproches severos, palabras de esperanza o gritos de ternura. Bajo ese aspecto el Antiguo Testamento constituye uno de los más bellos textos de la literatura universal.

Pero en este libro o más bien en «estos libros», Dios está siempre presente y se lo nombra en cada página; el Antiguo Testamento en efecto nos dice de qué manera Dios prepara a los hombres y muy especialmente al pueblo de Israel para que reconozca y acoja en Jesús al que lleva a cabo su misteriosa y maravillosa alianza con los hombres. La Biblia es inseparablemente palabra de Dios y palabra de hombre. Es por tanto imposible comenzar a leer estos libros dejando de lado una de estas dos dimensiones. Si olvidamos que son palabra de Dios, se corre el riesgo de reducirlos a simples documentos históricos. Si a la inversa olvidamos que Dios se comunicó al hombre (y se comunica aún hoy día) en el corazón mismo de su historia, transformamos esa palabra de Dios en una colección de leyes religiosas o de máximas edificantes.

La Biblia no es un libro que nos habla de Dios, sino que es el libro en el que Dios nos habla de él por medio de los testigos que él mismo se eligió en medio de su pueblo de Israel. Los primeros cristianos no estaban equivocados al respecto: «En diversas ocasiones y bajo diferentes formas, Dios habló a nuestros padres por medio de los profetas, pero en estos días que son los últimos, nos habló a nosotros por medio del Hijo» (Heb 1,1). A través de los diferentes libros del Antiguo Testamento vemos pues con qué paciencia Dios se revela a su pueblo y lo prepara para el encuentro con Jesús, el Hijo de Dios hecho hombre, «Aquel en quien reside la plenitud de la Divinidad» (Col 2,9).

Antes de la Biblia

Durante muchos siglos la Biblia fue «el» libro del pueblo judío primero, y de la Iglesia después. La fe no era sólo una cuestión personal. No se trataba únicamente de conocer las leyes de Dios que nos conducen a la felicidad y a la recompensa eterna, sino que toda la Biblia giraba en torno a una alianza de Dios con la humanidad. Había habido un punto de partida, etapas, y habría al final una recapitulación de nuestra raza en Cristo y la integración del mundo creado en el misterio de Dios. La Biblia era pues una historia y quería ser la historia de la humanidad. Era no sólo el libro de las palabras de Dios sino además una de las bases de nuestra cultura.

Pero es innegable que toda la historia bíblica fue escrita en el transcurso de unos pocos siglos en un pequeño rincón del mundo. Aunque este lugar fuera, como lo afirmaremos más adelante, un sector muy privilegiado, los autores bíblicos no podían ver desde su ventana más que un pequeño trocito del espacio y del tiempo. Cuando buscaban más allá de su historia particular, no alcanzaban más datos de los que transmitían las antiguas tradiciones.

Para ellos no cabía duda alguna que Dios lo había creado todo «al principio», es decir, si nos atenemos a algunos datos brutos del Génesis, hacía más o menos 6.000 años. Posteriormente tampoco se dudó de que el mundo habitado no se extendía más allá de Europa y del Oriente Medio, y que toda la humanidad había recibido el anuncio del Evangelio, aunque regiones enteras, como los países «moros» hubiesen abandonado la fe. En el siglo XIII, Santo Tomás de Aquino sostenía que si por casualidad había todavía alguien que siguiera ignorando el mensaje cristiano, como sería por ejemplo alguien que hubiera pasado toda su vida en el fondo de un bosque, Dios no dejaría de mandarle a un ángel para darle a conocer su palabra.

Fue sólo en el siglo XVIII cuando la ciencia comenzó a hacer tambalear esas certezas. En primer lugar, la noción de tiempo. Un primer paso fue el descubrimiento de la enormidad de tiempo que fue necesaria para que se formara la tierra, y de innumerables especies de animales y vegetales que desaparecieron de la tierra después de haberla habitado. Así se pasó rápidamente de los 6.000 años tradicionales a millones y a miles de millones de años. Una segunda etapa afectó mucho más profundamente la visión del mundo, y fue la intuición primero, y pruebas cada vez más numerosas después, de una verdadera historia de los seres vivientes. En un primer tiempo se esforzaron por clasificar a las especies vivientes o extinguidas según sus semejanzas o diferencias; no fueron necesarios muchos años para que el cuadro se transformara en un árbol genealógico: las diversas especies procedían las unas de las otras. Se fueron diseñando troncos comunes, ramificaciones, y las formas o articulaciones eran más o menos parecidas según si el parentesco era más o menos lejano.

Esa nueva imagen de una creación en perpetuo crecimiento cuadraba con las intuiciones de algunos Padres de la Iglesia; fue vista sin embargo por todo el mundo cristiano como una peligrosa amenaza para la fe. Una de las razones para rechazarla fue la filosofía —o por decir mejor la «fe»— racionalista o antirreligiosa de numero-

tos científicos de los dos últimos siglos. Les bastaba con haber aclarado algunos mecanismos de las pequeñas evoluciones para afirmar que todas las invenciones y maravillas de la naturaleza se podían explicar del mismo modo, y aún más, para afirmar que todos los mecanismos eran productos del azar a partir de la nada.

Por otro lado, los cristianos estaban acostumbrados a pensar en términos de verdades inmutables, lo que ciertamente era válido para los dogmas de la fe, y les parecía que Dios de igual modo debía haber sometido el mundo celeste y terrestre a leyes inmutables: los astros debían contentarse con girar en círculo (como gran cosa se aceptaba una órbita elíptica) y los seres vivos tenían que reproducirse siempre iguales. Hubo que esperar el segundo cuarto del siglo XX para que se superara por fin la oposición entre una ciencia antirreligiosa en sus pretensiones, y una fe que quería ignorar los hechos.

¿A dónde queremos llegar con esto? Simplemente a que la visión de un mundo en evolución encaja perfectamente con la concepción cristiana del tiempo y de las «edades» de la historia. Si estudiamos las cartas de Pablo, veremos que para él toda la historia de la humanidad es una pedagogía de Dios de la cual emerge el verdadero Adán. Contrariamente a la imagen tan difundida de un Adán Tarzán, que, al comienzo de los tiempos era tan bello y fuerte como se lo ve en los frescos de Miguel Ángel, pero que después habría caído de su pedestal, San Ireneo después de Pablo, veía a toda la humanidad dirigida por la pedagogía de Dios hacia una completa realización de la raza o de la comunidad humana.

Si uno entra en esta perspectiva no le es difícil pensar que toda la creación haya sido hecha en el tiempo. El «big bang», si realmente lo hubo, expresa magníficamente el punto de partida del tiempo creado, un tiempo que parte de la eternidad y vuelve a la eternidad. Veinte mil millones de años para la expansión de millones de galaxias, cada una con sus miles o millones de soles. Y en alguna parte, planetas. ¿Cuántos? Es un misterio. ¿Cuántos de ellos habitados? Es más misterioso aún. Pero también allí la fe tiene sus intuiciones. Toda la Biblia recalca la libertad, la gratuidad de los gestos de Dios. Un Dios que ama a todos los hombres y que los conduce a todos hacia él, lo conozcan o no, pero que además sabe elegir a quienquiera para darle lo que no les dará a otros. Y el hecho de que Dios haya creado millones de galaxias no le impedirá, si quiere, de escoger sólo a una de ellas; allí pondrá, en un rincón del universo, a esa raza de «homo habilis» (hombre emprendedor) a la que la Palabra de Dios ha elegido como su punto de aterrizaje en la creación.

No llegó pues el hombre por pura casualidad. No es un mono que, por el efecto de algunas transmutaciones cromosómicas fortuitas, se haya despertado un día con la capacidad de comprender; habría bastante que decir de esos juegos del azar gracias a los cuales, según algunos dicen, una raza de monos produjo sin mayor esfuerzo algunos grandes músicos y un buen número de niñas guapas.

Miles de generaciones fueron necesarias para que apareciera nuestra humanidad. Fueron innumerables los eslabones, los humildes antepasados a los que tal vez Dios ya conocía y amaba como nos ama a nosotros; pero ante ellos estaba el modelo y el fin, y ése era Cristo.

Quisiéramos aquí recordar en pocas líneas las grandes etapas que precedieron a la formación del pueblo de la Biblia.

Los primeros pasos del hombre

¿Cuándo y cómo apareció el hombre? Se podrá discutir sobre los términos: ¿de qué hombre hablamos? ¿Del que partía piedras, o del que inventó el fuego, o del que enterraba a sus muertos? Hablamos del hombre verdadero, de aquel cuyo espíritu es a imagen de Dios, y al que Dios conoce y que puede conocer a Dios.

Nadie puede responder a esta cuestión de manera precisa. Durante largos siglos el hombre casi no cambió la faz de la tierra. Su género de vida y las creaciones de su espíritu apenas lo distinguían de los primates antropomorfos de los cuales salió. Familias y grupos humanos habitaban en cavernas y cazaban en medio de los bosques.

Lentamente el hombre inventaba su lenguaje, hacía armas y herramientas. No se interesaba solamente por lo útil y lo visible. Era un artista. En las cavernas y grutas, debajo de la tierra donde celebraba sus ritos mágicos, pintaba en la pared, lejos de la luz del día, los animales que deseaba cazar. Hoy todavía nos admiramos de su genio artístico.

El hombre era un **ser religioso**. Enterraba a sus difuntos con ritos destinados a asegurarles una vida feliz en otro mundo. Siendo creado a la imagen de Dios, su inteligencia pensaba instintivamente que continuaría viviendo después de la muerte. Por primitivo que fuera, este hombre tenía una conciencia, podía amar, y descubría algo de Dios, de acuerdo con su capacidad. Pero sus comienzos habían sido marcados profundamente por la violencia y los instintos egoístas comunes a todos los seres vivientes: el pecado estaba en él.

Las primeras civilizaciones

Hace unos 10.000 años, un cambio se preparó en la humanidad. Los hombres se agruparon en mayor número en las llanuras fértiles. En algunos siglos descubrieron la manera de cultivar la tierra, de criar el ganado, de modelar y cocer la arcilla. Se levantaron aldeas, que se unieron para defenderse y aprovechar mejor los recursos de la tierra. La primera civilización había nacido.

Después todo se hizo muy rápido. Sobre la tierra aparecieron cinco centros de civilización.

Tres mil quinientos años antes de Cristo, en el sector geográfico llamado Medio Oriente, y donde nacería el pueblo de la Biblia, se formaban dos imperios. Uno era Egipto, el otro Caldea, país de donde saldría Abraham siglos más tarde. Caldea hizo un sistema perfeccionado de riego, construyó con tabiques cocidos, inventó un sistema de escritura, tuvo leyes y administración centralizada. Egipto también tenía esos adelantos: construía templos grandiosos para sus dioses y levantaba las Pirámides para tumba de sus faraones.

También en China y en India, como veinte siglos antes de Cristo, y en Centro-América, diez siglos antes de él, nacieron otras civilizaciones. Las de Centro-América, China e India se desarrollaron por separado, ya que en este tiempo era muy difícil recorrer los continentes.

En cambio, en el Medio Oriente, Caldea y Egipto mantenían contactos, a veces agresivos, pero que tarde o temprano los obligarían a ver los límites de su cultura. El camino que iba de uno al otro país pasaba por un pequeño territorio que más tarde se llamaría la Palestina.

La Biblia y las religiones de la Tierra

Estos breves recuerdos bastarán para mostrar que la historia y las tradiciones bíblicas cubren sólo un pequeñísimo sector de la historia humana, el que sin embargo es uno de los más importantes como punto de convergencia de tres continentes. No existe tal vez sobre el planeta otro punto que haya experimentado tantas conmociones

geológicas y humanas. Pero la mayor parte de la humanidad ha pasado al lado de esa historia y ha tenido su propia experiencia de la vida y de Dios. Esto no hay que olvidarlo.

El pueblo de la Biblia llegó tarde al escenario de los pueblos, y por mucho tiempo estuvo sin preocuparse por los que no habían recibido la Palabra de Dios de la cual era portador. Y por esto mismo, Dios tampoco le dijo nada al respecto, porque cuando Dios nos habla, lo hace en el lenguaje humano, y en nuestra propia cultura, respetando de algún modo nuestras limitaciones y nuestras ignorancias. Pero Dios no lo había necesitado para entregar a los hombres su palabra y su espíritu. En algunos periodos el pueblo de Dios pensó que todo lo que venía del extranjero era malo, que se debía rechazar cualquier sabiduría que hubiera nacido fuera de los territorios judíos o cristianos. Pero ha habido también tiempos de curiosidad en los que la fe se enriqueció en contacto con otras culturas, sus profetas y sus pensadores.

No debemos pues pedirle a la Biblia demasiadas respuestas sobre la manera como Dios ha hablado en otras culturas, sobre cómo el Espíritu ha estado actuando en medio de ellas, sobre cómo las energías que irradian de Cristo resucitado alcanzan hoy en día a todas esas personas, y cómo se salvan por el único Salvador. La Biblia sólo nos dice que cuando Dios llamó a Abrahán, se dio comienzo a una gran aventura, única en su género, y que llevaba directamente al Hijo de Dios –a su Verbo, o Sabiduría, o Palabra–, hecho hombre.

Después de la Biblia...

Setenta generaciones de cristianos se han sucedido desde el tiempo de los apóstoles. Hablar de la Iglesia es hablar de estos hermanos nuestros; es fácil criticarlos o pensar que debían haber sido mejores; es más difícil conocer el mundo en que vivieron, muy diferente del nuestro, y comprender lo que trataron de realizar, llevados por su fe.

Hombres libres, vírgenes y mártires

Los cristianos de los primeros siglos gozaron al sentirse liberados: liberados de las supersticiones paganas como de su propio temor y egoísmo. Pero pagaron cara esta libertad. En su tiempo no había ley superior a la voluntad del emperador o a las costumbres de su pueblo, pero ellos ponían a Cristo por encima de las autoridades humanas y, por ser opositores de conciencia, los trataron como a malhechores. El amor cristiano y la virginidad insultaban los vicios del mundo pagano.

De ahí que los cristianos fueran perseguidos. Durante tres siglos hubo represión y mártires, a veces en una provincia del imperio, a veces en otra. En algunos períodos todas las fuerzas del poder se desencadenaron contra ellos y pensaron acabar con el nombre de Cristo. Pero las multitudes, que para divertirse iban a contemplar los suplicios infligidos a los cristianos, volvían avergonzadas de su propia maldad y convencidas de que la verdadera humanidad estaba en los perseguidos.

La conversión de Constantino

Mientras tanto el mundo romano entraba en decadencia. Antes de que fuera vencido por sus enemigos, se debilitaron las fuerzas espirituales que lo habían encumbrado: ya no tenían vida las creencias antiguas. En el año 315, el propio emperador Constantino pidió ser bautizado y, después de él, los gobernantes fueron cristianos. Este fue un acontecimiento decisivo para la Iglesia, que pasaba a ser protegida en vez de perseguida.

Pero este triunfo trajo consigo desventajas que se iban a medir con el tiempo. En adelante la Iglesia debió ser la fuerza espiritual que necesitaban esos pueblos del Imperio romano, reemplazando a las falsas religiones, y sus puertas se abrieron para recibir a las muchedumbres en busca del bautismo. La Iglesia ya no se limitaba a creyentes bautizados después de ser convertidos y probados; tuvo que hacerse la educadora de un «pueblo cristiano» que no difería mucho del anterior «pueblo pagano». Lo que se ganaba en cantidad se perdía en calidad. Los emperadores «cristianos» tampoco diferían de sus predecesores. Así como éstos habían sido la suma autoridad en la reli-

gión pagana, también quisieron dirigir la Iglesia, nombrar y controlar a sus obispos: protegían la fe y sometían las conciencias.

Por otra parte, al salir de la clandestinidad o de una situación postergada, los cristianos tuvieron que meterse más en los problemas del mundo. ¿Cómo podían conciliar la cultura de su tiempo con la fe? Ese fue el tiempo en que los obispos, a los que llaman «los Santos Padres», hicieron una amplia exposición de la fe respondiendo a las preguntas de sus contemporáneos. Entre los de más genio se destacó San Agustín.

Hay gente que prefiere no ver los puntos difíciles de la fe. Pero los que se atreven a profundizarlos como se debe, no siempre se cuidan de los errores. El error que más se difundió y por poco arrastró a la Iglesia, fue el «arrianismo»: por miedo a dividir el Dios único, los arrianos negaban que Cristo fuera el Hijo igual al Padre; lo consideraban solamente como el primero entre los seres de toda la creación. Los emperadores arrianos designaban obispos arrianos; pero como lo había prometido Jesús, el Espíritu Santo mantuvo la fe del pueblo cristiano y el error retrocedió.

En esos tiempos los cristianos deseosos de perfección, al ver que la Iglesia no era ya la comunidad fervorosa del tiempo de los mártires, empezaron a organizarse en comunidades austeras y exigentes. Les pareció necesario aislarse de la vida cómoda para buscar a Dios con toda el alma, y así, en los desiertos de Egipto primero, y luego por todo el mundo cristiano, hubo monjes y ermitaños. Los monjes mantuvieron en la Iglesia el ideal de una vida perfecta, totalmente entregada a Cristo. Su existencia tan mortificada les permitió conocer hasta los últimos rincones del corazón humano. Y Dios, por su parte, les hizo experimentar la transformación o divinización reservada a quienes lo dejaron todo por él.

El fermento en la masa

Cuando se derrumbó el Imperio romano, invadido por los bárbaros, devastado, arruinado, despedazado, pareció que fuera el fin del mundo. (Hablamos siempre del Imperio romano, no porque fuera el único lugar poblado en el mundo sino porque, de hecho, los predicadores cristianos no habían salido, o muy poco, de sus fronteras).

Pero, en realidad, esta destrucción anunciada por Juan en el Apocalipsis dio la partida para otros tiempos; la Iglesia no pereció en ese torbellino, sino que descubrió una nueva tarea: evangelizar y educar a los pueblos que, después de las invasiones bárbaras, habían vuelto a una sociedad más pobre, muy inculta y totalmente desorganizada.

Estos pueblos no conocían otra fuerza moral u otra institución firme que la de la Iglesia. Muchas veces el obispo había sido el único que se constituyera en «Defensor del pueblo» frente a los invasores. No había otros que los clérigos para educar al pueblo; en los monasterios se guardaban, al lado de las Escrituras Sagradas, los libros de la cultura antigua. La Iglesia fue el alma de esos pueblos primitivos, crueles, generosos y excesivos en todo. Y mientras luchaba perseverantemente para limitar guerras y venganzas, proteger a la mujer y al niño, desarrollar el sentido del trabajo constructivo, ella misma se dejó penetrar por las supersticiones y la corrupción. Por momentos pareció que hasta las más altas autoridades, los Papas, se hundieran en los vicios del mundo, pero lo sembrado entre lágrimas floreció con el tiempo.

Lo mismo que en la Historia Sagrada Dios había educado al pueblo primitivo de Israel, dejando que muchos errores solamente se corrigieran con el tiempo, así pasó con la llamada *Cristiandad*, o sea, con esos pueblos de Europa que aprendían a ser humanos, libres y responsables. Nació una civilización nueva cuya cultura, arte y, más que todo, ideales, eran fruto de la fe.

Católicos y Ortodoxos: El Cisma

La parte oriental del Imperio romano había resistido a las invasiones bárbaras. Esta parte de la Iglesia, llamada Griega u Ortodoxa, y que luego evangelizaría a Rusia, se apartó poco a poco de la parte occidental ocupada por los bárbaros y animada por la Iglesia de Roma. Hubo dos Iglesias diferentes por la cultura, el idioma y las prácticas religiosas, a pesar de que guardaban la misma fe, y esto no era malo. Pero ambas cometieron el pecado de fijarse más en sus propias costumbres que en la fe común, y así, la Iglesia oriental se apartó del Papa, sucesor de Pedro en Roma.

Posteriormente los turcos, que se adherían a la religión de Mahoma, conquistaron los restos del Imperio romano en Oriente y solamente quedaron escasas comunidades cristianas allí donde habían prosperado las antiguas Iglesias de Siria, Palestina, Egipto... En los tiempos actuales, Grecia, Rumania y, más que todo, Rusia, forman lo más importante del mundo ortodoxo.

La Iglesia y la Biblia

En el año 1460, los descubrimientos de Gutenberg permitieron imprimir libros. En tiempos anteriores no había sino libros escritos a mano, caros y escasos. No estaba al alcance del hombre común tener una Biblia, ni siquiera un Evangelio. La Biblia se leía en la Iglesia y servía de base para la predicación. Y para que estuviera más presente en la memoria de los fieles, no se construían templos sin adornarlos por todas partes con pinturas, esculturas o vitrales que reproducían escenas bíblicas.

Pero en adelante cada uno podría tener las Escrituras Sagradas, con tal que supiera leer. Este descubrimiento técnico iba a precipitar una crisis latente en la Iglesia. Porque durante siglos las instituciones de la Iglesia, su clero, sus religiosos, habían forjado la cultura y la unidad del mundo cristiano; siendo sus guías en lo político como en lo espiritual, las preocupaciones materiales superaban muy a menudo la dedicación por el Evangelio. Muchos hombres destacados, religiosos, santos, habían protestado pidiendo reformas. Pero las reformas no salían adelante. Con la impresión de la Biblia, muchos pensaron que la única solución para reformar la Iglesia era entregar a todos el Libro Sagrado para que, al leerlo, bebieran el mensaje en su misma fuente y corrigieran los desvíos y malas costumbres establecidas.

Cuando Martín Lutero tomó la iniciativa de una Iglesia reformada, apartándose de la Iglesia oficial, acometió la obra de traducir toda la Biblia al idioma de su pueblo, el alemán, pues hasta entonces se publicaba casi siempre en latín.

Es que, en la Iglesia, la mayoría de los clérigos, desconociendo el provecho que se sacaría de la lectura individual de la Palabra de Dios, se fijaban más bien en los peligros de que cada uno se creyera capacitado para comprenderlo todo sin error, si se entregaba el Libro Sagrado a todos. No se equivocaban totalmente, pues apenas Lutero hubo traducido la Biblia, sus seguidores empezaron a pelear entre ellos y a fundar Iglesias opuestas, segura cada una de retener sola la verdad.

Cuando, años después, la Iglesia se reformó a sí misma, no por eso se promovió suficientemente el interés por la Biblia. Predicadores y misioneros no dejaban de enseñar el Evangelio, pero todo llegaba al pueblo desde arriba, sin que fuera estimulado a buscar personalmente la verdad.

Conquistadores y misioneros

Desde los Apóstoles, los creyentes se han preocupado por transmitir su fe a los demás. También hubo misioneros que se aventuraron entre los pueblos enemigos o de otro idioma, para predicar el Evangelio. Pero cuando toda Europa se encontró más o menos reunida en la cristiandad, o sea en el área cultural y social animada por la Iglesia, creyeron que se había cumplido la tarea misionera. ¿Qué había fuera de los países cristianos? Ellos hubieran contestado: «Los moros, nada más.» Los moros, es decir, los pueblos árabes de religión musulmana, enemigos encarnizados de los países cristianos. Y no pensaban que hubiera pueblos más allá.

Algunos profetas como Francisco de Asís o Ramón Lull comprendieron que sería mejor anunciar a Cristo entre los musulmanes que luchar contra ellos con armas. También misioneros como Juan de Montecorvino recorrieron toda Asia a pie, hasta China. Pero fueron excepciones. Ya en estos tiempos, que nos parecen lejanos, las Iglesias de Europa tenían siglos de tradición; tenían su cultura, su manera propia de reflexionar la fe y de vivir el Evangelio. Y para los hombres de ese tiempo era muy costoso comprender a pueblos de otra cultura y transmitirles el Evangelio de manera que pudieran organizarse en Iglesia según su temperamento propio y conforme a su idiosincracia. Por esto las Iglesias fundadas en los extremos del mundo no prosperaron y la Iglesia se confundió con la cristiandad europea.

Pero cuando Marco Polo, Vasco de Gama y Cristóbal Colón abrieron el muro de ignorancia que protegía a la cristiandad, la Iglesia conoció la dimensión real del mundo que no había recibido todavía el Evangelio: África, Asia y América.

Eran aventureros los conquistadores, pues la gente tranquila no suele arriesgarse en tales cosas. Pero apenas descubrieron el Nuevo Mundo, los acompañaron los aventureros de la fe, ansiosos por conquistar para Cristo a los que todavía no lo conocían, y entre los que partieron así sin armas, sin otra preparación que su fe, no faltaron los santos ni los mártires.

La misión en América pareció que sería muy fácil y fecunda. Los españoles habían destruido las naciones indígenas y, a veces, arrasado su cultura. Los indios no se resistieron a la fe, y en varios lugares se concedieron privilegios a los que se hacían cristianos. Poca gente se dio cuenta de que la cristianización era muy superficial. Bajo la película delgada de las prácticas católicas los pueblos indios guardaban sus creencias paganas. Seguían muy religiosos, como lo eran antes, pero a su manera, y, si bien es cierto que la Iglesia suprimió costumbres inhumanas e hizo obra de educación moral, los hombres, en su mayoría, no se encontraron con Cristo ni se convirtieron a su mensaje en forma responsable.

La rebeldía de los laicos

Al hablar de la cristiandad dijimos que la Iglesia se había hecho responsable de muchos sectores de la vida pública, y esto, por necesidad, porque no había autoridad civil o militar que se encargara de ellos. El clero fundaba y atendía las escuelas y universidades, los religiosos se hacían cargo de la salud pública: hospitales, hospicios, orfanatos. Los monjes colonizaban y valorizaban las tierras sin cultivar.

Pero llegó el día en que los más conscientes entre los dirigentes e intelectuales comprendieron que todas estas tareas debían ser devueltas a las autoridades civiles. En esto estaban de acuerdo con el Evangelio, que distinguió lo que es del César y lo que es de Dios. Pero también en esto se enfrentaron con las ideas tradicionales. Raras

veces nos convencemos de que debemos transmitir a otro una responsabilidad nuestra. Así pasó con las autoridades de la Iglesia. De tal manera que los cambios necesarios para que la cristiandad decadente diera lugar a naciones modernas, a instituciones laicas, a ciencias independientes, se hicieron en forma de lucha. Todos saben el proceso ridículo hecho al físico Galileo y los conflictos políticos que hubo entre los papas y los reyes.

La Iglesia y el mundo moderno

En los últimos cuatro siglos, el mundo ha conocido más crisis, más adelantos, más cambios que en todos los tiempos anteriores. La fe cristiana había dado al hombre europeo una energía, una seguridad, una conciencia de su misión en el universo, que le permitieron construir la ciencia, desarrollar las técnicas, dominar los otros continentes. Por supuesto que las conquistas y la colonización obedecían a motivos muy extraños a la fe, pero, aun con esto, llevaban a efecto el plan de Dios que, desde el comienzo, contempló la reunificación de todos los pueblos.

La Iglesia participó de esta extensión. En el siglo XIX hubo hasta 100.000 misioneros, sacerdotes y religiosas, empeñados en la evangelización y educación en Asia, África y América.

Lo más importante, sin embargo, sucedía en Europa. La Iglesia se veía enfrentada a esta cultura moderna que había salido de ella, pero que, ahora independizada, se volvía su enemiga. Los espíritus ilustrados pensaban comúnmente que eran capaces de dar a la humanidad progreso, felicidad y paz, y no veían en la Iglesia sino ignorancia y prejuicios; en una palabra: el mayor obstáculo para la liberación de los hombres. Muchos se atrevieron a predecir la muerte del cristianismo antes del siglo XX.

Esta situación compleja obligó a la Iglesia a salir de su seguridad y a responder a interrogantes cada vez más cruciales. Bien era cierto que Cristo le había entregado la verdad y reinaba después de resucitado. Pero la Iglesia tenía que descubrir y probar cada día lo que significaba esta verdad para hombres diferentes. Y no era para ella el momento de reinar, sino de servir en medio de humillaciones.

El gran siglo de la evangelización

El siglo XX parece que ha simplificado la situación. Por una parte, al cabo de tres siglos de luchas estériles, la Iglesia se ha dado cuenta de que, al perder sus recursos, su poder político y su monopolio cultural, ha vuelto a encontrar su verdadera misión, que es la de ser en el mundo una fuente de amor y de unidad, la levadura en la masa.

La Iglesia no es más que una minoría en el mundo: unos 700 millones de católicos entre cinco mil millones de pobladores de la tierra. Pero son, más que nunca, una minoría inquieta y preocupada por todo lo humano, sabiendo que la obra de Dios es salvar todo lo humano.

Por otra parte, la cultura laicista que pretendía solucionar todos los apuros de la humanidad sin recurrir a la fe, ha visto sus límites y, luego, su fracaso. Los mejores entre los que piensan, reconocen que la humanidad corre al caos si los hombres no vuelven a tener una fe, una esperanza y una visión común de su destino. De otra manera, las tensiones entre ricos y pobres, el choque de las ideologías, el desconcierto de las sabidurías humanas, nos lleva directamente a un enfrentamiento universal.

En muchas partes del mundo, la Iglesia, que antes iba de la mano con los gobernantes, es perseguida. Esto sucede en los países comunistas, decididos a eliminar toda

religión; esto sucede en países dominados por otra religión, como son los musulmanes y los hindúes; esto sucede en las mismas sociedades que se proclaman cristianas, pero dan la espalda a la justicia y al respeto al hombre.

Ahora bien, la Iglesia entiende mejor lo que es dar testimonio de Cristo y entregar su Buena Nueva a los pobres. Deja de ser una institución dirigida por una clase superior, el clero, y vuelve a ser una comunidad de comunidades. La Iglesia entiende que para todos los pueblos se acerca el desastre si no saben reconciliarse; y la reconciliación en base a la verdad, la justicia y el perdón, es el fruto de la Evangelización. Para quien no se detiene en la mediocridad inevitable de la mayoría de los creyentes, ni en los errores en el recorrido, ni en la lentitud de ciertos cambios, no cabe duda que este siglo es el gran siglo de la evangelización de las naciones.

¿Habrà otro después?

Una Biblia Ecuménica y Católica

Estas dos palabras, que en un comienzo tenían sentidos muy parecidos, han tomado caminos diferentes.

La Biblia que presentamos es **ecuménica** ante todo en el sentido de que la traducción quiere ser honrada y no deforma los textos para favorecer una interpretación sectaria de las Escrituras. Nos hemos esforzado además para que nada, ni en las introducciones ni en los comentarios, pueda ofender a cristianos pertenecientes a otras Iglesias, y para evitar todo juicio negativo sobre otras religiones. No contentos con esto, hemos querido mostrar cómo la salvación única de Cristo no se opone a que Dios haya amado y conducido por otros caminos a esa gran mayoría de los hombres que no comparten nuestra fe. Véase al respecto la nota: *La salvación de los no-cristianos* (pág. 617).

Hay una manera **católica** de vivir la fe así como de entender las Escrituras. Lo uno va unido a lo otro. Para dar un ejemplo, tomado de uno de los temas más conflictivos: sería inútil cultivar en nuestros templos la devoción a María, Madre de Jesús, si no fuéramos capaces de mostrar el lugar que ocupa en el corazón de las Escrituras, que es el misterio del Hijo hecho hombre. Para nosotros no se trata de añadir una persona creada a las Personas divinas, como si la fe en Dios no fuera suficiente. Si aceptamos la visión de María que mantiene la Iglesia católica, se nos abre otra visión de Dios, de la salvación y de las relaciones de Dios con el universo.

El comentario bíblico no puede limitarse a explicaciones de palabras o a datos históricos, ya que no es monopolio de profesores. La inteligencia de la Palabra escrita se desarrolla a partir de la experiencia de Dios, de la comunidad cristiana y de la vida de los hombres. La experiencia de los católicos va mucho más allá de sus ritos y de su teología. Marca tan fuertemente a la persona humana que nos hace diferentes. Es imposible que efectos tan globales no tengan que ver con la Escritura y con el modo de entenderla.

Esto justifica las reservas, por no decir la oposición tradicional de la Iglesia católica respecto a Biblias claramente no católicas. En esto no se debe ver un simple temor a la tergiversación de los textos, sino la convicción —que también expresó Lutero— de que la Palabra de Dios es la Palabra proclamada por la Iglesia.

El problema de los libros *deuterocanónicos* es uno de los muchos elementos en que las Biblias católicas difieren de las demás, pero necesitarían una exposición más amplia.

Los Libros Deuterocanónicos

Los libros de Macabeos, Tobías, Judit, Baruc, la Sabiduría de Salomón y la Sabiduría de Ben Sirac no se encuentran en las Biblias destinadas a los protestantes, lo que plantea una cuestión gravísima: si no hay acuerdo respecto a algunos libros, ¿con qué criterios se aceptaron los otros? ¿No se podría concluir que para ningún libro hay certeza sino tan sólo una opinión común? ¿Qué decir, entonces, de la fe?

La Biblia no ha existido siempre. Durante muchos siglos la Palabra de Dios era transmitida oralmente por sacerdotes y profetas. La idea de una colección de los Escritos sagrados se fue gestando poco a poco, después del regreso del destierro, y sobre todo con Esdras. Se pueden señalar los pasos siguientes:

1. Esdras (alrededor del 400 a.C.) reúne los libros de la Ley, y con mucha probabilidad también de los Profetas. Con el pasar del tiempo otros libros, reunidos bajo el nombre de Escritos o Libros Sapienciales, vinieron a agregarse sin ninguna norma a los primeros, desconociendo qué grado de autoridad había que otorgarles.

2. En el siglo siguiente, las Escrituras sagradas son traducidas del hebreo al griego en Alejandría (Egipto). Es la versión llamada de *Los Setenta*. Estos libros (en griego *Biblia*) serán utilizados por las comunidades judías del mundo mediterráneo, que forman la mayoría del pueblo judío (tal vez son cinco veces más numerosos que los judíos de

Palestina). Esta Biblia griega es la que usarían los apóstoles y la que citan los libros del Nuevo Testamento.

Una parte de los libros nuevos se agregaron a la Biblia griega antes de que circularan en Palestina. La Biblia griega por lo tanto tenía más libros, y se usaba incluso en algunas sinagogas de Palestina.

3. En la época de Jesús, la comunidad religiosa no se había pronunciado todavía sobre el *canon*, es decir, sobre una lista oficial y definitiva de los libros sagrados. Todos consideraban los libros de Moisés como Escritura. Los saduceos situaban a los Profetas y los Escritos en un segundo plano, mientras que las demás corrientes religiosas los tenían por inspirados.

4. Después de la destrucción de Jerusalén por los romanos (70 d.C.), los fariseos reunidos en Jamnia reorganizaron la comunidad judía (95 d.C.) y fijaron el canon de las Escrituras, excluyendo sistemáticamente todos los libros escritos en griego.

5. La Iglesia siguió la práctica de los apóstoles, que habían usado la Biblia griega sin hacer distinción entre sus diversos libros; las discusiones se centraron más bien en lo escrito que debían formar el Nuevo Testamento. Un decreto del papa Dámaso fijó definitivamente en el año 384 el canon de la Biblia cristiana, ya aceptado en general; la lista retenía algunos libros de la Biblia griega rechazados por los judíos en Jamnia, que fueron llamados *Deuterocanónicos*, es decir, libros de la segunda colección.

Doce siglos más tarde, cuando se separaron los protestantes, hubo división respecto a los deuterocanónicos y terminaron por excluirllos, llamándolos «apócrifos», es decir, no auténticos. Fue entonces que nació la teoría que incluía entre los tiempos del Antiguo Testamento, durante los cuales Dios no podía hablar más que en hebreo, y los del Nuevo Testamento, en que Dios habló griego, un período intertestamentario de cuatro siglos, del cual estaban excluidos tanto la inspiración divina como el progreso de la fe.

Las ciencias bíblicas han destruido las bases de esa teoría, pues tanto los judíos como los protestantes reconocen libros escritos después de Esdras. La joya del Antiguo Testamento, el Cantar, data, con mucha probabilidad, del siglo III, y Qohélet no debe ser anterior. ¡Qué decir de la segunda parte de Zacarías y de Joel, más recientes todavía, lo mismo que la primera parte de los Proverbios! También se puede fijar con precisión la fecha del libro de Daniel en el año 165. Con esto, el tiempo *intertestamentario* ha pasado a ser una ficción engañosa.

Los tres últimos siglos del Antiguo Testamento se cuentan entre los más fecundos, y los libros griegos de ese período preparan los del Nuevo Testamento; dan testimonio de la resistencia de la fe tradicional amenazada por la invasión de la cultura helénica y pagana; reflejan los primeros esfuerzos para expresar la fe con los términos de la nueva cultura; son los primeros testigos de la diáspora, un pueblo de Dios disperso que vive su fe en naciones extranjeras; enseñan los comienzos de la fe en la resurrección de los muertos y las primeras intuiciones que preparan la revelación del Verbo y del Espíritu.

El pronunciamiento sobre el canon de los libros sagrados es esencial para la fe; pero ¿quién tiene autoridad para decidir? La promesa dice: *ustedes recibirán al Espíritu Santo, él los guiará en toda la verdad* (Jn 14,26; 15,13). El Espíritu Santo no ha sido únicamente para la jerarquía o para los doctores, sino para el pueblo cristiano en su totalidad. Los obispos del concilio Tridentino, que confirmó el canon cristiano en el siglo XVI, estaban divididos sobre el valor de los deuterocanónicos, pero desde hacía quince siglos el pueblo cristiano los utilizaba sin hacer diferencia: ese fue el argumento decisivo.

El Misterio de la Trinidad

La fórmula del bautismo que encontramos en el Evangelio de Mateo ha sido siempre la piedra de toque de la fe cristiana. Todo grupo que se niega a reconocer que el Nombre único pertenece a las tres personas deja de ser cristiano. Mateo pone a las tres personas en pie de igualdad, a pesar de que en el lenguaje y las imágenes, el Hijo y el Espíritu no parecen estar a la altura del Padre, como se podría deducir de las palabras de Jesús donde se pone debajo del Padre: Mt 24,36; Jn 14,28. No obstante, sabiendo que el misterio supera infinitamente a las imágenes y a las palabras, creemos.

Un sinnúmero de textos del Nuevo Testamento nombran juntas a las tres personas: Mc 1,10; Lc 1,35; Jn 3,34; 14,26; 15,26; Rom 1,4; Rom 8,11; 8,16; 1Co 6,11; 12,4; 2Co 13,14; Ap 1,4. La Iglesia, pues, no vacila en decir “la Trinidad” para nombrar al Único.

Al hablar de la Trinidad, a menudo nos contentamos con palabras, y la igualdad o semejanza entre ellas puede ser mal interpretada. Un ejemplo: al leer la traducción clásica de Jn 1,3, “Por él todo ha sido hecho”, muchos entienden, no que todo ha sido hecho “a través de él”, sino que él lo ha hecho todo. ¿En qué se distinguiría, pues, el Hijo del Padre creador?

Más a menudo nos confunde la idea de Dios establecido en una eternidad inmutable, que debemos al filósofo Aristóteles. Es cierto que nada puede afectar al Ser supremo: lo conoce todo y no necesita ni depende de nada. Es uno y no puede haber en él algo o algo que no sea totalmente uno con él. Sin embargo es difícil decirlo sin desvirtuar al Dios vivo que la Biblia nos enseña. Esta imagen del Dios uno ha sido una causa de tropiezo tanto para los judíos como para los griegos, y lo es todavía hoy para muchas personas.

Moisés y la Trinidad

Se enfrenta frecuentemente la revelación del Dios único hecha a Moisés y la fe del Nuevo Testamento. Es cierto que Dios no ha revelado todo su misterio a Moisés; sin embargo, cuando le comunica su nombre, “Yo soy *Yo-Soy*”, añade algo más que una definición del Ser divino, como si dijera: “Yo soy el que existe por sí mismo y que existe siempre”. Estamos ante una *afirmación* del Ser divino, que se encontrará con más fuerza en Is 45. Dios es inseparable de la afirmación de sí mismo; Dios no existe sin la “Palabra” que proyecta. Tenemos, pues, aquí a Dios y su Verbo (Jn 1,1), a Dios y su Sabiduría (Pro 8,22).

Tal vez algunos vean en esta afirmación de sí mismo el autoritarismo de un Dios patriarcal y machista, pero los que saben que Dios es el Amor reconocerán en tal afirmación la expansión y la generosidad del amor. Recordemos que *generosidad* y *engendrar* tienen la misma raíz: aquí está la relación padre-hijo.

La revelación de Dios Amor

Jesús nos habla del único Dios que es el Padre (Mt 19,17; Mc 14,36). Y nos enseña que la naturaleza de Dios y su ley propia son las del amor (Lc 7,47; Jn 15,9; 16,27). Con esto intuimos que la generosidad del Amor Dios lo hace salir de sí mismo. En el Amor-Dios hay a la vez superabundancia y debilidad (Rom 5,6-8; 1Co 1,21), como lo manifiesta su gran misericordia (Lc 15,7).

Las tres Personas no son solamente divinas, también son las tres caras complementarias del Amor sin origen (1Jn 4,8), caras tan inseparables como lo son en nosotros el ser y el actuar, el cuerpo y la energía. No puede haber existencia, ni eternidad, ni unidad, ni Dios que no se juegue entre ellas. El Hijo ha nacido del Padre, pero no se puede añadir a Dios; habiéndolo recibido todo, ha de devolverlo todo para ser retoma-

do en la unidad (Jn 19,30). El Evangelio de Juan afirma más de treinta veces (6,39; 17,18) que el Hijo es el enviado del Padre y que vuelve al Padre. Con esto no pretende solamente destacar la autoridad de Jesús, sino que expresa también que el misterio de su persona está en este doble movimiento (Jn 6,62; 20,17).

El Hijo se desprende de lo que ha recibido, es decir, de su condición divina, para entrar en el tiempo (véase la nota de Fil 2,6). Más exactamente, el momento en que pone su tienda entre los humanos (Jn 1,14), es en el plan de Dios el origen del tiempo y del universo. Todo lo que ha venido antes de él (Jn 1,30) depende del instante en que el “fiat” de María se confunda con el “Sí, yo voy” de Heb 10,6. Su empobrecimiento va a ser fuente de riqueza (2Co 8,9); reducido a la nada, pasa a ser el “principio” de una creación sometida al tiempo y la materia (Col 1,18).

Se podría decir que la persona del Hijo le da a Dios su ritmo: de lo infinito a lo infimo. Su hazaña ha permitido que la pequeñez se aloje al lado de Dios. Así aparece un universo en que se manifiesta tanto el esplendor como la debilidad, la debilidad de lo que sólo dura un tiempo y que debe morir para ser retomado en Dios (Qo 12,7). Por el Hijo hecho carne la humanidad pecadora, con todo su bagaje de criaturas, tierras y estrellas es y será salvada (Jn 12,32). Hoy mismo, a lo largo del día, cada uno de nosotros ha estado buscando la otra faz de su ser, que está en la sala del banquete (Is 25,6; Mt 22,11), en la eternidad.

El Espíritu de Dios

El Amor-Dios sin origen se ha proyectado, estableciendo su ley y su ritmo, en la persona del Hijo. Esta “generación” del Hijo (Jn 5,19) a su vez implica al Espíritu.

El Espíritu será la energía divina que magnetiza toda criatura. Se repartirá por todo el universo al compás del tiempo, conforme a la vocación de cada criatura. Múltiple en las criaturas (Ap 1,4), armoniza en una sola alabanza todas las vibraciones del mundo. Él es a la vez el don y el retorno al Dios del amor de todo ser que ama (Jn 14,17). Un amor que puede ser sucesivamente añoranza de lo eterno, éxtasis o pena de amor, indignación ante el mal, ternura, fuerza inquebrantable, entrega de sí mismo. El Espíritu uno y múltiple (múltiple a nuestros ojos, uno a los ojos de Dios) procede de Dios y es Dios.

Amor y elección

Dios es Amor. Amor es amante, y no hay amante que no elija. Si hablamos del Hijo, en el que se complace el Padre, es difícil hablar de “elección”, puesto que el Hijo es único. No obstante, la palabra que recibe con ocasión del bautismo y de nuevo en la Transfiguración, lo llama “el elegido”. Ha sido amado y elegido para reconciliar al mundo; asimismo el amor de Dios por el mundo será siempre el origen de llamadas y elecciones. No hay distorsión más grave de la fe cristiana que olvidar la llamada gratuita que nos ha hecho pueblo de Dios (Rom 8,29; 1Co 1,26; 1Pe 2,9). El Magníficat de María proclama esta libertad del Amor que podría no gustarles a los espíritus igualitarios: nos guste o no, así es nuestro Dios.

Dios se inclina sobre aquello que es pequeño

El Hijo nos ha descubierto la profundidad del misterio divino: el Dios que ama se inclina sobre aquello que es pequeño (Sal 113,6). Tal vez tengamos aquí otra cualidad propia de Dios. La elección de los pequeños no es un detalle sin importancia para conocer el misterio de Dios. La Biblia la recuerda a cada momento y la confiesa al hablar de la cólera de Dios contra todo lo que se enaltece (Is 2,11-16; Lc 16,15). A su vez el Credo confirma este aspecto misterioso del Ser divino: el Hijo se hizo hombre “por nuestra salvación”.

Siempre nos asaltarán dudas al confrontarnos con el misterio de Dios: ¿cómo puede haber un Amor sin origen, sin causa, sin que haya un lugar donde recibirlo...? Estas dudas y otras más surgen de los fantasmas de nuestra imaginación, porque nuestra razón sólo funciona con un cerebro material encerrado en las tres dimensiones del espacio. La Escritura nos dice: “¿Cómo podrán comprender al Dios que ha hecho todas las cosas?” (Jdt 8,14). Sin embargo, si abrimos nuestro espíritu y nuestro corazón a lo que nos revela la Escritura, esta clase de dudas no provendrá del misterio de tres Personas que son un mismo Dios. Esta revelación es tan bella y tan rica que no nos costará aceptarla.

La salvación de los no-cristianos

La fe y el modo de vida de los cristianos pueden plantear un problema a los que no las comparten, pero el interrogante es mucho más fuerte todavía para el cristiano que se fija en los demás. En primer lugar porque cree que ninguna vida humana alcanza su término ni consigue pleno sentido si no ha sido salvada; y después porque cree en un sólo salvador y mediador, el Hijo de Dios hecho hombre.

Ahora bien, es un hecho que la mayoría de los hombres desconoce a este salvador, y que aparentemente a muchos no les perjudica prescindir de él; sin él espíritus muy nobles perseveran en una búsqueda espiritual que les depara grandes satisfacciones. ¿Qué han perdido no haciéndose cristianos? ¿Tendrá Dios muchos rostros y verdades?

¿Acaso somos sectarios?

Estas cuestiones son nuevas. Si indagamos en la Biblia, es muy poco lo que encontraremos en el Antiguo Testamento, pero también el Nuevo Testamento podrá concertarnos.

Cuando el Apocalipsis, que cierra el libro sagrado, se refiere a los tiempos venideros, no habla más que de una lucha sin piedad de las potencias del mal contra la Iglesia naciente. El libro quiere alentar a los cristianos perseguidos: son asociados a la victoria de Cristo, Señor de la historia. Es notable, sin embargo, que en ningún momento se mencione a los demás, esos mismos con los que nos codeamos todos los días, que no han sido ni testigos de la Palabra ni instrumentos del diablo. Parece como que no hubieran existido nunca.

Lo mismo sucede en las cartas de Pablo: los no cristianos son *los de fuera* (1Cor 5,12), un *mundo* en el cual el espíritu maligno actúa libremente (Ef 2,2). Incluso el texto de 1Tim 2,4 (*Dios quiere que todos los hombres se salven...*) pasa por alto nuestra cuestión; sólo expresa la voluntad divina de que llegue a todos los hombres el mensaje de la salvación.

Ignorar hasta ese punto a los que constituyen la mayoría de la humanidad podría hacer del cristianismo un mensaje sectario; ya dijimos una palabra sobre ese “fuera de la Iglesia no hay salvación” a propósito de Mc 16,16. No debemos sin embargo sorprendernos: los libros del Nuevo Testamento iban dirigidos a pequeñas comunidades, cuyos problemas habitualmente no iban más allá de su ciudad. Allí estaba el combate para esos cristianos a menudo mal vistos o perseguidos.

Hay sin embargo en los textos más fundamentales del Antiguo Testamento afirmaciones que se consideran, a veces erróneamente, como restos de un antiguo politeísmo. En el Deuteronomio 4,19 leemos: “Cuando mires al cielo y veas los astros del firmamento, no te dejes arrastrar a adorarlos como dioses y a servirlos, pues Yavé, tu Dios, dejó que fueran la parte de los demás pueblos, pero a ustedes los tomó para que fueran su propio pueblo y su propia herencia”. Se nos revela, pues, que Dios puso a los demás pueblos en un camino diferente y que él los encargó a otros señores del mundo sobrenatural (Dt 32,8; 33,3), de tal manera que se cumple el plan de Dios cuando obedecen a estos maestros; sirviéndoles con prácticas prohibidas a los israelitas, están realizando el plan de Dios.

Esta certeza se vuelve a encontrar en forma implícita a lo largo de toda la Biblia y, si pasamos al Evangelio, no encontraremos ninguna condena o discriminación de los que no recibieron la revelación bíblica. Veamos cómo actúa Jesús con los no Judíos en Mc 7,24-8,10. Del mismo modo la parábola del Juicio final (Mt 25,31) no hace ninguna distinción entre creyentes y no creyentes.

La tentación del liberalismo

Ciertamente resultará útil y conveniente replantear el problema de la salvación de los que no han recibido la fe. No es tanto cuestión de saber si Dios tiene el espíritu lo bastante amplio como para interesarse de “los de afuera”, sino de tratar de comprender cómo ha dispuesto la historia humana a fin de que todos sean salvados por el único Salvador, pero que sólo una minoría deba conocer al Hijo hecho hombre. ¿Por qué vocaciones tan opuestas: conocer o no conocer la gran manifestación divina? Si creemos que Dios actúa con una generosidad sin límites y sin distinción de personas, ¿cómo podemos ver en eso una obra digna de él?

A muchos cristianos de hoy les gustaría pensar que solamente el lenguaje y la cultura nos separan de quienes no comparten nuestra fe y que la verdad debe encontrarse más allá de los diferentes credos. La revelación cristiana se opone a ese tipo de concesiones: aun cuando aceptemos que haya otras revelaciones de Dios y que otras religiones se apoyen en profetas que no son los nuestros, pero que debemos respetar, el Hijo es único, así como Dios es uno (Jn 1,1; 1Tm 2,5).

Sin renegar de la unicidad de la salvación cristiana, podemos ampliar nuestra visión tradicional. Durante siglos se ha querido tranquilizar rebajando esas otras sabidurías y religiones: no son más que balbuceos humanos, se decía, mientras que a nosotros se nos da la luz divina. ¿Por qué entonces no reconocer que son dos caminos igualmente queridos por Dios, aunque el espíritu del mal haya sembrado toda clase de confusión?

Dios se manifiesta permaneciendo oculto

Creemos en nuestra vocación privilegiada, pero no podemos concluir por ello que Dios sólo salva a los demás “por añadidura”. Dios salva a unos manifestándose y a otros dejándoles que busquen (He 17,27); lo que aquí nos parece una contradicción es tal vez una exigencia de la santidad de Dios, porque Dios no se puede descubrir sin quedar al mismo tiempo oculto; no puede prometer y comprometerse en alguna parte sin volver a hundirse inmediatamente en el misterio o, si preferimos, hundirnos nosotros en nuestra condición de criatura.

Dios es Santo: esto significa que se nos escapa siempre, tanto más que nos ha hecho testigos de su acción siempre imprevisible. Los acontecimientos que vivimos, con su buena dosis de tragedias y de escándalos, se presentan como un juego divino: se desarrollan en la superficie de una realidad mucho más espesa, donde no hay más que el misterio de la libertad divina. *Nuestro Dios es un fuego devorador* (Dt 4,24), y quedamos sin recursos frente a las iniciativas y a la exuberancia de sus riquezas inalcanzables, a menudo terribles. En Dios no hay tinieblas y en Él todo es luz (1Jn 1,5), pero esa luz no es la nuestra y nos ciega.

Ese misterio de la luz que se da y que se niega está en lo más profundo de la obra de salvación. Las tensiones que en Dios mismo se anudan y concluyen con la vuelta a la unidad de las Personas divinas, son la razón última de las contradicciones inscritas en el plan de salvación con sus diversos caminos. El Dios Santo ha querido algo inconcebible para la razón humana: hacer que seres creados vuelvan a Él en su eternidad. Asumió en eso riesgos sorprendentes: ¿qué pueden y qué deben conocer de Dios? ¿Qué experiencias deben efectuar en el curso de su existencia, tan limitada en el tiempo? ¿Qué deben adivinar del Ser superior del cual provienen para que su vida presente sea un preludio de la eternidad? ¿Qué traumatismos son necesarios para prepararlos para esa metamorfosis?

El Dios de los muchos caminos

La perspectiva ideal de una familia humana unida en una misma religión, en una misma adoración y en una misma acción de gracias por los beneficios de la Providencia es muy conmovedora, pero ¿es cierto que la sabiduría divina puede expresar ahí todas sus riquezas? ¿Quién podrá decir lo que debe ser la acción de Dios si quiere a la vez respetar la libertad de los que han salido de él y reencontrar al fin de la historia lo que había de ser su término? De hecho Dios ha decidido manifestarse de dos maneras.

Antes de que empezara la revelación bíblica, y después al lado de ella, inspiró lo mejor de lo que transmiten las varias religiones. Ha previsto que pueblos enteros no conocieran al Salvador durante su vida en la tierra, porque ello es bueno y le conviene, al menos en el estado actual de la humanidad, (es bueno *por el momento*, pero no excluye de ninguna manera el deber y la urgencia de la misión, como lo diremos más abajo). Estos pueblos *buscarán al ser divino* (He 17,27) por su cuenta y riesgo, y Dios se reserva darles la iluminación interior (Jn 1,9). Su misma ignorancia acerca de Cristo, sus andanzas entre verdades parciales pueden haberlos llevado a la profundización de otros aspectos de la condición humana.

Dios quiso también manifestarse a un pueblo que hizo suyo, porque eso también es bueno y necesario. El llamado a Abrahán primero, el llamado a creer en Cristo después, hicieron nacer un pueblo, no superior a los demás, sino diferente. Ese pueblo es realmente privilegiado porque Dios se dio a sí mismo. No sólo lo conocemos, sino que nos ejercitamos desde ya en lo que será la vida de todos en la eternidad, la relación de amor mutuo en la ternura y en la fidelidad. Ese pueblo desempeña una función esencial en la historia aunque haya escrito muchas páginas poco brillantes. Entre los que han experimentado las riquezas del amor de Cristo, ¿dudará alguno en decir que ha recibido la mejor parte?

Un pueblo elegido e infiel

Hay en el mundo un pueblo de Dios, cuya presencia perturba a los pueblos y sus religiones. Este pueblo da un testimonio extraño, lleno de contradicciones, en el que el Espíritu Santo respeta las libertades individuales y se complace en actuar entre sombras y luces. Pasados veinte siglos descubrimos que toda la historia se puso en marcha, que el saber ha invadido la existencia humana, que las certezas seculares y paralizantes

son puestas en tela de juicio, que la persona, el amor y la paz y hasta el perdón, han venido a ser los valores esenciales. Pueblo de Dios: instrumento del plan universal de Dios.

¿Habría que decir que ese privilegio inmerecido nos da una superioridad sobre los que no fueron llamados? Pablo ya respondía a ese interrogante en su carta a los Romanos cap. 3. Es el momento de mirar más de cerca la contrapartida del don de Dios. Si la revelación de la Biblia nos ofreciese plena seguridad e hiciese de nosotros ejemplos de virtud, podríamos hablar de desigualdad. Pero no es así, pues el Dios Santo es el que nos ha acercado a él, y nosotros vamos a quemarnos en el fuego de su santidad. ¿Quién soportará el peso del primer mandamiento: “Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas?” ¿Y quién actuará mejor que esos apóstoles a los que Jesús reprochaba en cada momento su falta de fe?

En cuanto un pueblo es o se cree portador de una revelación divina, pasa a ser presa de la intolerancia y de los celos respecto de los extranjeros. ¡Dios está con nosotros! He aquí una buena razón para dejar de buscar a Dios. Y hablamos mucho de Dios y de las cosas de Dios, pero no nos conocemos a nosotros mismos.

El escándalo de la cruz

De nada serviría alargar la lista de las infidelidades que recuerda la Biblia y que continúan en la historia de la Iglesia, como si debiéramos acusar constantemente a nuestros antepasados; mejor será comprender que tales infidelidades forman parte del plan de Dios. Pablo recuerda que una de las finalidades del pueblo de Dios es la de manifestar al mundo la sabiduría misteriosa de Dios (1Co 2,6). Pablo habla de una sabiduría que es locura, de una fuerza que se manifiesta en la debilidad (2Co 12,9), y lo condensa en una frase definitiva: el “escándalo de la cruz” (1Co 1,22).

No sería suficiente que la Iglesia predique la muerte en cruz del Salvador. Dios quiere además que su pueblo, instrumento de su revelación, transmita siempre las riquezas eternas con medios pobres y, atrevámonos a decirlo, en medio de escándalos. Este pueblo escogido es pecador tanto o más que cualquier otro, deja pasar las oportunidades históricas y transmite el mensaje del que es portador con cuenta gotas. Así se restablece el equilibrio (Mal 1,11-12).

Dios mantiene su libertad de decidir

El espíritu “ecuménico” nos permitirá suavizar las polémicas y la incompreensión entre cristianos y no cristianos; pero es vano pensar que un espíritu más abierto permitirá alcanzar intelectualmente un lugar más elevado, desde el cual podamos equiparar o juzgar todas las religiones; la Biblia queda aparte por estar destinada a un pueblo elegido, y esa elección es confirmada por la palabra gracia (la gratuidad total de los dones de Dios), que sólo la fe cristiana pone en el centro de nuestras relaciones con él.

Algunos preguntarán: ¿Es posible que unos sean elegidos y otros sean menos amados? Ciertamente que no todos han sido amados del mismo modo, y algunos han recibido sin comparación más que otros. Dios no es un empresario que paga a todos lo mismo cuando se presentan con méritos iguales. Sus criaturas no vienen a presentarse ante él, sino que desde un comienzo él ha creado a cada uno con su destino, que es siempre gracia y sobreabundancia. Y si decidió que algunos recibieran y fueran más, no por eso olvidó dar a otros más de lo que hubieran podido imaginar, desear y comprender.

La situación privilegiada del creyente lo incita a llevar la luz a quienes no comparten nuestra fe, pero sería un error creer que han sido menos amados; aunque nos veamos más ricos, esta superioridad sólo es temporal. Cuando pasemos a la eternidad,

ricos y pobres se encontrarán en pie de igualdad, o más bien, cimentados para formar un solo “hombre nuevo”.

La fidelidad y la gracia

Recordemos lo que Pablo dice con relación a la doble actitud de Dios con respecto a los judíos y a los no judíos en Rom 15,8. Pablo ve una manifestación de las dos grandes cualidades que toda la tradición profética atribuye a Dios: la *gracia* y la *fidelidad*. Esta intuición de Pablo seguramente se aplica más allá del caso de los judíos y de los no judíos. Si creemos que Dios hizo de la creación su juego (un hindú diría su danza), y que quiso expresar en el tiempo lo que él es y lo que vive en la eternidad, tendremos una clave para comprender que se haya revelado sólo a una minoría, mientras salvaba a la humanidad entera.

Con los primeros Dios hace la experiencia de una relación mutua, que es ya en el tiempo lo que será en la eternidad: ahí cabe la palabra *fidelidad*. Dios hace promesas, nosotros le respondemos, le lanzamos desafíos, le amamos con sencillez, y la eternidad ya está ahí aunque en la sombra. Fue lo mismo que vivió en Galilea el Verbo eterno, una historia que no fue más que un instante en el tiempo de los hombres, pero en la que estaba encerrado el todo de Dios.

Estamos mal ubicados para poder decir lo que Dios hace con los demás que no han conocido a Dios hecho carne. Sin embargo Pablo habla de *gracia*, y bajo esa palabra tan elástica pone todo lo imprevisto de las iniciativas divinas. Es probable que Dios no pudiese conducir a él la historia humana sin que al cabo se tenga la impresión de que todos se equivocaron sobre lo que se esperaba de ellos y que, al final, la fiesta es pura y sencillamente lo que han hecho la creatividad y la generosidad de Dios. Y la alegría será más grande por vibrar la humanidad entera y para siempre, con la sorpresa de “aquellos a quienes él no había sido anunciado” (Rom 15,21).

Entonces se hará patente que todos los caminos eran necesarios, no tanto por culpa de las limitaciones humanas, sino más todavía **para que** la generosidad y las ambiciones del Amor-Dios pudiesen satisfacerse plenamente. Pablo lo dice con otras palabras en Ef 3,6.

Todas estas consideraciones no desvelan ni eliminan el misterio. Tan sólo quieren invitar a buscar una respuesta en el misterio de Dios y no en lo que simplificaría la vida del mundo. Más importante es lo que a Dios le conviene; y sólo él conoce la otra cara de nuestro ser o la otra cara de la realidad, que es la humanidad en Dios y su eternidad.

LA ENSEÑANZA BÍBLICA

El Antiguo Testamento: DIOS EDUCA A SU PUEBLO

1. Dios Creador. Dios de todos los hombres	10	El universo es obra de Dios: Gén 1; Is 44,24; Sal 8,4; 18,2; 32,6. Dios Creador de los Cielos y de la tierra : Gén 1,1; Gén 14,9; 22. Dios crea de la nada : 2 Ma 7,28.	
	11	Dios crea con Sabiduría : Sal 104,24. Dios crea mediante su Sabiduría : Pro 8,22; Sab 8,6; Sir 24,9; o mediante su Espíritu: Sal 33,6; 104,30; Jdt 16,14. Dios crea con peso, número y medida: Sab 11,20. Los apóstoles descubren que esta Sabiduría es el Verbo o Hijo de Dios: Jn 1,3; Col 1,16. Por él Dios dispone el desarrollo de la historia: Heb 1,2. Dios hace madurar la creación infundiéndole su Espíritu: Sab 1,1-7; Sab 10; 11,20-12,2.	
	12	Dios nos ha creado en su Hijo : nos hace hijos «en él»: Gál 3,26-29; 4,4-7; Ef 1,3-4. Y da vida a la persona humana con su palabra y su Sabiduría: Dt 8,3; Pro 8,1-21; Lc 1,50-55. Ejemplos en Ex 3; Jue 6; 1 R 19,6-8; Is 6,8; Jer 15,19-21 (ver también 153-156).	
	13	El universo alaba a su Creador : Sal 18,2; 148; Ba 3,34; Dn 3,56-80.	
	14	Dios gobierna el universo: Sal 33; 96; Ap 4,1-10. Dirige los acontecimientos para nuestro bien: Mt 6,31; Lc 12,5-7; Jn 16,23; Rom 8,28. Dios cuida de todas sus criaturas: Sal 104; Jonás 4,11; Sab 11,23-26.	
	15	En el desarrollo del universo y la ejecución de los planes divinos intervienen criaturas espirituales llamadas ángeles: Za 1; Ex 23,23; Tobías; Dn 3,49; 9-11.	
	16	Dios ha bendecido la humanidad y su desarrollo: Gén 1,28. Renovó su bendición después del pecado: Gén 8,21; 9. Es Dios de todos los pueblos: Dt 33,3; Mal 1,11; y salvador de todos: Jon 4,11.	
	17	Dios castiga los pecados de los hombres (Ex 7-10), pero nunca deja de querer a los hombres: Gén 8,21.	
	18	Dios da signos a todos los hombres (He 14,17; Mt 2,1) y también les da profetas para interpretar esos signos: Núm. 22-24; 1 Sam 6; Jonás. Hay santos fuera del pueblo de Dios: Henoc (Gén 5,23), Melquisedec (Gén 14,18), Job y Daniel (Ez 14,14).	
	19	Sin embargo, para llevar a cabo su obra de salvación, no desde afuera, sino dentro del marco de la historia, y respetando las etapas necesarias, Dios se elige un pueblo suyo mediante el cual sus promesas llegarán a todos los pueblos: Gén 12,3; Gál 3,8 y 14 (ver 37).	
	2. Dios concede a Abraham su Alianza	20	Primer paso de la Historia Sagrada: Dios llama a Abraham : Gén 12,1. El llamado de Dios a Abraham incluye una doble promesa: él le dará una descendencia (Gén 15,4; 18,10) y una tierra : Gén 12,7.
		21	Dios hace una Alianza con él. En adelante será el Dios de Abraham y sus descendientes para siempre: Gén 15,18; 17,7; Is 51,2.

	22	Esta Alianza hace de Abraham (y sus descendientes) el servidor de Dios y su obra en este mundo, para que la bendición de Dios llegue a todas las naciones : Gén 12,3; 28,14.
	23	En varias oportunidades Abraham demuestra su fe en las promesas de Dios, para el cual nada es imposible : Gén 15,1-6; 22.
	24	Dios deja en claro que se siente agradecido por la fe de Abraham (Gén 15,6) y por su obediencia (Gén 22,26 y Stgo 2,21) más que por el cumplimiento de cualquier práctica religiosa (Rom 4,3-4 y 4,19-22).
	25	La fe de Abraham lo hace amigo de Dios : Is 41,8; Dn 3,35; Stgo 2,23; y que vive con Dios más allá de la muerte: Lc 20,38.
	26	Por su fe Abraham pasa a ser persona que cuenta a los ojos de Dios y es tomado en cuenta cuando él toma sus decisiones: Gén 19,17-33; Is 41,9; 43,1; 49,4.
	27	La fe de Abraham indica el camino que, en adelante, se impondrá a todos los hombres para recibir las promesas de Dios: la fe en las promesas de Dios (Rom 4,20) el que puede incluso resucitar a los muertos: Heb 11,17-19.
	28	La Alianza con Abraham es confirmada a sus descendientes: (Gén 28,10; 32,23; 49,28). Pero dicha alianza sigue siendo un favor de Dios y que se transmite, no a todos sus hijos por derecho de familia, sino a los que Dios designa: Gén 21,12; 25,23; Rom 9,6-13.
3. Moisés y el Exodo. El Dios Libertador y Justo	30	Dios ve las humillaciones de su pueblo en Egipto (Ex 2,24 y 3,7) y se acuerda de su Alianza con Abraham (Ex 2,24 y 3,16). Dios llama a Moisés (Ex 3,1 y 6,28) para liberar a Israel.
	31	En la cultura hebrea, el que libera una cosa o una persona es el que la compra o la quita a su dueño para hacerla suya. Israel es liberado del poder de los egipcios para pertenecer a Dios: Ex 3,10 y 3,12; 19,4 y 19,6; 20,2 y 20,3.
	32	El Dios que libera a Israel le enseña su propio Nombre , o sea, algo de su misterio. Nombre con el que Israel lo invocará: Ex 3,14-15. Yavé: Yo Soy . Ver com. de Ex 3,1 y Jn 8. Yavé, El que Es, El que hace existir, el Dios que se fija en lo que no es y no cuenta, para humillar a los que se creen: 1 Sam 2,4-8; Sal 113,7; Rom 4,17; 1 Cor 4,17. Ver com. de Ex 3 y 4.
	33	Yavé es el Dios Unico (Dt 6,4), al que no se puede figurar sin rebajarlo (Ex 20,4), totalmente diferente de todo lo que puede imaginar y forjar el hombre, o sea, de todo lo que se puede ver (Dt 4,12) y solamente por su palabra lo conocemos (Dt 4,12; Jn 5,38). Contra las imágenes : Dt 4,15 y com. de Is 46,5 y Ba 6.
	34	Dios es Santo (Am 4,2; Os 11,9). La santidad significa vitalidad irresistible, pero muy interior, energía que

		devora y a la vez da vida. Dios es Santo, y Santo es su Nombre (Am 2,7; Lev 20,3; Is 57,15). Nadie puede soportar su presencia cuando se acerca (Ex 19,16; Is 6,1). El hombre no lo puede ver: Ex 3,2 y 33,20; Jn 1,18; Col 1,15; 1 Tim 1,17; com. de Gén 16,1. El hombre no puede juzgar sus actuaciones: Is 40,21; Ez 18,29; Job 38 y 42; Rom 11,33; 1 Cor 2,9.
	35	Dios es Celoso (Ex 20,5): no soporta que un extraño venga a profanar aquello que eligió o en que él se fijó, santificándolo por el hecho mismo (Núm 17,1). No soporta que sus empresas fracasen: Ez 36,22; Ex 32,12. No puede ceder su gloria a otro: Is 48,11. Fuego devorador y Dios celoso: Dt 4,23; Heb 12,29.
	36	Dios es Justo . Perdona el pecado, pero no lo deja sin castigo: Ex 20,5; Jue 2,13-22; 2 Sam 12; Jer 3; Os 2-3. Saca a luz los pecados: Jos; 1 R 21,20; Is 22,14; 2 Mt 12,37. Dios es justo y sus mandamientos nos exigen ser justos: Ex 20,1-17. Ver 50.
	37	El Dios Único, Santo, Celoso y Justo es un Dios que actúa dentro de la historia y pide a los suyos actuar en la historia, a diferencia de los otros dioses que son dioses de la naturaleza (ver com. de 1 R 17). El Dios Libertador (Ex 14;15; 16 y 17) también exige la conquista de la Tierra de Canaán: Ex 34,11-13; Núm 14 y com. de Ex 32. En adelante la religión de Israel, en vez de recordar sólo cosas del pasado, esperará nuevas liberaciones (Jue 4-6: 1 Sam 17; 2 R 18-19; 1 Ma 4; Lc 1,73; He 1,6) y se fijará nuevas metas: Is 40-42; 65-66; Za 8,20-23; Dn 7,26-27; He 1,8.
	38	En el Sinaí Dios celebra una Alianza con el pueblo que será su servidor para actuar dentro de la historia: Is 49,1-9; Sal 2; Sal 149,6-9. Los hace pueblo de sacerdotes y nación consagrada: Ex 19,6; 24,3-11; 1 P 2,9. Renovación de la Alianza: Jos 8,30; Jos 24; 2 R 23,21; Ne 8. Hacia una Nueva Alianza: Jer 31,31; Ez 36,22; Mal 3,1.
	39	La tradición hebrea considerará a Moisés como el primero de los profetas (Dt 18,18-20; 34,10-12). Afirma que fue el primero en conocer el verdadero rostro de Dios: Misericordioso y Clemente , rico en Amor y Fidelidad: Ex 34,1-9.
4. Tiempo de los Reyes	40	A partir de David se desarrolla el profetismo en Israel. Los profetas afirman que Dios es Amor y Fidelidad, en especial en el Deuteronomio. Amor y Fidelidad: refrán del salmo 89: vers. 2,3,15,25,29,34,50. Dt 7,9; 2 S 2,6.
a) Los primeros profetas enseñan que Dios es Amor y Fidelidad	41	Amor (o Favor , o gracia) de Dios para Israel . Lo escoge sin mérito suyo: Dt 7,7; 9,5; 10,15. Le da la Tierra (la tierra de Canaán) en herencia: Dt 4,1; 4,38; 6,10. Y lo hace hijo suyo: Dt 32,5-6; Os 11,1; Is 1,2.

		<p>Le da prosperidad en la Tierra: Dt 7,12-15; 8,18-19. Israel guardará los dones de Dios si cumple y ama a Dios: Dt 4,40; 6,10-19; 11,12-21.</p> <p>42 Si Israel falta a Dios, él le quitará prosperidad y Tierra: Dt 4,24-31; 28,15-68. Pero Dios, siempre fiel, convertirá a Israel después de castigarlo: Dt 30,1-10. Un resto de Israel se salvará (ver 1 R 19,18 y 60,69). El destino de Israel, elegido, castigado y restaurado: Dt 32. Entonces los amaré: Os 14,5.</p> <p>43 Amor (o Favor) de Dios a David. Le entrega el Reino y lo hace hijo suyo: 2 Sam 7,12-16. En Israel, solamente los reyes eran considerados hijos de Dios: 2 Sam 7,14; Sal 89,27-28; Sal 2,7. Por amor a David, Dios mantiene a sus descendientes: 1 R 8,25; 11,34.</p> <p>Por sus faltas ellos merecen que Dios los rechace: Jer 22,24. Pero él, misericordioso y fiel, establecerá nuevamente un descendiente de David (ver 60-69).</p> <p>44 Fidelidad o Verdad: en hebreo es la misma palabra, y es equiparada a amén, que significa: ¡es verdad! (2 Cor 2,18-20). Toda palabra de Dios es fiel y se cumplirá: 1 R 8,26; Ne 9,33. La fidelidad de Dios con Israel no puede desmentirse: Rom 11,28; 15,8.</p> <p>45 Los reyes deben conformar su política a las exigencias de la Alianza (Dt 17,16-20; 1 R 13; 2 R 9,6-10). Mientras los sacerdotes condenan las desobediencias a la Ley de Dios (2 Cro 26,16), los profetas se fijan en las iniciativas que desmienten el espíritu de la Alianza: 2 Cro 20,36; 2 Cro 25,15.</p>
5. Tiempo de los Reyes	50	Amarás a Dios con todo tu corazón, toda tu alma...: Dt 6,4. El amor a Dios, actitud interior, vale más que el culto : Os 6,6 y los sacrificios costosos: Mi 6,7-8; Jer 2,2.
b) Los grandes profetas hablan de Amor , de Justicia y de Humildad	51	El amor verdadero procede del conocimiento de Dios : Is 1,3; Jer 31,34; Os 2,22; Os 3,5. Conocer a Dios es reconocer su manera de actuar en los acontecimientos: Is 1,1-6; 22,8-14; 28,23-29; 30; 31,1-9; 42,18-25; Jer 6,10-16; Am 4,4-13; y escuchar a sus profetas: Is 6,9-12; 8,11-18; 41,21-29; Jer 13,15-17; Am 5,6-8; Za 7,9-12.
	52	Amor y conocimiento de Dios serán los frutos de la Nueva Alianza , interior y don de Dios: Jer 31,31; y obra del Espíritu : Ez 36,27-30; Jl 3,1-2; alianza de Dios con los humildes y pobres de espíritu: So 3,11.
	53	La Alianza debe tornarse en un verdadero matrimonio . Israel, novia de Yavé: Is 54; 61,10; 62,1-5. Israel comparado a novia infiel : Os 2; Jer 2-3; Ez 16 y 23. Las futuras bodas en el Amor y la Fidelidad: Os 2,20-25; Jn 1,17; Ap 21,2-4; 21,9.
	54	Dios, Justo y Santo, exige la Justicia social . Volver a una sociedad igualitaria y fraternal: Jer 34,8-19. El rico es un opresor : Is 5,8-9; Mi 3,9-11; Mi 2,9. La desigualdad, fuente de violencia : Is 5,7; Ez 22,23-25;

		24,6-8; Am 5,7-13; Mi 2,1-5. Las leyes injustas : Is 10,1-2; Am 5,7.
	55	Dios odia el orgullo procedente del dinero: Is 2,6-22; 3,16-24. Odia el orgullo procedente del poder: Is 14,5-21; 36,22-29; 47; Ha 2,6-13.
	56	Dios prepara un Juicio destructor, llamado Día de Yavé : Is 1,24-28; Am 5,14-21; So 1,14-18; 3,1-8. Un Juicio que restablecerá la justicia: Is 2,1-5; 4,2-6; Ez 34; y dará la paz definitiva: Is 9,1-7; 11,1-9; 32,15-20. Prepara una Ciudad de Justicia : Is 1,26; 60; Za 8,1-17. Y un triumfo de los humildes : Is 26,1-6; So 3,12-18. Y un consuelo a los oprimidos : Is 61,1-3.
6. El Dios Redentor y su Mesías	60	La palabra Redención significa en la Biblia lo mismo que Liberación . Uno libera algún objeto o persona que estaba en poder de otro, para hacerlo suyo: es un poco como comprar. Ver en Lev 25 la redención de los esclavos y las tierras empeñadas. Más todavía: Rut 2,20; 3,12; 4.
	61	Dios Redentor saca a su pueblo del poder de los extranjeros: Jue 2,13-17; Dt 4,34; Ex 20,1; 3,8. Después de la primera liberación de Egipto y numerosas liberaciones (Jue 3; 4; 1 Sam 7; 2 R 19) se acredita en tiempos del Destierro la idea de que se acerca una liberación definitiva: Is 40; 41,8; 43,1-7.
	62	También Dios hizo esperar que, salvando a su pueblo, daría paz a toda la tierra: Gén 12,3; Is 49,6. Esta esperanza tomó forma con el rey David: Israel creyó haber encontrado en este ungido (o Mesías) el rey perfecto. A él se refieren Gén 49,10; Núm 24,7 y 17.
	63	Luego consideraron a David y sus descendientes como revestidos de un carácter sagrado, esperaron la venida de un Mesías semejante a David : Sal 132; Sal 72; Jer 30,9. Pero también entendieron que el Mesías aventajaría a todos los soberanos de la tierra y establecería el reino de Justicia y paz: Is 4,2; 9,1-7; 11,1-9; Sal 2; Sal 110.
	64	Durante el Destierro el autor de la 2. ^a parte de Isaías ve en la minoría más creyente de Israel el Servidor de Yavé , instrumento de su salvación: Is 49,1-6; 50,1-9; 52,13-53,12. La figura de un Mesías sufrido aparece también en Za 12,10-12.
	65	En Dn 7,13 el Hijo del Hombre , que viene de Dios mismo, era tal vez una figura del Pueblo Santo (7,27). Pero Jesús lo considerará como un anuncio de él: Mt 24,30 y 26,64.
	66	Varios textos de la Biblia nos dejan en la duda: ¿no será Dios mismo el que visitará a su pueblo para encontrarse con aquellos que lo esperan? Is 25,6-10; 52,7-12; 63,19; So 3,14-18; Za 2,14-17.
	67	Cuando la Biblia habla del Pastor que regirá a Israel, designa a veces al Rey Mesías (Jer 23,4; Mi 5,4; Za

		13,7), a veces a Dios (Is 40,1; Mi 7,14; Cantar 2,16; Sal 23,1; Sal 28,9; Sal 80,2) y fácilmente asocia el uno al otro: Ez 34,11-25.
7. Los tiempos del Judaísmo: la religión de la Ley	70	La Ley designa a veces el conjunto de leyes de la Biblia (Mt 22,36), a veces la misma Biblia (Jn 12,34), a veces la religión judía (Gál 2,19). La Ley y los Profetas , o La Ley, los Profetas y los Salmos , son dos expresiones para designar la Biblia (Mt 7,12; Lc 24,44).
	71	La Ley manifiesta dos exigencias principales: Justicia y Santidad . Santidad, o sea, respeto a Dios y las reglas de pureza. La primera se nota más en los Diez Mandamientos de Moisés (Ex 20,1-17). La segunda en los Mandamientos de Dios, tal como están en Ex 34,10-26. Leyes de Justicia: Ex 21-22; Lev 16,18-20; Lev 19,10-18 y 19,35-36; Dt 19 y 24. Leyes de santidad: Lev 17-18; Dt 23.
	72	La Ley era a la vez expresión de la voluntad de Dios y expresión de la cultura judía. En ella se nota el esfuerzo de Dios para transformar las costumbres de Israel y educar a los creyentes: Ex 15,15; com. de Lev 8,1; 11,1; 24,17.
	73	La Ley distingue días comunes y días consagrados a Dios . El sábado: Gén 2,3; Ex 20,8; 23,12; 34,21; Núm 15,32; 28,9-10. Las lunas nuevas: Núm 28,11-15. Las tres fiestas de la Pascua , de las Semanas (Pentecostés) y de los Tabernáculos (de las Chozas): Dt 16; Ex 23,14-17; Lev 23; Núm 28,11-31; Núm 29,1-6 y 12-39. Sobre la Pascua en especial: Ex 12,1-27 y 43-51. El Día del Perdón: Lev 16; Núm 29,7.
	74	La Ley determina lo puro y lo impuro , o sea, las condiciones para participar en el culto divino (Lev 15,31). La Circuncisión: Gén 17,9-14; Ex 12,48. Pureza en la vida sexual: Lev 12,1-8; Lev 15. Enfermedades: Lev 13-14. Contacto de muertos y de animales impuros: Lev 11,24-40; Lev 21,1-12; Lev 17,15-16. No mezclar materias o aparejar animales de dos razas: Lev 19-19.
	75	La Ley prohíbe ciertos alimentos: La sangre: Gén 9,4; Dt 12,16; Lev 17,10-14. La grasa: Dt 14,21; Lev 7,22-25. Ciertos animales: Dt 14,3; Lev 11,1-23.
	76	La Ley contiene una moral sexual: Ex 21,7-11; Lev 18; Lev 20,11-21; Lev 21,13-15; Dt 22,13-30.
	77	La Ley enseña la solidaridad dentro del pueblo de Dios: Amarás a tu prójimo (de tu misma raza y pueblo): Lev 19,18. Pero pide la separación y agresividad con los extranjeros: Ex 23,32; Dt 22,9-11; 23,4, y

		<p>en especial condena el matrimonio con extranjeras: Dt 7,3-5.</p> <p>Formas de solidaridad con el pobre: Ex 22,25-27; Dt 22,1-4; 24,10-22; 23,20; Lev 19,9-11; 23,22; 25,35.</p> <p>Respeto a los desamparados, la viuda, al huérfano y al forastero: Ex 22,22-24.</p> <p>El año de la Redención: Lev 25,13.</p>
	78	<p>La Ley enseña el don a Dios y sus sacerdotes: Los diezmos: Ex 23,19; 34,26; Núm 18,21-32; Dt 14,22-29. Los sacrificios: Lev 1-7. Los sacrificios voluntarios: Ex 25,1; Núm 6; Dt 16,16-17. Derechos de los sacerdotes: Lev 7,9; 7,34-36; Núm 18, 25-28; Dt 18,8-19.</p>
8. La enseñanza de los Sabios	80	<p>La Biblia hace de Salomón el primero y el modelo de los sabios: 1 R 4,29-34; Sir 47,14. El sueño y el juicio de Salomón: 1 R 3. Se le atribuyen varios libros de sabiduría posteriores a él: Pro 1,1; Ecl 1,1; Sab 9,12.</p>
	81	<p>La sabiduría significa: Inteligencia práctica para regir su casa y alcanzar el éxito: 1 R 10,6; Ez 28,1-7. Luego, esfuerzo para educarse y ser hombre responsable: Pro 1,20-27; 9,1-5. Después, capacidad para ordenar su vida de acuerdo con la Ley de Dios: Pro 16,1-11; Sir 15,1-5; 24,23-30.</p>
	82	<p>¿Cómo adquirir la sabiduría? La sabiduría es don de Dios: Sir 1,1; Sab 6,14-16; 9,1-6. Se encuentra en los dichos de los sabios y la meditación de sus proverbios: Pro 1,6; 13,20; Sir 6,34-36. En la dominación de los caprichos: Sir 11,1-10; 23,1-7; Pro 16,32. En la perseverancia en las pruebas: Sir 2,1-14 y en el estudio: Sir 6,23-33. En la meditación de la Ley: Sir 32,7-24; 39,1-11; 51,17-21; Sal 119. En la reflexión sobre la experiencia: Ecl 1,12-18; 2,1-11; Sir 34,9-11.</p>
	83	<p>Los sabios preguntan: ¿qué es el hombre? La casi totalidad del Antiguo Testamento se escribió entre judíos de cultura hebrea y expresa los conceptos de dicha cultura. Esta no distinguía en el hombre, como lo hacemos nosotros, una parte espiritual, o alma, y una parte material o cuerpo, sino que veían el hombre como uno solo y, al hablar de la carne, del cuerpo, del corazón, designaban sus varios aspectos. El hombre es llamado carne y sangre por cuanto es criatura mortal. Se llama alma por cuanto es ser viviente. El alma significa aliento (Gén 2,7 y 7,22) y los judíos identificaban fácilmente el aliento con la vida (Sal 104,29). Además, creían que la vida estaba en la sangre (Lev 17,10-14). El espíritu designa su abertura a Dios. El corazón designa lo interior del hombre, no solamente sus sentimientos, sino su mente y su conciencia. Muy a menudo mi alma debe traducirse: mi persona, mi vida, o yo.</p>

A diferencia de los animales, el alma del hombre recibe algo del Espíritu, o **soplo** de Dios (Gén 2,7). El espíritu es a la vez espíritu del hombre y Espíritu de Dios en el hombre (Ecl 12,7).

El hombre es libre y responsable de sus actos: Sir 15,11-21 y 17,3-14.

El hombre es pecador desde su nacimiento (Sal 51,7; Job 10 y 13). Este peso del pecado sobre él es el resultado del pecado de sus antepasados: él lleva las consecuencias de sus errores: Gén 3; Jer 31,29; Lam 5,7; Sal 106,6; Tob 3,3.

El mal profundo del hombre es la **muerte**: Job 14; Ecl 3,18-22; 6,1-10; 8,7; Sir 42,9-14.

84 ¿**Cómo debe ser la pareja?** Se afirma la igualdad del hombre y de la mujer en el comienzo de la Biblia: ver los comentarios de Gén 1,26 y 2,20. Pero eso va en contra de toda la corriente de la **cultura hebrea, que es muy machista**. La inferioridad de la mujer, reconocida por la Ley (Dt 24,1; Núm 5,11; Lev 27,3-7), es aceptada por los sabios: Ecl 7,27-28. La hacen responsable de los pecados del hombre (Pro 7,5-27; y piden vigilarla: Sir 42,9-12; Sir 25,15-26) y la elogian por cuanto sirve bien al señor marido: Pro 31,10-31; Sir 36,23-26. Solamente el Cantar reconoce su igualdad en el amor.

85 **El trabajo** y el esfuerzo del hombre son la condición de su superación: Pro 6,6-11; 27,23-27; Sir 7,15. El trabajo ocupa al hombre (especialmente al esclavo) y lo disciplina: Sir 33,25-28. El trabajo no es todo en la vida: Ecl 2,4-11; 4,7-12.

86 En cuanto a las **relaciones sociales**, el orden social es aceptado con sus distinciones entre ricos y pobres, reyes y súbditos: Ecl 5,7-8; 4,1-3; Sir 8,1-3. El rey es respetado como representante de Dios: Pro 16,10 y 24,21. Pero su compañía es peligrosa (Ecl 8,2-4; Sir 13,9-10) y se temen sus caprichos: Sir 16,12-15. Se debe vigilar a los inferiores (Sir 33,25-30) y a los jóvenes, desconfiar de su libertad y educarlos con firmeza: Sir 30,1-13.

87 Para agradar a Dios, el hombre debe ser **humilde** (Sir 10,6-26), **misericordioso** (Sir 28,1-7) y debe ser **generoso con los pobres** (Job 30 y 31; Sir 4,1-10; 29,1-13).

88 ¿**Cómo premia Dios** al justo? Los sabios del Antiguo Testamento no sabían todavía del más allá (Ecl 3,17-22; 8,7-8; Sir 17,27-30). Por eso, sabiendo que Dios es justo, se esforzaban por averiguar la retribución divina en la presente vida. Dios es justo y no deja a los malos sin castigo (Job 18 y 20). Premia a los suyos, si no con dinero y larga vida (Pro 10,22-30; 11,20-21; 13,21-23), a lo menos dándoles paz y seguridad. Puede probarlos (Job 36; Sab 3,1-6), pero al final les devolverá: Sab 3-5; Sir 1,23; 11,21-26.

		<p>Sin embargo, algunos hacen resaltar las numerosas excepciones a esta retribución: Job 21 y 24; Ecl 7,15-16; 8,11-14 (ver también en 90-92).</p>
	89	<p>Sabiduría de Dios y sabiduría del hombre. Los sabios reconocen poco a poco en la Sabiduría de Dios algo que es como distinto de él, aunque uno con él: Pro 8,22 y 30. Por medio de ella Dios creó el universo (Pro 8,22-30; Sir 24,3-4) y ella reluce en él: Sir 43. Ella asegura el desarrollo del plan de salvación: Sab 10 y Sir 24, 9-29. Sabiduría que supera totalmente la mente humana (Job 9 y 28; Ecl 3,10) y solamente se comunica por revelación de Dios (Ba 3,9-29 y 4,1-2; Sir 24,8-12 y 23-25). La sabiduría es alimento salido de la boca de Dios: Dt 8,3; Pro 9,5; Sir 24,3 y 19; Sal 19,11 y 81,17.</p>
9. La Resurrección y el más allá	90	<p>Según enseña Jesús (Lc 24,27), toda la Biblia anunciaba la resurrección. Con sólo hablar de una Alianza de Dios vivo con el hombre mortal, daba a entender que debe compartir con él la vida para siempre: Ex 3,6 y Mc 12,26; Sal 16,11; 23,6; 73,25-26.</p>
	91	<p>Pero eso no lo veían los creyentes del Antiguo Testamento, que solamente hablaban de una sobrevivencia triste y fantasmática en el Seol, o Lugar de los Muertos: Is 38,18-19; Sal 88,12-13; Sal 115,17-18.</p>
	92	<p>La persecución del tiempo de los Macabeos obligó a reflexionar sobre la suerte de los mártires y llegó a ser evidente que no habría justicia de Dios si él no los levantara (los resucitara) para una vida feliz en su presencia. Como la cultura hebrea no distinguía cuerpo y alma (ver 83), afirmaron que el hombre surgiría del polvo, o volvería a tener vida en el momento del Juicio: Dn 12,2; 2 Ma 7.</p>
	93	<p>Pero en ese mismo tiempo penetró en Israel la cultura griega, la cual consideraba en el hombre algo material, el cuerpo, y el alma (que lo anima), muchas veces distinta del espíritu, que busca la verdad y el bien: 1 Tes 5,23. Por eso, el último de los libros del Antiguo Testamento, la Sabiduría, afirma que el alma (o el espíritu) del hombre es inmortal y encuentra a Dios en la muerte: Sab 2 y 3. Esta certeza se encontrará luego en todos los libros del Nuevo Testamento: Mt 10,28; 2 Cor 5,1-8.</p>

El Nuevo Testamento: LA FE DE LOS APÓSTOLES

10. La persona de Jesús. Jesús y María	100	<p>Después de hablar tantas veces mediante los profetas, Dios habló una última vez mediante su Hijo (Heb 1,1) cuando llegó la plenitud de los tiempos (Gál 4,4). Jesús es el Hijo único y eterno (Col 1,13-15), el Verbo que es en Dios y es Dios frente al Padre (Jn 1,1; Ap 19,13).</p>
	101	<p>El Hijo de Dios se hizo hombre (Jn 1,14). Jesús, hom-</p>

- bre verdadero y no fantasma de hombre, ni Dios vestido de hombre, tomó la condición de esclavo y murió en cruz (Fil 2,6-11; Gál 4,4). Fuera de su Transfiguración (Lc 9,32) no se manifestó en su humanidad la Gloria que le correspondía como Hijo (Jn 1,14 y 17,5), sino que quiso madurar mediante el sufrimiento, como cualquier hombre (Heb 5,7-8). Desde el comienzo Jesús **estuvo consciente** de quién era (Lc 2,49 y Heb 10,5). Pero no por eso lo sabía todo (com. de Mc 6,2), y descubrió poco a poco las exigencias de su misión (com. de Lc 3,21 y Lc 9,31).
- 102** Jesús **se ubica en nuestra historia**. El Evangelio sitúa su nacimiento (Lc 2,1 y Mt 2,1; Jn 7,42); el comienzo de su ministerio público (Lc 3,1-2; 3,22); su muerte en tiempo del gobernador Pilato y el Sumo Sacerdote Caifás (Jn 11,49). Nacido en Belén, se cría en Nazaret (Mt 2,23; Lc 4,16), donde trabaja; no sale para hacerse discípulo de algún maestro (Jn 7,15).
- 103** Jesús empieza predicando **en las sinagogas** (Lc 4,15; Mc 1,21) e inaugurando el **Reino de Dios** (Mc 1,15 y **110-118**). Llega a reunir muchedumbres (Mt 5,1 y 14,14). Después de un tiempo se produce una **crisis** (Jn 6,66) y Jesús se dedica a **formar a sus discípulos** (Mc 9,30) que formarán el núcleo de su **Iglesia** (Mt 16,16; Lc 22,24-32). Luego, se prepara para su **muerte (130-138)**, que corona su **resurrección** (ver **140-148**).
- 104** Jesús **hacia milagros**, igual que los profetas, pero de otra manera que ellos, como quien tiene autoridad divina (Mc 4,35-38). **Habla con autoridad** (Mc 2,27; Mt 5,21; 5,28; 5,32). Fácilmente se coloca en el lugar que a Dios le corresponde (Mc 2,1-12; Lc 7,36-50; Mc 8,34-38). Afirma ser **una sola cosa con el Padre** (Mt 11,26-27; Jn 5,18; 8,58; 10,30; 10,37-38).
- 105** Jesús se negó habitualmente a que lo llamaran **hijo de Dios** (Mc 3,11; 5,7) porque este título se daba tradicionalmente a los reyes de Israel (2 Sam 7,14; Sal 89,27) y Jesús lo era en forma muy diferente de ellos. Prefiere llamarse **Hijo del Hombre** (Mt 26,64) refiriéndose a Daniel 7,13 (ver **65**). Pero Pedro primero (Mt 16,16), y luego la Iglesia reconoció a Jesús como el **Hijo de Dios** (He 9,20). Ver **140-145**.
- 106** El Hijo eterno del Padre no llegó del cielo a la humanidad, sino que nació de un pueblo, Israel, y **de una mujer** (Gál 4,4), María, asociada en forma única al designio eterno del Padre (com. de Lc 1,26). El que debía ser recibido por la «virgen de Israel» (Is 7,14; Sol 3,14; Za 2,14; 9,9), nació **de una madre virgen** (Mt 1,18; Lc 1,26 y com. de Mc 6,1). La fe y el consentimiento de María permitieron que se realizara en ella la obra del Espíritu Santo (Lc 1,45).
- 107** María **interviene** en el Evangelio: para la santificación de Juan Bautista (Lc 1,39), para que Jesús inicie su

		<p>ministerio (Jn 2; Caná), para recibirnos como hijos adoptivos (Jn 19,25). Se habla de ella en el nacimiento y la infancia de Jesús (Lc 2; Mt 2). Dos textos nos obligan a reconocer que su grandeza no está en haber dado la vida a Jesús según la carne, sino en haber sido el modelo de los creyentes (Mc 3,31; Lc 11,27). La nombran en el primer núcleo de la Iglesia (He 1,14).</p>
	108	<p>Estos son los textos bíblicos que nos ayudan a expresar lo que es María para Dios y para la Iglesia: Gén 3,15; Is 7,14; Cant 4,12-16; Pro 8,22-31; Jdt 13,18-20; 16, 9-10; Ap 12.</p>
11. Jesús proclama el Reino de Dios	110	<p>Jesús empieza proclamando tiempos nuevos, anunciados por los profetas, tiempos de la gracia de Dios: Mc 1,14; Lc 4,21; Lc 4,19.</p>
	111	<p>Jesús proclama el Reino de Dios (o Reino de los Cielos: Mt 5,1 y com. de Mt 6,9). Y sus milagros son signos de que este Reino de Dios ya está entre los hombres (Mt 11,26-27; Lc 17,21), con poder para sanar todos sus males: Mt 9,35.</p>
	112	<p>El Reino de Dios significa que Dios ahora se da a conocer como Padre (Mt 6,1; 6,9; 6,18;...) y debe ser reconocido como tal por sus hijos (Mt 11,26-27). Toda la novedad del Reino está en un conocimiento nuevo de Dios (Jn 4,23), conocimiento del Padre (Jn 7,28-29) y del Hijo (Jn 17,3), borrando la imagen antigua del Dios castigador (Lc 9,54 y 14,2; Jn 9,3), fuerte con su poder (Mt 11,29; Jn 12,34-35), muy lejos de los hombres (Jn 14,8).</p>
	113	<p>El Reino de los Cielos es proclamado primeramente a los pobres (Lc 4,18; 6,20; 7,22). Ellos entran primero (Lc 16,9) y tendrán un papel decisivo en la extensión del Reino: Lc 12,32-34; 1 Cor 1,26; Stgo 2,5-7. No porque los pobres sean mejores, sino porque la fuerza de Dios se manifiesta mejor en la flaqueza humana (1 Sam 17; 1 Cor 1,29; 1 Ma 3,18; 2 Cor 12,9) y le gusta salvar lo que estaba perdido (Is 49,2; Lc 1,25; 19,10). Rebaja a los orgullosos y llega a los humildes: Lc 16,15; 1 Sam 2,3-8.</p> <p>Es significativo que las primeras promesas del Reino sean para un rey fastuoso (2 Sam 7,13; 1 R 8,24), y las últimas para los pobres de Yavé (So 3,12; Za 9,9; Sal 132,15), creyentes oprimidos (Dn 3,30; 1 Ma 2,7), explotados por los ricos y oportunistas (Sal 55; 58; 123,3). Estos acogen mejor el Evangelio (Lc 2,8; 10,21; 4,18).</p>
	114	<p>El hecho de que Dios reine no significa que los hombres en adelante lo dejarán actuar: más bien actuarán con más libertad, liberándose de prejuicios (Mc 7,15; He 10,15 y 34) y leyes (Lc 14,3; Col 2,16), preocupados por hacer fructificar sus talentos (Mt 25,14-30).</p>
	115	<p>La salvación de los hombres no se hace desde arriba,</p>

		exterminando a los malos (Mt 13,24; 26,53), sino que es cosa sembrada entre los hombres (Mt 13,1; 13,31), que crece lentamente (Mc 4,26), primeramente en las personas (Mc 4,14; Mt 13,44; Jn 3,3), y luego se hace realidad visible (Mt 5,14; Lc 12,32) que se concreta en la Iglesia (Mt 16,18).
116		Los contemporáneos de Jesús creían que el Reino empezaría después del Juicio de Dios , que separaría a buenos y malos (Is 1,25-28; 4,2-5; So 1,14; Mal 3,1-2; Mt 3, 9-12). Jesús dice que este juicio no es para hoy (Mt 13,32; He 1,7). Sin embargo, desde ya los hombres se juzgan por su actitud frente al Evangelio (Jn 3,18-20; 12,46). Los pueblos también: Lc 10,13; 14,19; Mt 23,37.
117		Jesús se presenta en esto como el Enviado del Padre (Jn 6,29; 10,36) y sus apóstoles descubren la relación única que lo une al Padre (Lc 11,1; Mc 1,35; Lc 6,12; Mc 14,37; Jn 4,31-34; 16,32). Jesús dice: Mi Padre (Mt 7,21; 10,32; 16,17; Mc 25,34) y el Padre de ustedes (Mt 5,16; 10,20). Nunca dice: nuestro Padre.
118		Para los judíos la conversión al Reino de Dios significaba a la vez: reconocer que vivían en un tiempo excepcional (Lc 12,54; Mt 11,21; 12,41), y que debían superar la crisis que los dividía (Lc 12,57; 13,5) aceptando esta nueva visión de Dios Padre y de una primacía de la misericordia (Lc 15) y la reconciliación (Mt 19,23).
119		El pueblo judío, en su gran mayoría, no se convirtió a este llamado (Mt 12,45; Lc 13,34) y su fanatismo lo llevó a la catástrofe anunciada por Jesús (Mt 21,43; 22,7; 23,35-37; Lc 21,23 y 23,28-31).
12. Jesús prepara su Iglesia	120	La Iglesia (He 9,31) y las Iglesias (Gál 1,22). La Iglesia de Dios (He 20,28) y las Iglesias de Dios (1 Cor 11,16; 1 Tes 2,14). La Iglesia es el pueblo espiritual de Dios. Iglesia significa: la Asamblea convocada por Dios, o la Asamblea de los elegidos de Dios. Estos son llamados también santos : las Iglesias de los santos (1 Cor 14,33).
	121	Para renovar Israel, y luego extender el Reino a las naciones (Mt 10,5; 15,24), Jesús proyecta su Iglesia fundada sobre Pedro (Mt 16,18) y los apóstoles (Mt 10,1). La incredulidad de su pueblo lo lleva a pensar la Iglesia como un nuevo pueblo de Dios, abierto a todos los pueblos (Mt 8,10; Jn 10; Mt 21,43; 22,1; 23,37), en que se concretará el Reino (ver com. de Mt 13,31).
	122	A Jesús lo siguen discípulos que creen en él (Lc 6,17; 19,37). Dentro de ellos escoge a quienes quiere (Mc 3,13; Jn 15,16) para que sean sus apóstoles (Mc 3,16). Ellos serán el núcleo de su Iglesia (Lc 22,28-30). Jesús les pide rupturas (Mc 8,34; Lc 9,57) y fidelidad total a su persona (Mt 10,37; Lc 14,25).
	123	Jesús les enseña las bases de la convivencia en la

		<p>Iglesia. El más grande se hará servidor de los demás (Mc 10,43; Mt 18,6 y 10). Ninguno se hará Padre, Maestro o Doctor, sino que la autoridad respetará la igualdad fundamental de todos y su relación directa a Dios (Mt 23,8). La Ley suprema será el amor (Jn 13,34-35 y 15,12-14). El amor se manifestará primeramente en el perdón (Mt 18,21 y 23) y la preocupación por unir (Jn 17,21). Las decisiones de la Iglesia serán ratificadas por Dios (Mt 16,19 y 18,18).</p>
	124	<p>El crecimiento del Reino dentro de un mundo que rechaza la luz es fuente de conflictos y traerá persecuciones a la Iglesia (Lc 12,49-53; Jn 15,18-25; Mc 13,13 Mt 5,11; Ap 12,13-18). Una primera crisis se producirá con la destrucción de la nación judía (Mc 13,5-23; 13,28-31). Ver com. de Mt 24. Otras crisis seguirán hasta la última que verá la vuelta de Cristo y el Juicio: Mt 16,27; He 3,21; 1 Tes 4,16; Mc 13,24-27; 2 Tes 2; Ap 19,11-21; 20,7.</p>
13. El Sacrificio de Jesús	130	<p>La muerte de Jesús no es un accidente en su vida (Heb 10,5). Desde el comienzo, él se preparó para enfrentarla (Mt 20,28; Jn 11,9; 12,27). La anunció repetidas veces (Mc 8,31; 9,9 9,30; 10,32; Lc 13,31). Se hizo totalmente responsable de ella (Jn 10,28-30; 19,30), sabiendo que esta Hora era la de su triunfo (Jn 7,6-8; 12,31; 17,1-2).</p>
	131	<p>El sacrificio de Jesús es como una segunda revelación de la justicia de Dios (Rom 3,25-26), que viene a completar la del Antiguo Testamento. El Dios castigador echaba fuera a los pecadores (Gén 3,22-23); Dios hecho hombre sana a los malos aceptando que lo rechacen (Jn 1,11; Mt 21,37). El Dios libertador demostraba su soberanía (Ex 15; Dn 4 y 5); Jesús escoge el último lugar para salvar (Mt 20,28).</p>
	132	<p>Los que fueron víctimas de la sociedad son los que después de muertos tienen mayor poder para inquietarnos. Jesús escoge el último lugar (Fil 2,8) para después llevar al arrepentimiento a la sociedad que lo condenó (Za 12,10; Jn 19,37; Ap 1,7) y, con eso, atrae a todos hacia él (Jn 12,32).</p>
	133	<p>Desde los orígenes de la humanidad los hombres ofrecían sacrificios. El holocausto (eso es víctima totalmente quemada) expresaba la total sumisión a Dios: Lev 1,1; 1 Sam 15,22; Sal 51,18; Heb 10,6-7. La sangre derramada expiaba los pecados (Lev 5; 17,11; Heb 9,22). Las víctimas que se comían en un banquete de comunión hacían beneficiar a los participantes de la santidad divina (1 Cor 10,18). El sacrificio del cordero renovaba la alianza de Dios con los suyos (Ex 12; Sal 50,5).</p>
	134	<p>La muerte y resurrección de Jesús constituyen el nuevo y definitivo sacrificio que reemplaza a todos los demás (Heb 7,27; 9,25). Por eso, Jesús es llamado</p>

	<p>Cordero de Dios (Jn 1,29). Su sacrificio se identifica con la Pascua Nueva (Pascua significa: Paso) que lleva a la existencia santa y definitiva (Lc 12,50; 22,16; Rom 6,4; 1 Cor 5,7, com. Mc 15,16).</p> <p>135 El sacrificio de Jesús le permitió alcanzar su perfección y recibir las dotes que hacen de él el Jefe y la Cabeza de la humanidad (Is 53,11-12; He 2,33; Heb 2,10; 5,7) (ver 203).</p> <p>136 Su muerte dolorosa con efusión de sangre consigue el perdón de los pecados de toda la humanidad (Is 53,10; Mt 26,28; Rom 3,21; 5,9; 5,19; 8,3), nos reconcilia con Dios (Rom 5,10; 5,20; 2 Cor 5,17; Col 1,21), nos rescata (1 Pe 1,18), nos da la libertad (Rom 7,4; Ef 1,17), inicia un proceso que lleva a la solución de todas las contradicciones que hay en el universo (Rom 8,19; Ef 2,16; Col 1,20).</p> <p>137 El sacrificio de Cristo nos manifiesta el amor de Dios, que es tanto generosidad del Padre (Rom 8,3; Jn 3,16; 1 Jn 4,10) como obediencia del Hijo (Mc 14,36; Rom 5,6; 1 Jn 3,16). En el corazón abierto de Jesús (Jn 19,34) contemplamos el secreto del amor de Dios, que quiso deslumbrarnos con su capacidad de entregarse totalmente para restaurar la confianza en su creatura perdida (Rom 5,8).</p> <p>138 La muerte y la resurrección de Jesús nos enseñan el sentido de nuestra propia vida: el que sacrifica su vida la lleva al nuevo nacimiento (Lc 17,33; Jn 12,24-26; 16,21; 17,9). Nos indican las exigencias del amor verdadero (Jn 15,13) y del apostolado (2 Cor 6,3-10; 12,14) y el valor de nuestras pruebas (Jn 15,2; 2 Cor 12,9-10).</p>
<p>14. La Resurrección. Jesús Señor de la Historia</p>	<p>140 Jesús ha resucitado, conforme lo había dicho (Mc 9,9-10); conforme a las Escrituras (Lc 24,25-27; 1 Cor 15,4; He 2,30). Las manifestaciones de Jesús resucitado en Jerusalén y en Galilea: Mt 28; Mc 16; Lc 24; Jn 20 y 21; 1 Cor 15-5-8.</p> <p>La Resurrección tiene dos sentidos: Jesús ha vuelto a la vida (Lc 24,5; He 2,24) y Jesús ha sido glorificado, o exaltado (Jn 17,1; He 2,33; 3,13). La última manifestación de Jesús (o Ascensión) expresa este segundo aspecto de la resurrección (Mt 28,17-20; Lc 24,50; He 1,9).</p> <p>141 Al resucitar Jesús, su humanidad acabó de ser transformada por las energías divinas, recibiendo en plenitud la vida que el Padre comunica a su Hijo (Jn 1,14; 17,1; He 2,32; Rom 1,3). Jesús ahora es reconocido como Hijo de Dios. Siendo el Hijo resplandor del Padre (Heb 1,1), Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, es en este universo creado, la manifestación del Dios Invisible (Jn 14,9; Col 1,15). En él se cumplen las promesas del Antiguo Testamento (Mt 12,41-42; 23,35-36; Jn 8,56; Ap 5. El es, ahora en cuanto hombre, la cabeza de toda la creación (Col</p>

		1,18), superior a toda criatura, material o espiritual (Heb 1,4-14).
	142	Jesús ha salido de Dios (Jn 13,3; 16,27; 17,8) y vuelve al Padre por su muerte y resurrección (Jn 16,28) para que llegue a su perfección la relación filial que lo une al Padre (He 2,33; Rom 1,4). Para expresar su fe en Jesús, Hijo de Dios hecho hombre, un solo Dios con el Padre, la Iglesia lo llama Señor . De los dos nombres que designaban a Dios, Dios y Señor , reservó el primero para el Padre, y el segundo para Cristo (ver Rom 10,9; Fil 1,11; com. de Jn 11,2; 13,2; 20,2).
	143	Jesús reemplaza la figura del Dios-Soltero por la del Dios-Comunión . Comunión entre el Padre y el Hijo (Jn 1,1; 1,18; com. de Jn 5,19; Mt 11,26; Jn 13,32; 17). Comunión en el Espíritu Santo (Jn 14,16; 15,26).
	144	La Iglesia de los Apóstoles bautiza en el nombre único del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19) y reconoce un solo Dios con tres Personas divinas, al que llamamos Santísima Trinidad : 1 Cor 6,11; 12,4; 2 Cor 13,14; Ap 1.
	145	Jesús resucitado es ahora Señor de la Historia : es decir que domina y dirige las fuerzas materiales y espirituales, visibles e invisibles que plasman nuestra historia: Jn 12,31; Ap 1,18; 6; Col 1,18; 2,10; y com. de Mc 16,9. Pablo muestra a Cristo superior a las Fuerzas celestiales que, en aquel tiempo, eran consideradas dueñas del destino y de la historia de los hombres (Ef 1,10; 1,29; Col 11,6). Este dominio de Cristo significa que la humanidad ha llegado a su mayoría de edad (Gál 4,3-5).
	146	En adelante la salvación se hace por el Nombre de Jesús , o sea, por el poder divino (Fil 2,9-10) que irradia de su persona (He 4,30; 1 J 2,12; com. de Mc 16,17). Toda obra salvadora proviene al mismo tiempo de Cristo y del Espíritu (1 Cor 12,4-6; 2 Cor 3,16-17) y es atribuida a Cristo Señor o a su Espíritu (Jn 6,35-36; 7,38-39; Mc 9,38; Lc 11,20; Ef 4,7; 1 Cor 12,7).
15. La Nueva Creación –el don del Espíritu–, el Misterio de la Reconciliación	150	Jesús no vino solamente para reparar los pecados de los hombres, sino para rehacer nueva la creación (Jn 5,20). Esta nueva creación se realiza mediante el don del Espíritu Santo (1 Cor 15,45). Esta obra significa antes que nada una resurrección de las personas y una reconciliación universal (Jn 5,21).
	151	La violación del sábado por Jesús (Mc 2,28 y Jn 5,29) y el reemplazo del sábado por el domingo (ver com. de He 20,7) significa una voluntad de reordenar la primera creación en seis días (Jn 5,17 y com. de Gén 2,3; Ap 3,14). Cumpliendo lo anunciado por los profetas (Is 25,6-10; 32,15-20; 65,17-19; Ez 37; 47,1-12). La muerte de Jesús expresa la muerte de todo lo anterior a él (2 Cor 5,14; Gál 2,19). Se perdonan los pecados (Rom 6,10; Heb 9,28). Caducan las leyes

y formas de religión enseñadas por la misma Biblia (Rom 7,4; Gál 4,5; 5,4-6; Col 2,16).

Se niegan todas las distinciones de sexo, de clase y de nación (Gál 3,28; 6,15; 1 Cor 12,13; Col 3,11).

Somos criaturas nuevas (2 Cor 5,17; Gál 6,15; Col 1,15; Ef 2,10; 2,15), que tienden a una perfecta semejanza con Dios Padre (Ef 4,24; Col 3,10). Esta nueva creación debe abarcar todo el universo: Rom 8,18-25.

152 En forma especial, la nueva creación significa una **abolición de las leyes del Antiguo Testamento**. Estas no eran más que la sombra de las realidades definitivas (Col 2,17; Heb 8,5; 10,1; Mt 11,13) que empiezan con Cristo. Contar con **la circuncisión** (Gál 5,2; 6,12) o con las otras prácticas de la Ley (Col 2,16; Rom 14,14-20) es volver atrás y renegar de la gracia de Dios (Col 2,20; Gál 2,18). **El que quiere ser justo** con prácticas y méritos (Lc 18,9; Fil 3,7-9) pierde la justicia y santidad verdaderas, don de Dios en Cristo: Col 2,11; Fil 3,9.

153 La nueva creación se realiza mediante **el don del Espíritu Santo** que da vida (Sal 104,30; Jn 6,63; Rom 8,2). La glorificación de Jesús debía preceder el don del Espíritu (Jn 7,37-39; He 2,32-33; Jn 16,7). El Espíritu nos hace **libres** (Gál 4,7; 5,13-18). Nos comunica el **perdón de los pecados** (Jn 20,22; 1 Cor 6,11). Nos hace **hijos** (Rom 8,14-17). Nos da el conocimiento de los designios misteriosos de Dios (1 Cor 2,10-12; 1 Jn 2,20). Las comunicaciones del Espíritu en la Iglesia son **primicias** (Rom 8,23) y **garantía** (Ef 1,14; 2 Cor 1,22; 5,5) de nuestra total transformación por él en el mundo venidero (1 Jn 3,2-3; Rom 8,18).

154 **La nueva creación no conoce la muerte**, consecuencia del pecado (Rom 5,12; Ap 20,15; 21). Es cierto que una parte de nosotros llamada hombre exterior (2 Cor 4,16) u **hombre viejo** (Rom 6,6; Ef 4,22; Col 3,9) o **carne** (2 Cor 4,11; Gál 6,8; Rom 8,3) sigue caminando hacia la muerte (Rom 8,10; 2 Cor 5,16; 13,4; 1 P 3,18). Pero el **hombre interior** (Rom 7,22; Ef 3,16) es vida por participar del Espíritu (Rom 8,10-11).

155 **Jesús resucitado** es el que nos comunica las fuerzas de resurrección (Jn 5,25; Col 2,12; 3,1; Rom 5,21; 6,6; 8,4) y el que nos resucitará (Jn 5,28; 6,39-58; 11,25; Rom 8,10-11; Fil 3,20).

Ahora bien, da a conocer **el Misterio** (Ef 3,3 Ap 10,7), o sea, el plan asombroso que guardaba secreto (Ef 3,9; Rom 16,25; Col 1,26). Toda su obra de creación, de salvación y de santificación tenía por fin **la alabanza de su gracia** y generosidad (Ef 1,6; 1,12). Todo lo tenía depositado en su Hijo Amado (Ef 1,1-6) y por él lo reciben todos los hombres. Todos los

		<p>pueblos son llamados a ser un solo cuerpo en él (Ef 1,22; 3,5-6) y por él entran a compartir la misma Gloria de Dios (Col 1,27; Ef 2,6). Este plan empezaba con la salvación de Israel (Rom 11,25) y se extiende al universo entero (Col 1,27).</p>
	156	<p>Este Misterio exige una reconciliación universal en un universo dividido por la naturaleza, los prejuicios y el pecado (Ef 2,14-16; ver 151: distinciones). El ministerio de los apóstoles es de proclamar y extender esta reconciliación (2 Cor 5,20-21; Rom 15,16) ya anunciada por Jesús (Lc 4,19); el culto propio del Nuevo Testamento consiste en llevar a cabo esta reconciliación (Rom 15,16).</p>
	157	<p>En esta obra Jesús aparece como el Mediador único entre Dios y los hombres (1 Ti 2,5; Heb 9,15; 12,24), siendo el que intercede por ellos (Heb 2,17-18; 4,15-16) y les consigue los bienes propios de la Nueva Alianza (He 13,34; Heb 9,11; 10,20).</p>
16. La Salvación por la fe	160	<p>Entramos a la nueva creación por don de Dios (Mt 11,27; Jn 6,43; Ef 2,8). Este paso decisivo (Col 1,12-13), esta salvación nuestra (1 P 1,9-10), no es el premio de nuestros méritos y obras buenas (Rom 4; Fil 3,4-6), sino que se da mediante la fe (Rom 3,21; Fil 3,9).</p>
	161	<p>Según Juan, creer es reconocer al Enviado de Dios (Jn 5,38; 6,29). Es reconocer que Dios nos ama primero y nos perdona (1 Jn 4,10; Jn 2,16). Es aceptar que Dios nos transforme y nos divinice (Jn 12,42-45). Es reconocer que Jesús es el Cristo (1 Jn 2,22-29; 5-1); o sea, el Hijo Unico que ha salido de Dios y vuelve a Dios (Jn 6,62).</p>
	162	<p>Según Pedro y Pablo, creer es reconocer el amor de Dios, que entregó a su Hijo por los pecadores (Rom 5,24-25; Gál 3,1). Es confesar que Dios lo ha resucitado de entre los muertos (Rom 4,23; 10,9) y lo hizo Señor (He 2,36; 1 Cor 12,3; Fil 2-11). Es reconocer que todas las promesas de Dios se han cumplido en él (2 Cor 1,20).</p>
	163	<p>La fe que salva se apoya en el testimonio de las Escrituras (He 17,3; 18,28; Rom 16,26; 2 P 1,19), pero también es descubrimiento de una palabra que Dios nos dice hoy (Heb 1,1 y com. de Mc 11,29). Los contemporáneos de Jesús tuvieron que reconocer a este Enviado mediante signos que él mostraba (Jn 6,26; 10,32; 15,24). Luego, se apoyaron en el testimonio y los signos que presentaban los apóstoles (Mc 16,17; He 8,7; 1 Tes 1,5). La fe nunca se limita a aceptar creencias, sino que renoce el designio de Dios (Mt 11,16-24; Lc 7,30) a través de los acontecimientos actuales (Lc 12,56; 19,44) y las voces proféticas de la Iglesia (Ef 3,5; 1 Tes 5,19).</p>
	164	<p>La fe nos lleva a incorporarnos al pueblo de Dios (Ef 2,19-22) mediante el bautismo (Mt 28,19; Mc 16,16; Col 2,11-13).</p>

	165	La fe nos consigue un estado de santidad llamado por la Biblia justicia o justificación (ver com. de Rom 1,16; capítulos 4-8 de Romanos; 1 Jn 2,1-6). Nos hace gratos a Dios, reconciliados con él (Rom 5,1-2) y llevamos la semejanza divina (Rom 8,28; Col 3,10; Ef 4,24). La fe nos introduce al Reino de su Hijo (Col 1,13), en el cual recibimos una primera comunicación del Espíritu (Ef 1,13; 2 Cor 1,22) (ver también 153-154).
17. La Iglesia de Dios	170	Jesús prepara su Iglesia: ver 120-124 .
	171	La Iglesia no procede de una voluntad humana, sino de un designio eterno de Dios, y en ella se concreta el Misterio , o sea (Ef 3,5) el plan salvador de Dios que reúne a todos los hombres bajo una sola cabeza, Cristo (Ef 1,5-12; 1,22). Por eso, la Iglesia es santa , porque su destino depende más de los designios del Padre que de la iniciativa de los hombres.
	172	Cristo, al dar los pasos que llevan a su fundación, no actúa por su sola iniciativa, sino que se deja guiar por las indicaciones del Padre (Jn 1,35-51; Mt 16,18; Lc 6,12; He 1,7; Jn 17,6; 17,9-12). Las Iglesias de Cristo (Filem 16). La Iglesia está sometida a Cristo, que la amó y se entregó por ella (Ef 5,24-25; Jn 17,19). La Iglesia de Dios que él se adquirió por su propia sangre: He 20,28. La Iglesia es su esposa (Jn 3,29; Ef 5,27; Mt 22,2; 2 Cor 11,1; Ap 21,2) y el cuerpo (Col 1,24; 1 Cor 12,12) del que es cabeza.
	173	La Iglesia nace el día de Pentecostés (He 2) a consecuencia de la efusión del Espíritu prometido (ver 150).
	174	La proclamación por los apóstoles de la fe en Jesús resucitado acompaña la efusión del Espíritu (Jn 15,26-27; He 1,7-8) para constituir la Iglesia (He 2,14-39; 1 Tes 1,5). La integran todos aquellos que escuchan el llamado a la conversión y creen que recibirán el perdón de sus pecados (He 2,38) y el don del Espíritu (He 2,39) mediante la fe en el poder salvador de Jesús y el bautismo (ver 181).
	175	La Iglesia está fundada sobre Pedro y los apóstoles (Mt 16,18; 10,1). La fe de la Iglesia se conforma a la de los apóstoles (1 Cor 15,11; 2 Pe 1,16-21). Pertenecen a la Iglesia quienes aceptan el testimonio de los apóstoles y de sus sucesores (Jn 17,20; 20,21) y son reconocidos por ellos (1 Cor 14,38; 2 Cor 10,6; 13,10). Estamos en comunión con Dios estando en comunión con ellos (1 Jn 1,3). Cristo está con ellos (Mt 28,20) para que sus decisiones no puedan oponerse al plan divino (Mt 16,19; 18,18; Lc 10,16), a pesar de que es patente que ellos fallan de mil maneras (Gál 2,11; He 15,37; 21,20). La Iglesia será para la eternidad lo que la hicieron los apóstoles (Lc 22,30; Ap 21,14).
	176	La Iglesia es una comunión (He 2,4; Heb 13,16). La comunión que existe entre los bautizados y las Personas divinas (2 Cor 13,13; 1 Cor 1,9; 10,16) origina

		una comunión entre ellos mismos (1 Jn 1,7). Comunión tanto en lo espiritual (He 2,42; Fil 1,5; 2,1) como en lo material (Rom 15,27; Gál 6,6).
	177	La Iglesia es la presencia en nuestro mundo de la Verdad divina (1 Tim 3,15). Es la manifestación del amor de Dios (1 Cor 1,26; 2 Cor 4,7) y, a pesar de la debilidad de sus miembros, es un signo de la presencia salvadora de Dios (2 Cor 4) y él le da su fuerza (Ap 2,8; 3,8).
18. Los sacramentos de la Iglesia	180	La Iglesia es una comunión de creyentes en la cual Dios se hace presente (ver com. de Mt 16,18), y por eso decimos que es sacramento de Dios (ver com. de Mt 18,11). Varios ritos de la Iglesia, que llamamos sacramentos , nos vienen de Cristo y sus apóstoles; expresan y hacen presente la acción salvadora de Dios.
	181	El Bautismo con el agua y el Espíritu Santo (Jn 3,5), con el Espíritu y el fuego (Mt 3,11), con el agua junto con la palabra (Ef 5,26), en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo (Mt 28,19), en el nombre del Señor Jesús (He 2,38; 8,16). El bautismo para los muertos (1 Cor 15,29). El bautismo y los bautismos (Heb 6,2 y com. Lc 3,7).
	182	Se bautiza al que cree (Mc 16,16) para que reciba el perdón de los pecados (He 2,38; 22,16). El bautismo significa la muerte a un pasado de pecado (Rom 6,3-9) y la entrada a una vida resucitada (Rom 6,4; Col 2,11-12). Es una purificación interior (1 Pe 1,22) por la sangre de Cristo (1 Pe 1,2). Es un nacer de nuevo, de arriba (Jn 3,8), un nacer del Espíritu (Jn 3,6; Col 2,12). El único bautismo de la única fe nos reúne en un solo cuerpo (1 Cor 12,13). El bautismo nos introduce a la vida «en Cristo», la vida cristiana (Fil 4,1...) (ver 200).
	183	La imposición de las manos para confirmar el bautismo y recibir los dones del Espíritu (He 8,14; 19,6), rito que no puede conferir cualquier ministro (He 8,14-17). Ver también Heb 6,2.
	184	El poder de perdonar los pecados: ver com. de Stgo 5,16. El bautizado debe temer el decaimiento de la fe y la pérdida de la esperanza, con los cuales ya no hay deseo ni posibilidad de recibir otra vez el perdón de los pecados (Lc 13,7-9; Heb 6,4-8; 12-15). Este es el pecado que lleva a la muerte (1 Jn 5,16). La Iglesia puede excluir al pecador si no se enmienda (Mt 18,17; 1 Cor 5,11-13). Puede pedir a Dios que lo lleve a escarmiento con castigos en su cuerpo (1 Cor 5,4-5; Ap 2,22).
	185	La unción de los enfermos practicada por los misioneros de Jesús (Lc 10,1) y encargada a los presbíteros de la Iglesia (Stgo 5,14).
	186	La imposición de las manos para consagrar a los ministros de la Iglesia (1 Tim 4,14; 5,22; 2 Tim 1,6).

- | | | |
|--|--|--|
| 187 | El matrimonio de los cristianos tiene exigencias propias (1 Cor 7,10-12 y com. de 1 Cor 11,2 y de 1 Pe 3,1) y tiene valor de sacramento, por ser una figura y presencia de la unión de Cristo con la Iglesia (Ef 5,22-23). | |
| 188 | La Eucaristía , o Cena del Señor (1 Cor 11,20), o fracción del pan (He 2,42; 20,7; 1 Cor 10,16). Ver comentarios de la promesa de la Eucaristía (Jn 6,22-58), de su institución (Mc 14,12; 1 Cor 11,23). | |
| 189 | Algunos textos del Antiguo Testamento figuran de antemano y aclaran el sentido de los sacramentos . En forma más especial: el bautismo (Gén 6-7; Ex 14-15; Jos 3; 2 R 5; Is 12,1; 55,1; Za 13,1; Ez 36,25; Ez 47,1), la eucaristía (Ex 12; 16; 1 R 19,5; Gén 14,14; Mal 1,11), el matrimonio (Gén 1,26; 2,18; Tob 8,4-7; Cantar). | |
| 19. El Espíritu en la Iglesia.
Carismas y Ministerios | 190 | El Espíritu Santo (ver 143 y 144) que procede del Padre (Jn 14,16; 15,26; 16,15) y es enviado por el Hijo (Jn 14,16; 15,26; 16,7), Espíritu de Dios (1 Cor 2,11; 7,40; 1 Jn 4,2) y Espíritu de Jesús (He 8,39; 13,16; 2 Cor 3,17; Gál 4,6; Ap 3,1). |
| | 191 | Ya antes de Cristo se hablaba del Espíritu de Yavé , fuerza sobrenatural que revestía a los libertadores (Jue 6,34; 11,29; 14,6), a los profetas (Núm 11,25; Ez 37), a los artistas (Ex 31,3) y a los sabios (Sab 1). Fuerza activa en la creación (Gén 1,2; Sal 104,30; y com. de Jn 7,37). |
| | 192 | A consecuencia de la glorificación de Jesús, el Espíritu es comunicado a los creyentes (Jn 7,39. Ver 153 y He 9,17; 19,2; Rom 5,5; Gál 3,2; Ef 1,3; 1 Jn 3,24). Lo reciben al entrar a la Iglesia, mediante el rito de la imposición de las manos (He 8,15; 19,6) que acompaña normalmente el bautismo (He 2,38; Ti 3,5; Jn 3,5). Pero Dios puede hacer excepciones y no está atado a los sacramentos (He 10,45). |
| | 193 | El Espíritu se comunica a cada cual según la medida del don de Cristo (Rom 12,3; Ef 4,7; Heb 2,4) y manifiesta su presencia con dones diversos (1 Cor 12,3; 12,7-11; Gál 3,5; Fil 1,19). Estos dones del Espíritu hacen de nosotros miembros de un mismo cuerpo diversificado (Rom 12,5-8) y organizado (Ef 4,16). |
| | 194 | Los dones espirituales (se usa a menudo la palabra carisma , que significa don: 1 Cor 1,7; 7,7; 12,31; 1 Pe 4,10) son para bien de la comunidad (1 Cor 14,1-6; 14-19; 14,32). Por eso, merecen ser llamados también servicios (o ministerios), y obras (Rom 12,7; 1 Cor 12,5). Aun sabiendo que los dones y ministerios valen por cuanto fomentan el amor verdadero y la comunión (1 Cor 12,31; Ef 4,3), los ministerios más importantes son los ministerios apostólicos: fundadores y responsables de Iglesias (1 Cor 12,28; Ef 4,11). |
| 195 | En cuanto a los ministerios de gobierno, ver com. de He 14,21. Se nombran los apóstoles , no solamente los Doce, sino algunos más (1 Cor 1,1; 9,1-6). Los | |

	<p>profetas (1 Cor 12,28; Ef 2,20; 3,5; 4,20; Ap 11,10; 16,6; 18,20). Muy posiblemente Apolo era profeta, y también Timoteo y Tito (ver com. de He 11,19; 13,1; 15,32; 1 Tes 5,19; Heb 7,1; 1 Tim 4,14; 2 Tim 1,6). Los obispos (o sea, inspectores), elementos activos de los consejos de presbíteros (He 20,28; Fil 1,1; 1 Tim 3,1; Tit 1,7). Los presbíteros (esto es, ancianos): He 11,30; 14,23; 15,2-23; 21,18; 1 Tim 5,19; Tit 1,5; Stgo 5,14; 1 Pe 5,1. Los diáconos: Fil 1,1; 1 Tim 3,1 y com. de He 6.</p> <p>196 Los dones espirituales, por diversos que sean, vienen de Cristo, cabeza única, y deben ordenarse con miras a la unidad del cuerpo que va creciendo: Jn 17,21; Ef 2,18; 2,22; 4,3; 4,12-13.</p>
<p>20. El Espíritu y la Espiritualidad cristiana</p> <p>200</p> <p>201</p> <p>202</p> <p>203</p>	<p>La vida cristiana era llamada antiguamente el camino (He 9,2; 19,9; 16,17; 18,25; 2 Pe 2,2) y no se apoya en mandamientos especiales (He 15,18). A tal punto que Pablo relaciona las exigencias de la moral sexual con la fe en Cristo y no con alguna ley (1 Cor 6,1; 1 Tes 4,2). Los cristianos de formación judía hablaron a veces como si Jesús hubiera confirmado la Ley del Antiguo Testamento (Stgo 1,25; 2,12; 4,11). Pero habitualmente entendieron que la nueva Ley proclamada por Jesús (com. de Mt 5,17) reemplazaba a la Ley del Antiguo Testamento (Mt 5,22; 5,28...). El mandamiento único del amor (Mt 22,39) sustituye a los numerosos preceptos de la Ley de Moisés (Mt 22,40; Rom 13,8; Gál 5,14).</p> <p>201 Pero también se nos dice que Cristo nos liberó de toda ley humana (y no solamente de la Ley judía): Rom 7,4; Gál 4,5; Ef 2,15. Comprendamos, pues, que al hablar de Ley de Cristo, se le da otro sentido a la palabra ley (Rom 2,27; 8,2). No valorizamos demasiado el esfuerzo del hombre por cumplir la ley (Mc 10,21; 10,27; Gál 2,16; 3,5), sino que debemos invitarlo a que se deje guiar por el Espíritu (Lc 10,33; Rom 8,14; Gál 5,16) que sólo transforma el corazón (Ez 36,25; Rom 2,29) y hace posible el cumplimiento de la ley (Rom 8,4).</p> <p>202 La entrada a la Iglesia (ver 192) hace de nosotros criaturas nuevas (2 Cor 5,17; Gál 6,15; Ef 4,24). Recreados en el Hijo (Ef 2,10), hijos del Padre (Rom 8,15; Jn 1,13), ya en la presente vida se nos comunica el Espíritu (Rom 12,11; Gál 4,6) como un anticipo de lo que será la vida definitiva y santa en el cielo (Rom 8,11; 8,23; Ef 1,14). En adelante, estamos en comunión con las Tres Personas divinas (Jn 14-17; 1 Jn 1,3; 3,21-24; 4,15).</p> <p>203 La vida cristiana supone la cooperación constante del hombre con Dios, que actúa en él mediante el Espíritu. Hemos muerto al pecado (Rom 6,11) y debemos hacer morir las obras de la «carne» (Rom 8,13). Hemos sido renovados y debemos andar por caminos</p>

	<p>nuevos (Rom 7,6). Hemos sido hechos justos y santos (Rom 6,2; 1 Cor 6,11) y debemos andar como santos (Rom 6,13; 6,19; Gál 5,25). Fuimos liberados (Rom 6,14; 8,2) y debemos liberarnos (1 Cor 7,15; 7,23). Se nos dio el amor de Dios (Rom 5,5; Jn 17,26) y debemos perseverar y progresar en el amor (Jn 15,9; 1 Cor 16,14; Fil 1,9; 1 Tes 3,12).</p> <p>204 La vida nueva del cristiano se va vigorizando con la participación en la eucaristía (Jn 6,48-58), con las obras buenas (Stgo 2,14-28; 1 Jn 3,18; 2 Tes 1,11; Tit 2,14; 3,8; Heb 10,24; 2 Pe 1,10), con la oración (ver 230). Es fuente de alegría (Jn 16,24; He 13,52; Rom 14,17; 2 Cor 7,4; Gál; 5,22; 1 Tes 1,6; 1 Pe 1,8), de libertad (Jn 8,32; 8,36; 2 Cor 3,17; Gál 5,1; 2 Tim 1,7; 1 Pe 2,16), de paz (2 Cor 13,4; Gál 5,22; Ef 6,23) y de acción de gracias (Rom 14,6; Ef 5,20; Col 3,17; 1 Tes 5,18). Obra, con la perseverancia (Lc 8,15; 21,19; Rom 2,7; 5,3; Col 1,11; Heb 10,36; Stgo 1,4), una transformación de todo el ser (Rom 12,2; 1 Tes 5,23) haciéndolo capaz de tratar con Dios como hijo (Rom 8,15-17; 1 Jn 4,17-18) y de ser piedra viva del edificio espiritual (Ef 2,22; 1 Pe 2,5).</p> <p>205 La vida cristiana se manifiesta antes que nada por tres fuerzas que solemos llamar virtudes teológicas, o sea, procedentes de Dios y orientadas hacia él, que son la fe, la esperanza y el amor: 1 Cor 13,13; Gál 5,5-6; Ef 1,15-16; Col 1,4-5; 1 Tes 1,3; 5,8.</p>
<p>21. La Fe y la Esperanza</p>	<p>210 La fe designa: 1) el acto de fe que, en la conversión, nos consigue la santidad o justicia propia del cristiano (ver 165). 2) El don de fe, que consigue los milagros: 1 Cor 13,2; Stgo 1,5; Mc 11,20-24 y com.; 3) La primera de las virtudes teológicas (ver 205 y 211), nacida del primer acto de fe.</p> <p>211 La fe del cristiano sigue siendo sumisión a la Palabra de Dios (Jn 12,44-46; Rom 10,14; 2 Tim 3,15; 4,3), recibida de los profetas y de Cristo mediante el testimonio de los apóstoles (ver 163). Acepta sin añadir ni recortar (Dt 4,2; Ap 22,18) toda la doctrina de fe (Ti 1,13; 3,10-11) que guarda la Iglesia como Tradición de los apóstoles: 1 Tim 4,6; 2 Tim 2,8; 3,14.</p> <p>212 El cristiano tiene la misma actitud de fe de los creyentes del Antiguo Testamento (Rom 4,23-25; Heb 11). Pero ahora nos han llegado las palabras definitivas (Heb 1,1-2; Jn 3,31; 4,26) en la persona del que es La Palabra de Dios (Jn 1,1; 1,18; Heb 2,2-3) (ver 152). En la persona de Jesús, Dios nos habla sin parábolas ni figuras (Jn 16,25-29).</p> <p>213 La fe actúa mediante el amor (Gál 5,6) y se demuestra con las obras del amor (Stgo 2,14; 1 Cor 13,13). La fe debe crecer (2 Cor 10,15; 2 P 3,18) junto con el conocimiento de Dios. Junto con el amor, la fe es actitud propia del que vive en la luz (Rom 13,12; Ef 5,8; Col 1,12;</p>

- 1 Jn 1,7; 2,9) y es una luz para el mundo (1 Tes 5,5).
- 214** La **esperanza nace de la fe** en las promesas de Dios (Ef 3,5-10; Heb 3,14; 6,11-20; 1 P 5,9). Esperamos lo que no vemos (Rom 8,4; Heb 11,1) y que ni siquiera nos habríamos atrevido a pensar (1 Cor 2,9; 2 P 1,4). Creemos que **Dios es fiel** (ver **40-44**). Confiamos en Dios, que puede mantenernos en la fe y el amor (Fil 2,12; 1 Tes 5,23; 2 Tes 3,3; 1 Cor 1,8). La esperanza significa **perseverancia y constancia** en las pruebas (ver **204 y 217**).
- 215** **Israel esperaba** de Dios prosperidad en su Tierra (ver **42**) y Reino de justicia (ver **56 y 62**). Al proclamar el Reino, Jesús recuerda que nuestra esperanza es algo colectivo (Mt 22; Lc 22,28-30; Mt 25,31-40), pero destaca el aspecto personal de la salvación (Mt 10,28; 10,32), desarrollando la fe en la Resurrección (ver **92-93**).
- Esperamos **compartir la Gloria de Dios**. Seremos semejantes a Dios, porque lo veremos (1 Jn 3,2). Resucitaremos juntos (1 Cor 15,23) para ver a Dios (1 Cor 13,12) y formar un solo cuerpo en Cristo (Ef 2,16-22). **En Dios solo** encontraremos nuestra felicidad (Mt 25,21; Ap 21,6), y la humanidad, su fin (1 Cor 15,28; Ap 22,1-5). Esta es **nuestra herencia** (Lc 18,18; 1 P 1,4).
- 216** El Reino de Dios ya está presente en el hombre que vive en la gracia de Dios. Por eso, todos los acontecimientos de su vida y sus mismas **necesidades materiales** tienen algo que ver con este Reino de Dios y con su propio progreso en la vida cristiana. Por tanto, siendo hijo de Dios, espera del Padre el pan de cada día (Mt 6,11) y pide tanto por sus necesidades (Fil 4,6) como por las del mundo (Lc 18,1), sabiendo que Dios le proporcionará lo necesario para que, a su vez, pueda dar a otros (2 Cor 9,9).
- 217** La espera de la **venida de Cristo** está en el centro de la esperanza cristiana (He 1,11). Venida, llamada «parusía», o sea, visita (Mt 24,27; 1 Cor 15,23; 1 Tes 3,13; 1 Jn 2,28; Ap 3,10) o manifestación (1 Tim 6,14; 2 Tim 1,10; Tit 2,13). Esta venida parecía muy cercana a los primeros cristianos (1 Tes 4,13; Heb 10,25-37; 1 Pe 4,7; Stgo 5,8). Esta espera significa una actitud de vigilancia (Lc 12,32-48; Mt 25,1): estar despiertos para no hundirse en los proyectos y las codicias de este mundo (Lc 21,34; ver com. de Mc 13,33). Nos lleva a ser **constantes** y perseverantes en las pruebas (Fil 3,10; Rom 8,17 (ver **184**) y las persecuciones (Heb 12,2; 2 Tes 3,5; Lc 21,19; Mt 10,22; Ap 2,10; 3,21; 1 Pe 3,14). Trae la **alegría** aun en el sufrimiento (1 Pe 4,18; Mt 5,11). Nos hace sobrios (1 Tes 5,8) y **desprendidos** (1 Cor 7,29; Tit 2,12; 1 Pe 1,13).

- se identifica con la comunión entre sí de las Tres Personas divinas (ver 143). Dios se había dado a conocer a Moisés como El que existe y como Misericordioso (ver 32 y 39). Pero, después de conocer a Cristo, Juan dice: **Dios es amor** (1 Jn 4,8).
- 221 En el Antiguo Testamento se manifestó **el amor de Dios** mientras él se iba comunicando con los hombres. **Israel**, al mirar cómo Dios lo eligió, lo guió (Sal 89; 105; 106; 107; Is 63,7), lo perdona (Ex 32,11-14) y lo rescata (Is 40; 41), entiende el amor celoso de Dios por su pueblo (Is 5; 54,6-8). **Los profetas**, al tomar conciencia de la relación cada vez más estrecha que se establece entre Dios y ellos, comprenden el amor fuerte (Ez 3,8; Mi 2,8), tierno (1 R 19) y exigente (Jer 15,10; 20,7) de Dios con sus amigos.
- 222 El **amor a Dios es el primer mandamiento** para Israel (Deut 6,1; 30) y seguirá siéndolo para los cristianos (Mc 12,28).
- 223 Al venir **Jesús**, trata de descubrimos algo del amor único que **el Padre tiene a su Hijo** (Jn 3,35; 5,20; 17,24 (ver 117). El, a su vez, corresponde al amor del Padre con una entrega total (Mc 1,35; Mt 11,25) y una conformidad perfecta a la voluntad del Padre (Heb 10,5; Jn 4,34; 6,38). Este amor divino, que brota de su corazón, lo demuestra a sus amigos (Jn 11; Jn 13,1; 15,9-17; 18,8), a los marginados (Mc 1,40), a los pecadores (Lc 7,36; 19,1), a sus mismos enemigos (Lc 23,33), a todos (Mt 11,28; He 10,38). Y trata de que también ellos entiendan el amor que les tiene el Padre Dios (ver 137). Nosotros **amamos a Jesús** guardando su Palabra (Jn 14,15-23) y renunciando a todo para seguirlo (Mc 10,17-21; Lc 14,25).
- 224 **En su Pasión** y su muerte, Jesús llega a la cumbre del amor. Amor al Padre, **obedeciéndolo** hasta la muerte de la cruz (Mt 26,39; 27,46; Heb 4,15), mientras Dios calla; atenciones y perdón a los hombres (Lc 23,28; Jn 19,26; Lc 23,34-43). Jesús da todo a todos (Mc 10,45; 14,24; 2 Cor 5,14).
- 225 El **amor al prójimo** se nombra en algunos textos del Antiguo Testamento (Lev 19,18; Deut 10,8). Pero en muchísimos lugares de la Ley (Ex 20,12-17) y de los profetas (Am 1-2; Is 1,14-17; 10,2; 65,13; Jer 9,2-5; Ez 18,5-9; Mi 3,5) se afirma que no podemos agradar a Dios sin respetar al prójimo, **hacerle justicia**, liberarlo de toda opresión (Is 58) y promover a los más humildes (Ex 22,20-26; 23,4-12; Jer 9,4; 22,15; Pro 14,21; Eclo 4; 25,1; Sab 2,10).
- 226 Jesús relaciona estrechamente **los dos mandamientos principales** (Mc 12,28-33). El amor al prójimo es la base de la moral cristiana (ver 201 y 203) en la medida en que trata de imitar el amor del Padre perfecto y misericordioso (Mt 5,48; Lc 6,36; Ef 5,1; 1 Jn 4,11) y es una respuesta al amor con que Dios nos amó primero (1 Jn 3,16; 4,10-19). El amor es fuerza que nos

		comunicó el Espíritu Santo (Rom 5,5) y se alimenta con la contemplación del amor sin límite de Cristo (Ef 3,18; 2 Cor 5,14).
	227	En vísperas de su Pasión, Jesús presenta el amor entre hermanos como su mandamiento nuevo : Jn 13,12-15; 13,34-35; 15,9-13; 1 Jn 2,6-8.
	228	El amor cristiano es don sin límite, llevándonos a hacernos esclavos unos de otros (Gál 5,13). Va a todos sin respetar las barreras sociales (Mc 2,13; Lc 10,29; 14,13; Gál 3,28). Se demuestra con el perdón (Mt 5,43, comentario y referencias; Mt 18,21) y no se niega a los enemigos. Inspira un esfuerzo por comprender al otro , respetar sus ideas (Rom 12,15-18; 14,1-10), soportar sus limitaciones (1 Cor 13). El amor, que acepta dar y recibir, construye la Iglesia (1 Cor 8,1; Ef 4,16) (ver 196) y nos lleva a la perfección (Fil 1,9).
23. La oración	230	En toda la Biblia la oración es inseparable de la acción . Los modelos de la oración son aquellos que encabezan el pueblo de Dios. Intercesión de Moisés por Israel (Ex 17,8; 32,11; 32,20; 33,12; Núm 11,11; 14,13). Moisés da la pauta de la intercesión: recuerda a Dios su fidelidad ; su propio honor lo obliga a no abandonar a Israel, sino más bien a perdonarlo. Oración de David (2 Sam 7,18), de Salomón (1 R 8,22-60), de Ezequías (2 R 19,15), de Judas Macabeo (1 M 5,33; 11,71; 2 M 8,29; 15,20), de Ester (4,17), de Judit (9,2). Oración de penitencia de Esdras (9,6), de Nehemías (1,4), de Daniel (3,26; 9,4).
	231	La oración de intercesión es propia de los profetas: su palabra y oración hacen y deshacen los acontecimientos. Así, Abraham (llamado profeta a consecuencia de su poder de intercesión: (Gén 20,7), rogando por Sodoma (Gén 18,22). Así, Elías (1 R 18,36), Amós (7,1), Jeremías (10,23; 14,7; 37,3). El profeta se siente dividido entre la compasión por su pueblo castigado (Jer 14,19; 8,18; Ex 9,8) y su celo por Dios traicionado (Jer 2-3; Ez 16). Su oración es un enfrentamiento con Dios (Núm 17,6; Ez 13,5; 22,30).
	232	También es oración el diálogo continuo de los profetas con Dios a raíz de su llamado (Ex 4; 5,22; 17,4; Jer 12,1; 15,10; 20,7), llegando al encuentro cara a cara (Ex 33,18; 1 R 19,9).
	233	Los Salmos son el libro de oración del pueblo de Dios. Ver página: Oremos con los salmos , p. 960. La oración surge de las mismas necesidades del que suplica. No pide cosas celestiales, sino la salvación concreta que necesita en ese preciso momento. Pero constantemente se olvida de sí para alabar a Dios: Sal 47; 81; 89; 95; 98; 113; 117; 135. Y no olvida que en Dios está todo su bien , pidiendo ver a Dios y morar en su

		<p>casa (Sal 16,23; 27,7; 63,2; 65,5; 73,24).</p> <p>234 Jesús ora (Mc 1,35; Mt 11,25; Lc 22,32; 23,33; Jn 11,42) especialmente antes de tomar decisiones importantes (Lc 3,21; 6,12; 9,18; 9,29; 23,46; Mc 14,36; Jn 8,29). Ver también Heb 5,7; 7,25. Jesús hace sus milagros para aquellos que le piden con fe (Lc 7,1; Mc 10,46) y que perseveran hasta que él los atiende (Mt 7,24); y nos dice que ésa es la manera de pedir al Padre (Lc 11,5-13; 18,1; Mc 9,23; 11,22). Pero también nos enseña a pedir antes que nada que se haga la voluntad del Padre (Mt 6,10; 7,21; 12,50; Jn 4,34; 7,17). Nos enseña lo que debemos pedir al Padre y cómo pedirlo: el Padrenuestro (Mt 6,9; Lc 11,1 y también Mt 6,5).</p> <p>235 La oración de la Iglesia primitiva. En el mismo Templo de los judíos (Lc 24,5; He 3,1; 5,12) con las manos levantadas (1 Tim 2,8) o de rodillas (He 9,40). Oración comunitaria (He 1,14; Mt 18,19) frente a las situaciones difíciles (He 4,24; 6,6; 12,5).</p> <p>236 Las cartas de Pablo contienen invitaciones a orar (Ef 6,18; Col 1,3; 1 Tes 5,17; Rom 15,30; 1 Cor 7,15; 1 Tim 2,1; 1 Tim 5,5) y acciones de gracias improvisadas (Rom 8,31; 11,33; 16,25; 2 Cor 1,3; Ef 1). La oración de intercesión es para él una lucha (ver 231); Rom 16,30; Fil 1,30; Col 4,12 y com. de Col 2,1; ver también com. de Gén 32,23). Siempre hay equilibrio entre la suplicación y la acción de gracias (Fil 4,6).</p> <p>237 La oración en nombre de Jesús es propia del que comparte la misión de Jesús y se deja guiar por su Espíritu (Jn 14,12-13; 16,23). Es la oración perfecta del que ha llegado a la negación de sí mismo; no se guía por codicias humanas (Stgo 4,3), sino que lo inspira el Espíritu de los hijos adoptivos (Rom 8,15; 8,26). Esta oración se dirige al Padre (Gál 4,6), nos lleva a desear con todo nuestro ser lo que él quiere y lo que adelanta su Reino. Le pedimos cosas concretas (Mt 7,11), pero en otro sentido el Espíritu Santo es el que esperamos (Lc 11,13). Esta oración siempre escuchada trae el gozo (Jn 16,24).</p> <p>238 Otros textos: 1 Pe 3,7; 4,7; Stgo 1,6; 5,16; Ap 5,8.</p>
24. La misión y la evangelización	240	<p>La palabra misión significa envío (com. de Mt 10,1). Jesús era el enviado del Padre para dar la Buena Nueva a Israel (Jn 3,17; 4,34; 6,38; 9,4; 10,36; 17,18; Mt 15,24), a los pobres y afligidos (Is 61,1; com. de Mt 5,1; Lc 7,22). Al dejar esta tierra Jesús envía a los apóstoles (Jn 20,21; Mt 28,19; He 1,8) y los acredita con señales del Espíritu Santo (Mc 16,17 y com. de Lc 10,1). Apóstol significa enviado (Lc 6,13). Después de los Doce, la Iglesia seguirá enviando a los apóstoles y misioneros (com. de Lc 5,1). Uno debe ser enviado por la Iglesia, lo mismo como los Doce por Cristo (Mc 3,13; He 26,16; 13,2; 19,14).</p>

- 241 La tarea misionera es obra común de los apóstoles y **del Espíritu Santo** (Jn 14,26; Lc 24,49; He 1,4), que dará testimonio junto con ellos (Jn 15,26). El Espíritu anima al apóstol (1 Pe 1,12), pero luego la palabra del apóstol hace que el Espíritu venga a sus auditores. Quien recibe a los apóstoles recibe al Padre y al Hijo (Lc 10,16).
- 242 Los misioneros anuncian el Evangelio (eso es la Buena Nueva). En boca de Jesús, la Buena Nueva significa la **llegada del Reino de Dios** (ver 110-116) y la acompañan las numerosas curaciones que Jesús obra (com. de Mt 9,35; Lc 7,22). En boca de los apóstoles la Buena Nueva significa la realización de las promesas de Dios a Israel (He 13,32). Es la gracia del perdón y el don del Espíritu (He 2,38; 3,26; 10,43; 13,38). La Buena Nueva está toda en la **venida de Jesús** (Mc 1,1), que nos trae la paz (He 10,36; Ef 2,14). Para Pablo el Evangelio es el **plan de salvación** de Dios para todos los hombres (Rom 15,9; Ef 3,6). Su centro es la muerte y resurrección de Jesús (1 Cor 15,1). Es una fuerza que va conquistando el mundo (Rom 1,16; Col 1,6).
- 243 La predicación del Evangelio, cuando es acogida, trae consigo **arrepentimiento** (He 2,37-38; 3,19; 17,30; 26,20) y **conversión** (Mt 4,17; Mc 6,12 (ver 182)). El hombre reconoce la situación de pecado en que estaba, junto con un mundo perdido (He 2,40; 3,26) y cree en el perdón que Dios le ofrece por Cristo (He 5,31, (ver 160-164)). Esta **conversión del corazón** y del ser profundo es diferente de la que consiste solamente en dejar sus vicios (ver com. de Lc 3,7 y 7,24). Es obra de Dios (Ez 36; 1 R 18,37; Rom 2,4). En cambio, al rechazar la predicación, personas y sociedades se pierden (Mt 11,20; 12,41; Mc 16,16).
- 244 **Evangelizar** no es solamente anunciar el Evangelio, sino hacer que sea la Buena Nueva que a uno lo libera en las circunstancias concretas en que vive (com. de Mt 28,16). El Evangelio significa una sanación de toda la persona humana. **Liberación** de los prejuicios religiosos (Col 2,16-22; Gál 4,8-11) y de las barreras sociales (Gál 2,11). Trae una renovación de toda la cultura y una **crítica radical** del orden social (1 Cor 7,17-24). Lleva a una madurez de juicio y de las relaciones con los demás (Ef 4,14; 4,22-32).
- 245 Los que anuncian el Evangelio se presentan como los **testigos de Cristo** (He 1,8; Jn 15,27). Después de Jesús, testigo fiel (Ap 1,5; 3,14) que viene al mundo para dar testimonio de lo que ha oído del Padre (Jn 1,18; 3,11) y que da testimonio de lo que es él (Jn 8,13; 1 Tim 6,13), los apóstoles a su vez dan testimonio de él (Jn 15,17; 20,21). Mediante su testimonio, Dios es el que da testimonio (1 Jn 5,9).

	246	<p>Mártir, en idioma griego, significa testigo. Llamamos mártir al que sufrió y dio su vida para ser consecuente con su testimonio (Ap 2,13; 6,9; 11,3; 17,6; Mc 13,9; y com. de Mt 10,16). Debido al odio del demonio contra la Iglesia, serán numerosos los mártires (Ap 17,6). Ellos son los verdaderos vencedores del mundo (Ap 12,11).</p>
<p>25. El porvenir del mundo, el Juicio y la Resurrección</p>	250	<p>El Reino de Dios se desarrolla dentro del mundo, obra de Dios, como un fermento (Mt 13,33), capaz de transformarlo y de salvarlo (Jn 3,16). Este mundo, sin embargo, está bajo el poder del Malo (ver com. de Jn 3,11 y Jn 5,19) a consecuencia de la caída del hombre que alienó su libertad (Jn 8,34; Rom 8,18). Jesús, al morir, le ha quitado su poder de alguna manera (Mt 12,29; Jn 12,31). Sin embargo, al juzgar según las apariencias, sigue muy influyente (Mt 16,18) y anima una corriente poderosa que se opone a la verdad y la justicia (Jn 3,19) y que odia más que todo a los testigos de Cristo (Jn 15,18; Mt 10,16; Ap 12,17) y a su Iglesia (Ap 12,13). Esta corriente hostil es llamada a veces «el mundo» (Jn 16,33). A veces se llama «mundo» a los que no conocen su vocación de hijos de Dios (Jn 14,19; 16,20; 17,23; 1 Cor 5,10). Ver también 1 Jn 2,15.</p>
	251	<p>Los creyentes están dentro del mundo sin ser del mundo (Jn 17,15). La Iglesia está al servicio del mundo para llevarlo a su fin verdadero (Mc 16,15; Col 1,20). No está al servicio de los proyectos del mundo (Stgo 4,4) ni de los ideales humanos de felicidad, de justicia y de paz, siempre limitados (Lc 12,13; 12,51), que olvidan la situación real del hombre pecador (Mt 4,1) y no entienden la salvación mediante la cruz (Mt 16,23; Lc 24,26 1 Cor 1,20).</p>
	252	<p>Sin embargo, al fijarnos en el Antiguo Testamento, descubrimos una pedagogía divina. Para que el hombre entienda su vocación divina, necesita probar los bienes de la tierra y luchar por ideales humanos (ver com. de Gén 13,7; Ex 3,16; Intr. a 1 R; com. de Mt 5,1), ideales limitados que Dios los ayudará a purificar poco a poco, llegando a entender el misterio de la cruz (ver com. de Lc 24,13).</p>
	253	<p>Para su propio crecimiento, como para bien del mundo, el creyente se compromete en las tareas del mundo (Mt 25,14; 2 Tes 3,10; 1 Tim 4,3; Tit 3,8; com. de Mc 13,33) y con esto se hace cooperador de Dios Creador, que sigue actuando y creando (com. de Gén 1,28; Jn 5,7). La Iglesia puede esperar tiempos de paz y una irradiación del Evangelio (Ap 20,1). Su influencia será manifiesta (com. de Mt 13,31) e instituciones humanas de toda clase se cobijarán a su sombra (Mt 13,32). Sin embargo, habrá persecuciones (ver 251), además de los escándalos dentro de la</p>

- Iglesia (Mt 13,47). El demonio favorecerá, contra ella, las falsas religiones (Ap 13,11) y los regímenes totalitarios (Ap 13,2) y a veces dará la impresión de haberla vencido (Ap 11,7; 13,14-17).
- 254** Jesús nos advierte respecto de los conflictos que la Iglesia enfrentará. Los tiempos futuros, tal vez largos (Mt 28,20; Lc 21,24) serán una segunda etapa de la historia sagrada: el Evangelio predicado a los no judíos (Mc 13,10) para que acojan la fe y formen parte del pueblo de Dios (He 26,17-18). Maduración de la humanidad (Ef 4,13) en busca de su unidad en el Hombre Nuevo. La Iglesia se extenderá dando impulso y protección a muchas novedades (Mt 13,31; Ap 20,1). No faltarán los escándalos dentro de la Iglesia (Mt 13,47; 18,7). La historia será un continuo juicio de Dios (Ap 13-18) sobre las naciones, las culturas y la Iglesia misma (Ap 1-3). Todas las contradicciones de nuestra historia serán puestas a la luz (Lc 2,35; Jn 9,39).
- 255** El demonio se valdrá de los errores contra la Iglesia (Ap 13,11) favorecerá religiones puras en que la violencia se disimula (Jn 16,2; He 22,3-4) y los sistemas totalitarios (Ap 13,2). Parecerá muchas veces que ha sido vencedor (Ap 11,7; 13,14-17). Después de muchas crisis el mundo estará maduro para un último enfrentamiento (ver **124**): apostasía de las naciones y venida del **anticristo** (2 Tes 2,3-9; 1 Jn 2,18). Esto será el preludio de la vuelta de Cristo (Mc 13,26) y de la Resurrección (1 Tes 5,15; 1 Cor 15).
- 256** Estamos esperando un juicio de Dios sobre la historia y una resurrección. No vivimos sino una vez (Lc 16,27; 20,27; Heb 6,4-8; 9,27) y nuestra eternidad se juega toda en esta vida (com. de Mt 13,36).
¿Cuál será nuestra existencia después de la resurrección? Ver Lc 20,27 y 1 Cor 15. Compartiremos la Gloria de Dios (Rom 8,17; 8,30). Verlo y amarlo como él se ama y se ve a sí mismo, y ser con El un solo espíritu (1 Cor 6,17; 13,13; 1 Jn 3,2). Jesús muestra que esa vida en Dios tiene un aspecto comunitario (Mt 22; 25,1-30; Lc 22,30). Plenitud del universo inmerso en la Gloria de Dios (Rom 8,21-23; Ap 21,22).
- 257** ¿Acaso los muertos están sin vida alguna antes de la Resurrección? La duda queda en el Antiguo Testamento (ver **92**); (Dn 12,1-5 y 12,13). El Nuevo habla claramente al respecto: Lc 23,43; 2 Cor 5,8; Fil 1,23; 1 P 4,6; Ap 14,3.
- 258** La Biblia afirma repetidamente que algunos van con toda su voluntad a una perdición definitiva. Esta existencia fuera de Dios y para siempre es comparada con el suplicio del fuego: Mt 13,30; 13,42; Mc 9,43; Lc 16,23; Ap 21,8.

- 259** Ninguno se acercará a Dios sin haber sido purificado de todo pecado e impureza. La Iglesia siempre afirmó que una purificación se da en el momento de la muerte e incluso después para todos aquellos que se quedaron apegados a sus imperfecciones y deseos humanos (2 Ma 12,43; 1 Cor 3,15).

RESUMEN Y FECHAS DE LA HISTORIA SAGRADA

Podemos dividir la Historia de Israel en cuatro grandes períodos: los Patriarcas, el Exodo y la Conquista, el tiempo de los Reyes y la Comunidad judía después del destierro.

El tiempo de los Patriarcas

Antes de que Israel fuera un pueblo, familias nómadas, de raza amorrea, recorrían con sus rebaños los territorios de Mesopotamia, de Siria y de Canaán, llegando hasta Egipto. Israel guardaba recuerdos de esos lejanos antepasados, en especial de dos de ellos:

1800 a 1700: Abraham.

Abraham había marchado de Jarán a **Canaán**, por una promesa de Dios que le daría una tierra y una descendencia en ese país.

1600 a 1500: Jacob.

Jacob había recibido nuevamente bendiciones de Dios mientras se esforzaba por establecerse en Canaán.

La historia de los Patriarcas es, antes que nada, un elogio de la fe auténtica (ver Heb 11,8-11). Se cuenta en Génesis 12 a 50.

Abraham y Jacob y sus semejantes eran nómadas pobres y analfabetos. Se desplazaban con sus carpas y rebaños en los confines de las dos grandes civilizaciones de aquel tiempo: Mesopotamia y Egipto. A ellos los llamaba Dios para que de ellos saliera su pueblo, instrumento suyo para llevar a madurez y a feliz término la historia de toda la humanidad.

El Exodo y la Conquista

1250: Exodo de Moisés.

Toda esta historia está en Exodo 1-20; 24; 32-34. También en Números 11-14 y 20-25.

A Egipto entraban y de Egipto salían los nómadas. Uno de esos grupos huyó de la esclavitud bajo la conducta de **Moisés**. El milagro con que fueron favorecidos, pasando el **Mar Rojo**, fue para ellos la señal de que Dios los libraba para ponerlos a su servicio. Moisés fue su guía y su profeta, enseñándoles a **Yavé** Unico.

En el **Sinai** se concluye la Alianza entre Yavé e Israel: ustedes serán mi propio pueblo entre todos los pueblos de la tierra (Ex 19,6).

Según la Biblia, los israelitas estuvieron **40** años en Cadés: Números 14.

En los oasis de **Cadés** el grupo de Moisés se junta con otros de su misma raza que adoptan la Ley de Moisés: Dios Unico, Celoso y Justo no tolera ninguna imagen divina. El Pueblo de Dios deberá imponerse por las armas antes que pactar con la civilización y la religión de los cananeos.

1200: Josué.

Ver mapa p. 260.

Muerto Moisés, **Josué**, con una fracción de Israel, conquista parte de la tierra de Canaán. El pueblo de las 12 tribus, todavía muy independientes, toma conciencia de su identidad en el siglo siguiente, mientras los «**Jueces**» encabezan sus luchas contra los opresores.

El tiempo de los Reyes

1000: David toma Jerusalén.

Profecía de Natán en 2 Samuel 7,14.

La llegada por mar de los filisteos, que ocupan la costa e invaden los valles de Palestina, obliga a los israelitas a unirse para defender su independencia. Después de **Saúl**, que muere en la guerra, **David** conquista Palestina y sus alrededores. Al tomar Jerusalén, hace de ella el centro de la unidad nacional. David se porta como servidor de Yavé y profeta, y recibe de Dios una promesa para sus descendientes que reinarán después de él.

970 a 932: Reinado de Salomón.

Entonces se redactan las partes más anti-

Salomón, hijo de David, construye el Templo de Jerusalén, que reemplazará todos los antiguos santuarios. Hace de Israel una nación de sedentarios, organizada y urbanizada.

guas de la Biblia en Génesis, Exodo y los libros de Samuel.

931: El Cisma.

850-800: Profetizan Elías y Eliseo durante las guerras con Aram.

740: Empieza la profecía de Isaías, que ve la caída de Samaria en el 722, y el sitio y liberación de Jerusalén en el 690.

Este es el tiempo en que se redacta la historia de espíritu profético: Josué, Jueces, Samuel y Reyes.

622: Descubrimiento del Deuteronomio y reforma de Josías.

Jeremías profetiza de el 626 a la destrucción de Jerusalén en el 587.

Al morir Salomón, se produce el **Cisma** o división del reino.

El **Reino de Judá** (al sur) se queda con los reyes descendientes de David, con la capital Jerusalén, con el Templo.

Reyes, sacerdotes y profetas orientan la comunidad de modos muy distintos, haciendo que la fe antigua se adapte a la nueva sociedad.

Grandes profetas: **Isaías, Miqueas, Sofonías, Jeremías, Ezequiel**, promueven una fe personal en el Dios Vivo, que exige Justicia y Sinceridad. Recuerdan las promesas de Dios a Israel: él los lleva, en medio de sus infidelidades y sus pruebas, a un Reino de Justicia con el rey-Mesías, que será como un nuevo David.

Finalmente, el Reino de Judá es destruido por los babilonios, Jerusalén y el Templo quemados y las élites desterradas a Babilonia.

El **Reino de Israel** (al norte), más grande y próspero, tendrá inestabilidad política y sufrirá tensiones entre una fe apegada a lo antiguo y las tentaciones de la vida moderna y las religiones canaanas.

Tres grandes profetas: **Elías, Eliseo y Oseas** se esfuerzan por traer al pueblo a Yavé, en una fidelidad renovada.

El Reino de Israel es destruido por los asirios, su capital Samaria tomada y sus élites deportadas.

La Comunidad Judía después del Destierro

538: Decreto de Ciro.

520-515: Construcción del segundo Templo.

450-400: Esdras impone la Ley y reúne los libros sagrados.

330: Alejandro Magno se apodera del Imperio persa y trae la cultura griega.

250: En Alejandría (Egipto), traducción de la Biblia al griego, dicha de Los Setenta, para los judíos de la emigración.

200: Movimiento de los **asídeos**, o «piadosos».

167: Sublevamiento de Matatías.

160: Muerte de Judas Macabeo.

135-75: Independencia y conquistas.

63: Pompeyo toma Jerusalén.

40-4: Reinado de Herodes.

Ciro, fundador del Imperio persa, conquista Babilonia y devuelve la libertad a los judíos desterrados en ella. Estos se reorganizan en Jerusalén. Ya no hay reyes y los profetas van a escasear. Los sacerdotes dirigen la comunidad. La Ley de Moisés, definitivamente redactada por **Esdras**, rige la vida civil y religiosa. El Templo y el culto son la razón de vivir de ese pueblo «santo», o sea, diferente a los demás por ser el del único Dios.

Una crisis cultural y religiosa se produce con la penetración de la cultura griega. Una minoría, los «**piadosos**», promueve una reafirmación de la religión judía e introduce la fe en la resurrección de los muertos.

La gran persecución que sufren los judíos de parte de los sirios despierta las energías de toda la nación. La resistencia armada, encabezada por los **Macabeos**, consigue la paz religiosa. Más aún, los judíos vuelven a constituirse en nación independiente.

En el siglo siguiente, las rivalidades por el poder traen la intervención de los extranjeros: el Imperio romano impone su dominación, más disfrazada bajo el reinado de Herodes el Grande, en forma abierta cuando él muere. Este es el momento en que nace Jesús.

Mientras tanto, muchísimos judíos han emigrado a todas las grandes ciudades del mundo mediterráneo y de Medio Oriente, formando comunidades muy unidas por la observancia de la Ley, y empiezan a difundir la fe en el Dios Único.

ÍNDICE DEL EVANGELIO

Ponemos en letra **negra** la referencia al texto del Evangelio que va con un comentario

Mateo Marcos Lucas Juan

Un ángel anuncia el nacimiento de Juan Bautista				1,5
La Anunciación a María				1,26
María visita a su prima Isabel				1,39
Primeros pasos de Juan Bautista				1,57
Jesús nace en Belén				2,1
Jesús es presentado en el Templo				2,21
Primera iniciativa del joven Jesús				2,41
<hr/>				
Los antepasados de Jesús	1,1			3,23
Jesús nace de una madre virgen	1,18			
Del Oriente vienen unos Magos	2,1			
La huida a Egipto	2,13			
<hr/>				
Juan Bautista	3,1	1,1	3,1	
Predicación de Juan: penitencia	3,7		3,7	
Juan presenta a Jesús	3,11	1,7	3,15	1,19
Jesús recibe el bautismo de Juan	3,13	1,9		
Jesús es tentado en el desierto	4,1	1,12		
<hr/>				
Jesús y sus primeros discípulos				1,35
El primer milagro: las Bodas de Caná				2,1
<hr/>				
En Nazaret Jesús proclama su misión	4,12			
Jesús llama a sus primeros discípulos	4,18	1,14		
En Cafarnaún Jesús sana a un endemoniado		1,21	4,31	
Curaciones en Cafarnaún	8,14	1,29	4,40	
Oración nocturna de Jesús		1,35	4,42	
La pesca milagrosa			5,1	
Curación de un leproso	8	1,40	5,12	
El paralítico sanado y perdonado	9,1	2,1	5,17	
El serviente del capitán	8,5		7,1	4,46
Jesús llama al publicano Leví	9,9	2,13	5,27	
El vino nuevo en vasijas nuevas	9,14	2,18	5,33	
El hombre de la mano seca	12,9	3,1	6,6	
Los doce apóstoles de Jesús	10,1	3,13	6,12	
<hr/>				
Las Bienaventuranzas	5,1		6,20	
Sal y luz de la tierra	5,13		12,34	
Una Ley más perfecta : la reconciliación	5,17			
No cometerás adulterio	5,27			
No jurarás en falso	5,33			
Amar a todos los hombres	5,38		6,27	

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Hacer el bien sin decirlo	6,1			
La manera de orar	6,5			
El Padrenuestro	6,9	11,25	11,1	
No amontonen riquezas	6,19			
La lámpara y la conciencia	6,22		11,34	
Confiar en Dios y no en el dinero	6,24		16,13	
			12,22	
La viga y la pelusa	7,1		6,37	
Pidan y recibirán	7,7		11,9	
La puerta angosta	7,13		13,23	
El árbol se conoce por sus frutos	7,15		6,43	
La casa edificada sobre la roca	7,21		6,47	
<hr/>				
Jesús y Nicodemo				3,1
Ultimo testimonio de Juan Bautista				3,22
Jesús y la samaritana				4,1
El paralítico de la piscina de Betsaida				5,1
<hr/>				
Jesús resucita al hijo de la viuda			7,11	
Los enviados de Juan Bautista	11,2		7,18	
Jesús elogia a Juan Bautista			7,24	
La mujer pecadora y el fariseo			7,36	
Las mujeres que siguen a Jesús			8,1	
La verdadera familia de Jesús	12,46	3,31	8,19	
El pecado contra el Espíritu	12,25	3,23	11,17	
			12,10	
<hr/>				
La comparación del sembrador	13,1	4,1	8,4	
La semilla que crece por sí sola		4,26		
El trigo y la hierba mala	13,24			
El grano de mostaza ; la levadura	13,31	4,30	13,18	
El tesoro , la perla, la red	13,44			
Jesús calma la tempestad	8,18	4,35	8,22	
El endemoniado de Gerasa	8,28	5,1	8,26	
Jesús resucita a la hija de Jairo	9,18	5,21	8,40	
¿No es éste el carpintero?	13,53	6,1	4,16	
<hr/>				
Jesús envía a los Doce	10,5	6,7	9,1	
A ustedes los perseguirán	10,16		12,2	
No vine a traer la paz	10,34		12,51	
El que ama a su padre más que a mí	10,37		14,26	
La muerte de Juan Bautista	14,1	6,14		
Primera multiplicación de los panes	14,13	6,34	9,10	6,1
Jesús camina sobre las aguas	14,22	6,45		6,16
Discurso sobre el pan de vida				6,30
La verdadera pureza	15,10	7,1	6,39	
Jesús sana a la hija de una pagana	15,21	7,24		
Curación de un sordomudo		7,31		
Segunda multiplicación de los panes	15,32	8,1		
¿Por qué piden una señal?	12,38	8,11	11,29	
Las señales de los tiempos	16,1		12,54	

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
El ciego de Betsaida		8,22		
¿Ustedes también quieren dejarme?				6,59
La fe de Pedro y las promesas de Jesús	16,13	8,27	9,18	
Jesús anuncia su pasión	16,21	8,31	9,22	
El que me siga, tome su cruz	16,24	8,34	9,23	
La Transfiguración	17,1	9,1	9,28	
La vuelta de Elías	17,9	9,11		
Jesús sana al joven epiléptico	17,14	9,14	9,37	
Jesús paga el impuesto del Templo	17,9	9,11		
Si alguno quiere ser el primero	17,24			
Los pequeños y el escándalo	18,1	9,33	9,46	
Cómo conviven los hermanos en la fe	18,6	9,42	17,1	
El que no perdonó a su compañero	18,15		17,3	
Vimos a uno que echaba a los demonios	18,23	9,38	9,49	
<hr/>				
No quieren acoger a Jesús en un pueblo			8,51	
Las exigencias del maestro	8,19		9,57	
Jesús envía a los setenta y dos	9,37		10,1	
¡Pobre de ti, Corozain!	11,21		10,13	
Jesús da gracias al Padre	11,25		10,17	
Carguen con mi yugo	11,27			
El buen samaritano			10,29	
Marta y María			10,38	
Jesús nos enseña cómo orar			11,4	
¡Feliz aquella que te dio a luz!			11,27	
Jesús critica a los de su generación	12,38		11,29	
No está la vida en el poseer			12,13	
Estén prevenidos	24,43		12,32	
La higuera que no tiene higos			13,1	
Curación en día sábado			13,10	
<hr/>				
Los primeros asientos			14,7	
Los invitados que se excusan			14,15	
Lo que cuesta seguir a Jesús	10,37		14,25	
La oveja perdida	18,12		15,1	
El hijo pródigo			15,11	
El administrador astuto			16,1	
Lázaro y el rico			16,19	
Somos servidores inútiles			17,7	
Los diez leprosos			17,11	
Acerca de la venida del Reino de Dios	24,26		17,20	
El juez malo y la viuda			18,1	
El fariseo y el publicano			18,9	
<hr/>				
El matrimonio y el divorcio	19,1	10,1		
La continencia por el Reino	19,10			
Dejen que los niños vengan a mí	19,13	10,13	18,15	
El joven rico	19,16	10,17	18,18	
Más fácilmente pasará un camello	19,23	10,23	18,24	
La recompensa de los que siguen a Jesús	19,27	10,28	18,28	

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
Los que fueron a trabajar a la viña	20,1			
Santiago y Juan piden los primeros puestos	20,20	10,35		
El ciego Bartimeo , de Jericó	20,29	10,46	18,35	
Zaqueo			19,1	
Las diez monedas	25,14		19,11	
La mujer adúltera				8,1
Jesús sana a un ciego de nacimiento				9,1
Yo soy el buen Pastor				10,1
La resurrección de Lázaro				11,1
Los jefes judíos deciden la muerte de Jesús				11,45
La cena en Betania	26,6	14,1		12,1
<hr/>				
Jesús entra en Jerusalén	21,1	11,1	19,28	
Jesús expulsa del Templo a los vendedores	21,12	11,15	19,45	2,13
Jesús maldice la higuera	21,18	11,12	13,6	
El poder de la fe	21,20	11,20		
¿Con qué autoridad lo haces?	21,23	11,27	20,1	
La parábola de los dos hijos	21,28			
Los viñadores asesinos	21,33	12,1	20,9	
Un rey celebra las bodas de su hijo	22,1			
El impuesto para el César	22,15	12,13	20,20	
¿Resucitan los muertos?	22,23	12,18	20,27	
El mandamiento más importante	22,34	12,28	10,25	
Cristo, ¿hijo de David?	22,41	12,35	20,21	
La ofrenda de la viuda		12,41	21,1	
<hr/>				
No imiten a los maestros de la Ley	23,1	12,38	20,45	
Contra los fariseos	23,13		11,39	
Lamentación sobre Jerusalén	23,37		13,34	
Destrucción de Jerusalén y fin del mundo	24,1	13,1	21,8	
Estén preparados y vigilando	24,37	13,33	21,34	
Parábola de las diez jóvenes	25,1			
Parábola de los talentos	25,14			
El juicio de las naciones	25,31			
Si el grano no muere				12,20
<hr/>				
La última Cena	26,17	14,12	22,1	
Jesús lava los pies de sus discípulos				13,2
Yo voy al Padre				14,1
Yo soy la vid				15,1
El mundo odia a Jesús y a los suyos				15,18
El Espíritu vendrá				15,26
Dentro de poco me verán				16,16
Oración de Jesús por el Pueblo Santo				17,1
<hr/>				
En el huerto de Getsemaní	26,26	14,32	22,39	
Jesús comparece ante las autoridades judías	26,57	14,55		18,12
Negación de Pedro	26,69	14,66	22,56	18,25
Muerte de Judas	27,3			
Jesús comparece ante Pilato	27,11	15,2	23,2	18,28

	Mateo	Marcos	Lucas	Juan
El vía crucis	27,27	15,16		
Jesús es crucificado	27,35	15,23	23,32	19,17
Ultimas palabras de Jesús	27,45	15,33	23,33	19,25
<hr/>				
Jesús ha resucitado	28,1	16,1	24,1	20,1
Los discípulos de Emaús			24,13	
Jesús se presenta a sus apóstoles			24,36	20,19
Manifestación a orillas del lago				21,1
Jesús envía a sus apóstoles	28,16	16,9	24,44	

Antiguo Testamento



Dieciocho siglos antes de Cristo, algunas tribus nómadas abandonan Caldea con sus rebaños para establecerse en Egipto. Entre estas tribus y clanes nómadas hay un cierto número de familias cuyo jefe es Abrahán. Para Abrahán, personaje completamente insignificante desde el punto de vista de la historia, esta emigración obligada va unida a una gran esperanza: Dios lo había llamado y prometido una recompensa extraordinaria: «Abrahán, todas las naciones de la tierra serán tuyas».

Cuando Dios se revela a los patriarcas Abrahán, Isaac y Jacob, éstos son aún nómadas; comparten con los demás nómadas una religión simple, hecha de apego al «Dios de sus padres» y de veneración de un cierto número de pequeños ídolos familiares. Pero el encuentro con el Dios Vivo los va a llevar a una nueva toma de conciencia: Dios ampara a los que elige. Gran cantidad de pruebas parecerán contradecir la Promesa que Dios les ha hecho, pero Dios intervendrá cada vez en favor de sus fieles. Desde entonces se establece entre Dios y los patriarcas una relación privilegiada, caracterizada por la fidelidad de Dios a su palabra y por la confianza inquebrantable de sus fieles. A través de ellos Israel será incitado a contemplar, a lo largo de su camino, tanto las maravillas de Dios en favor de aquellos que ha elegido como la fe indefectible de sus padres.

Seis siglos más tarde, algunos descendientes de los patriarcas se reúnen en el desierto y, bajo el mando de Moisés, se dirigen hacia la Tierra Prometida. La etapa del Horeb es decisiva: es aquí donde estos clanes nómadas van a vivir tal experiencia espiritual que los textos bíblicos no cesarán de referirse constantemente a ella. Dios se compromete solemnemente con su pueblo y al mismo tiempo le da una Ley: es la regla de la alianza con Dios, el código de conducta personal y comunitario de Israel. A la palabra dirigida a Abrahán responde en adelante la del Sinaí. Promesa, alianza y salvación serán los tres pilares de la fe de Israel, y los puntos firmes de los cinco primeros libros del Antiguo Testamento.

Con la entrada en la Tierra Prometida, Israel se ha de enfrentar con los demás pueblos, mucho más avanzados culturalmente. Desde hace más de dos mil años, ellos han construido una civilización urbana, desarrollado la agricultura, establecido relaciones comerciales con todo el Próximo Oriente e incluso más allá. Esta civilización brillante pero pagana será una trampa constante para la fe de Israel. Entonces Dios envía a su pueblo sus profetas, sus portavoces. David se apodera de Jerusalén, una pequeña ciudad cananea y hace de ella su capital, introduciendo en la misma el arca de la alianza, signo visible de la presencia de Dios en medio de su pueblo. A partir de este día, no solamente la Ciudad Santa entra en la historia del pueblo de Dios, sino que su vocación rebasa el tiempo y la historia, ya que ella aparece en las últimas páginas del Apocalipsis como la figura de la humanidad definitivamente reconciliada con su Dios. Salomón, al construir el

Templo de Jerusalén, que dos siglos más tarde se convertirá en el único santuario legítimo, da a su pueblo un punto de reunión: la «Morada de Yavé».

Condenación de Israel por sus innumerables infidelidades, recuerdo de la incansable misericordia de Dios con Jerusalén, exigencia de verdad y de sinceridad en el culto del templo, proclamación de la salvación que viene: todo esto constituye la médula del mensaje de los profetas. Al acercarse los últimos tiempos, la meditación de Israel se hace más intensa. Muchas pruebas han purificado las ideas falsas, demasiado humanas. A través de la oración de los salmos, en relatos edificantes o máximas, con los desarrollos sobre el hombre y la sociedad, algunos sabios deciden guiar a Israel en las últimas etapas de su camino hacia aquel que viene a cumplir todas las cosas.

Los Escritos de la Sabiduría, que constituyen la tercera y última parte del Antiguo Testamento, pueden parecer menos coherentes que la Ley o los Profetas: en efecto son el reflejo de un pueblo convulsionado y con frecuencia dividido: es el tiempo en que Dios se prepara un «pequeño resto» en medio de una nación presionada y arrastrada por todas las tentaciones del poder y la confusión entre el reino de este mundo y el Reino de Dios.

Pero después de tantas experiencias acumuladas en el pueblo de Israel, sobreviene un período de crisis en el que Dios decide conducirlos a superar los más grandes desafíos de la fe y de la historia. En este preciso momento es cuando aparece Jesús.

Así, pues, el Antiguo Testamento consta de 46 libros, y constituye la primera y más voluminosa de las dos partes de la Biblia. Se trata de la lenta preparación de Israel para la Alianza definitiva y eterna que Dios iba a establecer con los hombres en la persona de Jesucristo.

Así como las obras de una biblioteca pueden ser clasificadas de modo diverso por uno u otro bibliotecario, así también los 46 libros del AT han sido clasificados de modo diferente, y esto desde los primeros siglos de la era cristiana. Los editores modernos de la Biblia han debido, pues, elegir entre las dos clasificaciones más frecuentes adoptadas por los antiguos manuscritos: el orden de la Biblia hebrea o el orden de la Biblia griega.

Al incluir entre los «profetas» los libros que la Biblia griega denomina «históricos», la Biblia hebrea pone de relieve la originalidad de estos textos. Para el Antiguo Testamento, así como para el Nuevo, todo acontecimiento es portador de una palabra de Dios: no se hace historia por el placer de dar a conocer el pasado, sino para testimoniar la fidelidad de Dios con su pueblo, para hacer conocer su voluntad y preparar de este modo a los hombres a acoger la gracia de su salvación. En este aspecto toda la narración bíblica es «profética».

Nosotros hemos adoptado globalmente en esta edición el orden de la Biblia hebrea. Encontraremos, pues, al comenzar, los cinco libros del AT denominados la LEY, la Torá para los judíos de lengua hebrea y el Pentateuco para los de lengua griega. En ellos vemos a Dios actuando en la historia humana para liberar a un pueblo que quiere hacer suyo, instruyendo a este pueblo y dando sentido a su historia.

Después vienen los LIBROS PROFÉTICOS: Dios interviene en la historia por medio de los profetas, a los que comunica su Palabra y su Espíritu «para destruir y construir, para edificar y plantar». Estos profetas inspirados van a desempeñar un papel decisivo en la educación de la fe de Israel.

Por fin nos encontramos con los LIBROS SAPIENCIALES, es decir, con todo un conjunto de obras que bajo las formas más variadas nos ponen en comunicación con la plegaria, la sabiduría y la moral del pueblo de la antigua alianza. Estas obras nos enseñan el arte de servir a Dios en la vida diaria y a convertirnos en personas responsables en la fe.



Cuanto más se avanza en la vida, más crece el interés por descubrir las propias raíces: ¿dónde vivían nuestros antepasados? ¿Cómo se conocieron nuestros padres? ¿Qué inspiró nuestras primeras decisiones? Todos los pueblos han tratado de reconstruir su pasado; ciertamente querían salvarlo del olvido, pero mucho más anhelaban encontrar en ese pasado la confirmación de tantas cosas en las que creían. Narrar su historia equivalía a afirmar la propia identidad en medio de los otros pueblos grandes o pequeños que los rodeaban.

Y esto precisamente es lo que está en el corazón del Génesis. En varias épocas, a lo largo de la historia, el pueblo de Dios sintió la necesidad de recuperar su pasado y de expresar cuál había sido desde los orígenes el plan de Dios que lo había escogido.

Génesis quiere decir “Origen”; pero no hay que buscar en los primeros capítulos un documento científico sobre los orígenes del universo o sobre un pecado que habría cometido el primer hombre; en cambio sí nos toparemos desde las primeras páginas, en forma de imágenes, con todo lo que es muy importante para nosotros.

Recorriendo el Génesis

El libro del Génesis tiene tres partes principales:

Los capítulos del 1 al 11 tratan de establecer un nexo a lo largo de los enormes períodos de tiempo que transcurrieron desde la creación hasta los primeros “padres de la fe”, cuyos nombres quedaron en la memoria, empezando por supuesto por Abraham. Personajes de leyenda como Caín, Lamec, Henoc, Noé, protagonizan las grandes experiencias de la humanidad. Las “genealogías” (5,1; 10,1; 11,10) nos llevan desde la primera pareja (Adán y Eva) hasta la nueva familia escogida por Dios (Abraham y Sara).

La segunda sección presenta en dos partes las historias de los antepasados de las tribus que formarían un día el pueblo de Israel. Los capítulos 12-14 se refieren a Abraham; los capítulos 25-36 a Isaac y Jacob: eran personajes nómadas que ya creían en un Dios cercano y en el que se podía confiar, el “Dios de mi padre”. Estas historias, que se ubican entre los siglos 18 y 15 antes de Cristo, nos muestran cómo Dios ya había preparado su obra de salvación.

La tercera parte, la historia de José, proyecta luz sobre las tragedias que entretejen la existencia humana. Los seres humanos necesitan un salvador, y la salvación les vendrá justamente por intermedio de aquellos que han perseguido y rechazado.

¿Quién escribió el Génesis? Los primeros autores

El pueblo de la Biblia se fue constituyendo poco a poco por la aglomeración de tribus nómadas que

no sabían leer ni conocían la escritura. Llevaban consigo el recuerdo de sus antepasados y el recuerdo de signos o señales que Dios había realizado en su favor y sus tradiciones se transmitían oralmente. Al establecerse esas tribus en Palestina, poco a poco fueron creando una nueva cultura: entorno al rey los escribas iban fijando por escrito las leyes y las creencias del reino. Y así en el siglo X antes de Cristo, un escritor desconocido, comúnmente llamado *el yavista*, se propuso redactar una historia del pueblo de Dios, mostrando cómo el plan de Dios se había desarrollado desde los orígenes hasta la monarquía gloriosa de David y de Salomón, en que según parecía, se habían cumplido las promesas de Dios a Abraham.

Puso por escrito los recuerdos y leyendas referentes a Abraham y su familia que los israelitas se habían transmitido de padres a hijos. Para hablar de tiempos anteriores utilizó en parte la literatura de los Babilonios y sus poemas referentes a la primera pareja y al Diluvio, pero los transformó profundamente para que expresaran la visión del mundo que procedía de su fe.

Este relato fue completado posteriormente con otras tradiciones, repitiéndose a veces los mismos hechos, que son fácilmente identificables porque nombran a Dios (en hebreo *Elohim*), mientras que el primer relato habla de Yavé, el nombre revelado a Moisés. Por eso se habla de relatos *eloístas* y *yavistas*.

La obra de los sacerdotes

Esta primera obra, que data del tiempo de los reyes, no se ha conservado tal cual. En el siglo V, al conocer el pueblo judío la gran prueba de la destrucción del reino y del destierro de Babilonia, los sacerdotes añadieron muchos párrafos, que en el texto ponemos en letra cursiva. A ellos se debe en especial el poema de la creación en siete días con el que empieza el Génesis, y en cierto sentido toda la Biblia.

En los momentos críticos que vivía Israel a raíz de la desaparición del reino del Sur junto con todas sus instituciones, la figura de Dios y la fe en él estaban seriamente en peligro de desaparecer; mientras que la religión de los nuevos amos del mundo amenazaba con suplantarse en la mente de los israelitas la religión y la fe yavista, pues hacían ver la debilidad y falsedad de Yavé, incapaz de defender a su rey, su ciudad y su templo, lugar de habitación.

Como reacción un grupo de sacerdotes, siguiendo la enseñanza del profeta Ezequiel, se dio a la tarea de levantar al pueblo de sus ruinas. Comenzaron de nuevo a reflexionar sobre los orígenes del pueblo y la especial predilección de Dios con ellos; sobre la alianza con sus padres, sus promesas y su paciencia histórica. Trataban así de levantar los ánimos del resto creyente de Israel, transmitiéndoles la idea de la fidelidad de Dios, que aunque castiga no abandona.

A esta época corresponde el sentido y mensaje que hay detrás no sólo del libro del Génesis, sino de todo el Pentateuco en su configuración actual. Tras esta reordenación, los capítulos 1-11 del Génesis hacen las veces de portada, de prólogo a la historia de los orígenes de Israel. Ubican en la historia del mundo el plan de Dios que quiere salvar a la humanidad y su fidelidad eterna frente a la infidelidad de los hombres, como aparece en la historia de la primera pareja y de las siguientes generaciones.

Del Génesis al Apocalipsis

En la nota sobre La Escritura, al final del libro, recordamos que la colección y el reconocimiento oficial de los setenta y tres libros de la Biblia fueron en muchos casos fruto de circunstancias casuales. Sin embargo la familiaridad con el libro sagrado nos enseña con el tiempo que, por ser la Biblia el sacramento de la Palabra de Dios, no faltó la guía del Espíritu. La lectura cristiana del Génesis, tal como lo leyeron los apóstoles y los evangelistas, mostrará que el misterio de Cristo ya se expresaba en él. También habrá que acercarse este primer libro al último de toda la Biblia, el Apocalipsis, donde se revela plenamente el plan del Dios que salva y que sus promesas desde Adán hasta Abraham se cumplen más allá de todo lo que se podía esperar.

Dios ordena el universo

1 ¹ En el principio, cuando Dios creó los cielos y la tierra, ² todo era confusión y no había nada en la tierra. Las tinieblas cubrían los abismos mientras el espíritu de Dios aleteaba sobre la superficie de las aguas.

³ Dijo Dios: «Haya luz», y hubo luz. ⁴ Dios vio que la luz era buena, y separó la luz de las tinieblas. ⁵ Dios llamó a la luz «Día» y a las tinieblas «Noche». Atardeció y amaneció: fue el día Primero.

⁶ Dijo Dios: «Haya una bóveda en medio de las aguas, para que separe unas aguas de las otras.» ⁷ Hizo Dios entonces como una bóveda y separó unas aguas de las otras: las que estaban por encima del firmamento, de las que estaban por debajo de él. Y así sucedió. ⁸ Dios llamó a esta bóveda «Cielo». Y atardeció y amaneció: fue el día Segundo.

⁹ Dijo Dios: «Júntense las aguas de debajo de los cielos en un solo depósito, y aparezca el suelo seco.» Y así fue. ¹⁰ Dios llamó al suelo seco «Tierra» y al

depósito de las aguas «Mares». Y vio Dios que esto era bueno.

¹¹ Dijo Dios: «Produzca la tierra hierba, plantas que den semilla, y árboles frutales que por toda la tierra den fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie.» Y así fue. ¹² La tierra produjo hierba, plantas que dan semillas y árboles frutales que dan fruto con su semilla dentro, cada uno según su especie. Dios vio que esto era bueno. ¹³ Y atardeció y amaneció: fue el día Tercero.

¹⁴ Dijo Dios: «Haya luceros en el cielo que separen el día de la noche, que sirvan para señalar las fiestas, los días y los años, ¹⁵ y que brillen en el firmamento para iluminar la tierra.» Y así sucedió. ¹⁶ E hizo Dios los dos grandes luceros: el lucero mayor para regir el día, el lucero menor para regir la noche, e hizo también las estrellas. ¹⁷ Dios los colocó en lo alto de los cielos para iluminar la tierra, ¹⁸ para regir el día y la noche y separar la luz de las tinieblas; y vio Dios que esto era bueno. ¹⁹ Y atardeció y amaneció: fue el día Cuarto.

²⁰ Dijo Dios: «Llédense las aguas de

• **1.1** Hay que hacer un esfuerzo para leer esta página con gran sencillez. Desde hace ciento cincuenta años han surgido demasiadas discusiones sobre el tema «la creación según la Biblia y según la ciencia», un problema muy mal planteado y cuya solución habitualmente se presenta en una forma todavía peor. No hay que buscar aquí datos históricos o científicos, pues quienes redactaron este capítulo querían enseñar realidades muy diferentes, y Dios hizo suya esa exposición sin asustarse de que hablaban del cielo como de una bóveda azul de la que cuelgan las estrellas.

Es palabra de Dios, pero no leamos este texto como si nos transmitiera «la» comprensión cristiana del universo. Todas las religiones del pasado tuvieron sus «cosmogonias», es decir, sus relatos sobre el origen del mundo, y también la Biblia tuvo los suyos y éste es el más importante. Pero la Biblia tiene mucho más que decir y lo dice allí donde muchos no lo buscan: en el Nuevo Testamento. Habrá que esperar la venida de Cristo para que se revele el misterio de Dios creador: véase Jn 1 y Ef 1.

Este relato rítmico, con sus repeticiones y su forma litúrgica, es como un prefacio del primer núcleo de la Biblia realizado en el siglo 5 antes de Jesús, cuando los judíos retornaron del Exilio de Babilonia.

Estamos muy lejos de los antiguos relatos mitológicos: nada de personajes y monstruos primitivos, nada de conflictos entre los seres divinos y no se pinta imagen alguna de Dios. Dios se mantiene fuera de ese mundo del cual no tiene necesidad, pues lo hizo para el hombre, pero un día vendrá a ese mundo el Hijo para instalar en él su tienda (Jn 1,14).

«Dijo Dios» y eso basta, y así será a lo largo de la

historia. Lo importante para Dios no es hacer el mundo sino poner orden en él, y toda la Biblia mostrará cómo es el quien da sentido a la existencia humana.

2. Palabra de Dios y Espíritu de Dios: dos palabras que llenarán las páginas de la Biblia. Donde se escucha la Palabra, el Espíritu viene a los corazones y el mundo se transforma.

Véase la nota **DIOS HABLA** pág. 63.

12. Dios vio que esto era bueno. La exploración de la luna y de los planetas ha demostrado cuán improbable es que un fragmento desecado de estrella pudiese llegar a ser tierra habitable, y sin embargo eso aconteció con nuestro planeta; el presente relato muestra las repetidas atenciones de Dios que concluyen cuando la tierra pasa a ser el terreno de la raza humana y de un mundo civilizado. ¿Y quién se atrevería a decir que los frutos no fueron destinados en primer lugar para nosotros? La cuna del hombre fue preparada durante largo tiempo, pero luego será ese ser humano quien recibirá la total responsabilidad del mundo.

Nada de todo lo creado es malo, pero no por eso niega el autor la existencia de fuerzas malas en el mundo, como serían el mar y la noche, a las que los israelitas tanto temían. Tales fuerzas sin embargo están contenidas: son asignados sus límites al mar, y la noche cede el paso a la luz.

14. El sol y la luna inscribirán marcas en el tiempo que huye. ¿Se podría imaginar una sociedad sin fechas y sin calendario? Pero para el autor tales fechas son las fiestas religiosas del calendario lunar.

seres vivientes y revoloteen aves sobre la tierra y bajo el firmamento.»²¹ Dios creó entonces los grandes monstruos marinos y todos los seres que viven en el agua según su especie, y todas las aves, según su especie. Y vio Dios que todo ello era bueno.²² Los bendijo Dios, diciendo: «Crezcan, multiplíquense y llenen las aguas del mar, y multiplíquense asimismo las aves sobre la tierra.»²³ Y atardeció y amaneció: fue el día Quinto.

²⁴ Dijo Dios: «Produzca la tierra vivientes según sus especies, animales del campo, reptiles y fieras.» Y así fue.

²⁵ Dios hizo las distintas clases de animales salvajes según su especie, los animales del campo según sus especies, y todos los reptiles de la tierra según sus especies. Y vio Dios que todo esto era bueno.

²⁶ Dijo Dios: «Hagamos al hombre a nuestra imagen y semejanza. Que tenga autoridad sobre los peces del mar y sobre las aves del cielo, sobre los animales del campo, las fieras salvajes y los reptiles que se arrastran por el suelo.»

²⁷ Y creó Dios al hombre a su imagen.

A imagen de Dios lo creó.
Varón y mujer los creó.

²⁸ Dios los bendijo, diciéndoles: «Sean fecundos y multiplíquense. Llenen la tierra y sométanla. Tengan autoridad sobre los peces del mar, sobre las aves del cielo y sobre todo ser viviente que se mueve sobre la tierra.»

²⁹ Dijo Dios: «Hoy les entrego para que se alimenten toda clase de plantas con semillas que hay sobre la tierra, y toda clase de árboles frutales.»³⁰ A los animales salvajes, a las aves del cielo y a todos los seres vivientes que se mueven sobre la tierra, les doy pasto verde para que coman.» Y así fue.

³¹ Dios vio que todo cuanto había hecho era muy bueno. Y atardeció y amaneció: fue el día Sexto.

2 ¹ Así estuvieron terminados el cielo, la tierra y todo lo que hay en ellos. ² El día séptimo Dios tuvo terminado su trabajo, y descansó en ese día de todo lo que había hecho. ³ Bendijo Dios el Séptimo día y lo hizo santo, porque ese día descansó de sus trabajos después de toda esta creación que había hecho.

22. Esta es la primera de tres bendiciones: bendición de la vida nacida en nuestro planeta; bendición de la raza humana y de la pareja (28); bendición del día de descanso (el sábado), que será una señal distintiva del pueblo de Dios.

La bendición de Dios significa que él no dejará de animar nuestros esfuerzos y de dominar las crisis.

Conviene recalcar la importancia de esta bendición que se encuentra en la raíz misma de la historia bíblica. Mientras el sabio asiático se sitúa de cara a la naturaleza como una persona ya mayor que trata de adaptarse al orden universal, la Biblia presenta al hombre como un niño invitado a jugar con la creación. Todas las claves que le permitirán comprender el universo se encuentran en la palabra de Dios, que es el origen de la creación.

El capítulo siguiente completará esto para dar con sentido a los tiempos que vendrán: el hombre construirá la historia a pesar de su debilidad y de sus propias faltas. Esta certeza ha sido suficiente para que la ciencia y las empresas de Occidente abrieran el camino al progreso técnico y a la globalización de la cultura.

27. La obra de Dios se corona con la creación del hombre. El texto deja tres afirmaciones decisivas que son como la base de la visión cristiana del hombre. Estas certezas han permitido que apareciera la civilización moderna y se han impuesto mucho más allá del ámbito del mundo cristiano.

Lo creó a su imagen. Siendo imagen del Dios-Verdad, el hombre no está encerrado sin esperanza en el mundo de sus fantasmas y de sus ilusiones, en

la prisión de sus categorías y estructuras, sino que fue creado para la Verdad, y Dios puede manifestarle lo esencial en un lenguaje humano y a través de experiencias humanas.

Varón y mujer los creó. Dios no crea al varón solo ni a la mujer sola, sino la pareja. Y por más que esto sorprenda en una cultura machista, no hay desigualdad entre el hombre y la mujer. Aquí escapamos de esas imágenes simplistas de las teorías materialistas que afirman que la división de los sexos no sería más que el producto del azar en la mutación de los cromosomas, y que luego el amor resultaría de aquella división de los sexos. Para Dios las cosas son al revés: el amor estuvo primero, y la larga evolución de la sexualidad fue su preparación.

28. Véase la nota **DOMINEN LA TIERRA** pág. 63.

31. Véanse las notas **DIOS O EL UNIVERSO DIVINIZADO** y **LA CREACIÓN ESPIRITUAL** pág. 63 y 64.

2.2 El relato establece el ordenamiento del mundo repetido en seis días; de igual manera el ritmo de la vida se apoyará en la semana: siete días. El séptimo día es llamado *sabbat*, que en hebreo significa "cortar" o "detenerse". Es un día distinto de los demás, y en eso se parece a Dios que es santo, es decir que ocupa un lugar aparte de todo el resto: se dirá que el sábado es santo. Este descanso semanal es una de las leyes fundamentales del pueblo de Dios (Éx 16.23-25; 20.8; Is 56.4; 58.13). Y también ese día de reposo facilita el culto divino.

La vida de trabajo deberá respetar ese orden si no se quiere que los trabajadores se conviertan en es-